

Seix Barral Biblioteca Formentor



Emmanuelle Laborit

El grito de la gaviota



Índice

Portada

1. Confidencia
2. El grito de la gaviota
3. El silencio de las muñecas
4. Vientre y música
5. Gato blanco, gato negro
6. «Tifiti»
7. Yo me llamo «Yo»
8. Marie, Marie
9. La ciudad de los sordos
10. Flor que llora
11. Prohibido prohibir
12. Solo de piano
13. Pasión vainilla
14. Gaviota enjaulada
15. Esquivando peligros
16. Comunicación suave
17. Amor veneno
18. Gaviota de cabeza hueca
19. Sol, soles
20. Sida igual a sol
21. Me pongo nerviosa
22. Silencio bachillerato
23. Silencio mirada
24. Señor implantador
25. Despegue
26. Gaviota en suspense
27. Adiós

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

CONFIDENCIA

Las palabras son una cosa rara para mí desde la infancia. Digo cosa rara por lo que tuvieron de extraño al principio.

¿Qué querían decir aquellos gestos de la gente que había a mi alrededor, con sus bocas en forma de círculo, o estiradas en muecas diferentes, con los labios en posiciones curiosas? Yo «notaba» alguna cosa distinta cuando se trataba de cólera, de tristeza o de contento, pero el muro invisible que me separaba de los sonidos correspondientes a dicha mímica era a la vez de vidrio transparente y de cemento. Me agitaba a un lado de ese muro, y los demás hacían lo mismo al otro lado. Cuando intentaba reproducir sus gestos como un monito, no eran palabras, sino letras visuales. A veces me enseñaban una palabra o una sílaba o dos sílabas que se parecían, como «papá», «mamá», «tata».

Los conceptos más sencillos eran aún más misteriosos. Ayer, mañana, hoy. Mi cerebro funcionaba en el presente. ¿Qué significaban el pasado y el futuro?

Cuando comprendí, con ayuda de los signos, que el ayer estaba detrás de mí y el mañana delante de mí, di un salto fantástico. Un progreso inmenso, que difícilmente pueden imaginar los que oyen, habituados como están a oír desde la cuna las palabras y los conceptos repetidos incansablemente, sin ni siquiera darse cuenta.

Después comprendí que otras palabras designaban a las personas. Emmanuelle era yo. Papá era él. Mamá era ella. Marie era mi hermana. Yo era Emmanuelle, yo existía, tenía una definición y, por lo tanto, una existencia.

Ser alguien, comprender que se está vivo. A partir de ahí pude decir «YO». Antes decía «ELLA» al hablar de mí. Yo buscaba el lugar en el que me encontraba en este mundo, quién era y por qué. Y me encontré. Me llamo Emmanuelle Laborit.

Enseguida pude analizar poco a poco la correspondencia entre los actos y las palabras que los describían, entre las personas y sus acciones. De repente, el mundo me perteneció y yo formé parte de él.

Tenía siete años. Acababa de nacer y de crecer a la vez, de golpe.

Sentía tanta hambre y tanta sed de aprender, de conocer, de comprender el mundo, que después ya no he dejado de tenerlas. Aprendí a leer y escribir la lengua francesa. Me convertí en una charlatana, curiosa de todo, expresándome en otra lengua como una extranjera bilingüe. Pasé el bachillerato, como casi todo el mundo. Y tuve más miedo al escrito que al oral. Eso puede parecer curioso para un ser que tiene dificultad en oralizar las palabras, pero escribir sigue siendo un ejercicio difícil.

Cuando decidí escribir este libro, algunas personas me dijeron:

—No lo conseguirás.

¡Oh, sí! Cuando decido hacer alguna cosa, llego hasta el final. Yo quería llegar. Había decidido llegar. Empecé mi pequeña obra personal con la obstinación que me es propia desde siempre.

Otras personas, más curiosas, preguntaron cómo iba a hacerlo. ¿Escribir yo? ¿Explicar lo que quería escribir a uno que oyera, el cual traduciría mis signos? Hice las dos cosas. Cada palabra escrita y cada signo de palabra se encontraron hermanados. En unas ocasiones se acoplaban mejor que en otras.

Mi francés es un poco escolar, como una lengua extranjera aprendida, desgajada de su cultura. Mi lenguaje de signos es mi verdadera cultura. El francés tiene el mérito de describir objetivamente lo que quiero explicar. El signo, esa danza de palabras en el espacio, es mi sensibilidad, mi poesía, mi yo íntimo, mi verdadero estilo. Los dos mezclados me han permitido escribir este relato de mi vida de joven en algunas páginas; de ayer, cuando me encontraba detrás de este muro de cemento transparente, a hoy, cuando lo he franqueado. Un libro es un testimonio importante. Un libro va por todas partes, pasa de mano en mano, de espíritu en espíritu, para dejar un rastro. Un libro es una manera de comunicarse que raramente es dada a los sordos. En Francia tendré el privilegio de ser la primera, tal como fui la primera actriz sorda que recibió el Molière de teatro.

Este libro es un regalo de la vida. Me va a permitir decir lo que he callado siempre, tanto a los sordos como a los que oyen. Es un mensaje, un compromiso en el combate por el lenguaje de los signos, que separa todavía a muchas personas. En él utilizo la lengua de los que oyen, mi segunda lengua, para expresar mi certeza absoluta de que el lenguaje de los signos es nuestra primera lengua, la nuestra, la que nos permite ser seres humanos «comunicantes». Para decir también que los sordos no deben rechazar nada, que pueden ser utilizadas todas las lenguas, sin gueto ni ostracismo, a fin de acceder a la VIDA.

EL GRITO DE LA GAVIOTA

Daba gritos, muchos gritos, y gritos verdaderos.

No porque tuviera hambre o sed, o miedo, o dolor, sino porque empezaba a querer «hablar», porque quería escucharme y los sonidos no me salían.

Vibraba. Sabía que gritaba, pero los gritos no querían decir nada para mi madre o mi padre. Eran, según decían, gritos agudos como de ave marina, como los de una gaviota cerniéndose sobre el océano. Entonces me apodaron la gaviota.

Y la gaviota gritaba por encima de un océano de ruidos que ella no oía, y ellos no comprendían el grito de la gaviota.

Mamá explica: «Tú eras un bebé muy hermoso, naciste sin dificultades, pesabas tres kilos quinientos gramos, llorabas cuando tenías hambre, reías, balbucías como los otros bebés, te divertías. Nosotros no lo comprendimos en seguida. Te habíamos considerado buena porque dormías a pierna suelta en una habitación situada al lado del salón donde la música sonaba a todo volumen las noches de fiesta con los amigos. Y nos sentíamos orgullosos de tener un bebé tranquilo. Te habíamos considerado “normal”, porque volvías la cabeza cuando hacía ruido una puerta. No sabíamos que notabas la vibración por el suelo sobre el que jugabas y por los desplazamientos de aire. Igualmente, cuando tu padre ponía un disco, bailabas allí mismo, en tu parque, balanceándote y agitando las piernas y los brazos».

Estoy en la edad en la que los bebés se divierten jugando en el suelo, a gatas, y comenzando a querer decir mamá o papá. Pero no digo nada. Percibo, pues, las vibraciones a través del suelo. Noto las vibraciones de la música y la acompañó soltando mis gritos de gaviota. Eso es lo que me han dicho.

Soy una gaviota perceptiva, tengo un secreto, un mundo para mí.

Mis padres vienen de familia de marinos. Mi madre es hija, nieta y hermana de marinos de los últimos que cruzaban el Cabo de Hornos. Por consiguiente, me llamaron gaviota. ¿Era muda o gaviota? Este curioso parecido fonético me hace sonreír ahora.*

El primero que dijo: «Emmanuelle grita porque no oye» fue mi tío Fifou, el hermano mayor de mi padre.

Mi padre explica:

—Fue el primero que nos puso la mosca detrás de la oreja.

—Una escena se fijó para siempre en mi memoria, como una imagen que se detiene —dice mi madre.

Mis padres prefirieron no creerlo. Hasta tal punto que, por ejemplo, no supe hasta muy tarde que mis abuelos paternos se casaron en la capilla del Instituto nacional de jóvenes sordos de Burdeos, del cual era director ¡el suegro de mi abuela! ¡Lo habían olvidado! Para esconder su

inquietud, quizás para no mirar la verdad a la cara. En resumen, estaban orgullosos de no tener una pequeña «fastidiosa» que les despertase a primera hora de la mañana. Entonces tomaron la costumbre de bromear llamándome la gaviota, para no expresar su temor por mi diferencia.

Dicen que se grita lo que se quiere callar. Yo debía de gritar para intentar oír la diferencia entre el silencio y mi grito. Para compensar la ausencia de todas esas palabras que yo veía moverse sobre los labios de mi madre y de mi padre, y cuyo sentido ignoraba. Y como mis padres callaban su angustia, yo tenía que gritar también por ellos. ¡Quién sabe!

Mamá explica:

—El pediatra me tomó por loca. Él tampoco lo creyó. Siempre esta historia de las vibraciones que tú percibías. Pero cuando se daba una palmada a tu lado o detrás de ti, no volvías la cabeza en la dirección del ruido. Se te llamaba y tú no respondías. Y yo, yo me daba cuenta muy bien de estas cosas extrañas. Parecías sorprendida hasta el punto de sobresaltarte cuando yo llegaba a tu lado, como si me hubieras visto en el último segundo. Pensé de entrada en problemas psicológicos, porque el pediatra no quería creerme cuando te visitaba todos los meses.

»Yo le había pedido una entrevista para participarle mis temores una vez más. Él me dijo brutalmente: «¡Señora, le aconsejo muy de veras que se haga visitar!».

»Y en este punto cerró la puerta expresamente, y como tú te volviste, por casualidad o porque habías notado esas vibraciones, o simplemente porque su comportamiento te parecía curioso, gritó: «¡Ya ve que es absurdo lo que dice!».

»Le tengo rabia. Y me tengo rabia a mí misma por haberle creído. Después de esta visita comenzamos con tu padre un período de angustia y de observación permanentes. Silbábamos, te llamábamos, se daban portazos, se te miraba cuando palmoteabas, cuando te agitabas como si bailaras con la música... Creíamos que sí, después creíamos que no. Estábamos perplejos.

»A los nueve meses te llevé a ver a un especialista que dijo inmediatamente que habías nacido sorda profunda. El choque fue brutal. Yo no podía admitirlo y tu padre tampoco. Nos dijimos: «Es un diagnóstico equivocado. Es imposible». Fuimos a ver a otro especialista, y teníamos tantas esperanzas de que éste sonriera y nos mandara a casa tranquilizándonos...

»Nos encontramos con tu padre en el hospital Trousseau. Tú estabas sobre mis rodillas, y allí comprendí. En la sesión de tests se te hizo escuchar sonidos muy fuertes que me destrozaron los tímpanos y a ti te dejaron impasible como el mármol.

»Le planteé tres preguntas al especialista.

»—¿Hablará?

»—Sí, pero tardará mucho tiempo.

»—¿Qué hay que hacer?

»—Ponerle un aparato, una reeducación ortofónica precoz, sobre todo nada de lenguaje de gestos.

»—¿Podemos reunirnos con adultos sordos?

»—Eso no sería aconsejable. Ellos pertenecen a una generación que no ha conocido la reeducación precoz. Usted quedaría desmoralizada y decepcionada.

»Tu padre estaba abrumado y yo lloré. ¿De dónde venía esa «maldición»? ¿Herencia genética? ¿Una enfermedad padecida durante el embarazo? Me sentía culpable, y tu padre también. Buscamos en vano quién había podido ser sordo en la familia, de una u otra parte.

Comprendo el *shock* que mis padres recibieron. Los padres culpabilizan siempre, siempre buscan un culpable. Pero hacer responsable al otro, el padre o la madre, de la sordera del hijo es terrible para éste. No debe hacerse. Para mí sigue sin saberse. No se sabrá nunca. Seguramente es mejor así.

Mi madre explica que no sabía qué hacer conmigo. Me miraba, incapaz de inventar lo que fuera para crear un lazo entre nosotras. A veces ni siquiera llegaba a jugar. No me decía nada. Mi madre pensaba: «No puedo decirle te quiero porque ella no me oye».

Se encontraba en un estado de conmoción. Como tetanizada. Ya no podía reflexionar.

Desde mi infancia los recuerdos son extraños. Un caos en mi cabeza, una serie de imágenes sin relación entre sí, como secuencias de una película puestas una tras otra, con largas bandas negras, grandes espacios perdidos.

Entre los cero y los siete años mi vida está llena de lagunas. No tengo más recuerdos que los visuales. Como los *flashbacks*, imágenes cuya cronología ignoro. Creo que no hubo en absoluto idea del tiempo en mi cabeza en ese período. Porvenir, pasado, todo se encontraba en una misma línea del espacio-tiempo. Mamá decía ayer... y yo no comprendía dónde estaba el ayer, qué cosa era el ayer. El mañana, tampoco. Y no podía preguntarlo. Me sentía impotente. No era nada consciente del tiempo que pasaba. Había la luz del día, lo negro de la noche, eso era todo.

No consigo poner fechas en este período hasta los siete años. Ni poner en orden lo que hice.

El tiempo estaba inmóvil. Yo percibía las situaciones en el mismo lugar. Quizás hay recuerdos enterrados en mi cabeza, pero sin nexos de antigüedad entre ellos, y no puedo encontrarlos. Los acontecimientos, debo decir las situaciones, las escenas, porque todo era visual, las vivía como una situación única, la del ahora. Al intentar resolver el rompecabezas de mi tierna infancia para escribir, no encontré, pues, más que trozos de imágenes.

Las otras percepciones se encuentran en un caos inaccesible al recuerdo. Estaban enterradas en ese período en el cual me fui defendiendo, no sé cómo, con la ausencia de lenguaje, el desconocimiento de las palabras, la soledad y el muro del silencio. Mamá explica:

—Tú estabas sentada en la cama, me veías, con sorpresa, desaparecer y volver. No sabías adónde iba, a la cocina, por ejemplo; era una imagen de mamá que desaparecía, después de mamá que volvía, sin relación entre las dos.

EL SILENCIO DE LAS MUÑECAS

El aprendizaje de la comunicación comenzó por el método Borel-Maisonny, con una ortofonista, mujer extraordinaria, que supo escuchar la tristeza de mi madre, aguantar su cólera, sus lágrimas. Ella jugaba conmigo a muñecas y a comiditas. Mostró a mi madre que era posible tener una relación conmigo, hacerme reír, para que yo continuara viviendo como «antes» de que ella se enterase de mi sordera.

Aprendí a oralizar las «A», las «B», las «C»; me representaban las letras por movimientos de la boca y gestos con la mano.

Mi madre asistía a las sesiones, como si asumiera una relación madre-hija. Gracias a la identificación con esa mujer, mi madre volvió a aprender a hablarme. Pero nuestra manera de comunicarnos era instintiva, animal, yo la llamo «umbilical». Se trataba de cosas sencillas como comer, beber, dormir. Mi madre no me impedía hacer gestos, aunque se le había recomendado que no lo hiciera. No tenía valor para prohibírmelo. Para nosotras había otros signos, completamente inventados. Según explica mamá:

—¡Tú me hacías reír hasta saltármeme las lágrimas intentando comunicarte conmigo por todos los medios! Yo volvía tu cara hacia la mía, para que intentaras leer palabras sencillas, y tú hacías gestos al mismo tiempo. Era bonito e irresistible.

¿Cuántas veces hizo ese gesto de hacerme volver la cara hacia la suya, ese ademán fascinante y terrible de encararse madre-hija que nos sirvió de lenguaje?

Desde aquel momento ya no hubo mucho espacio para el otro, mi padre. Cuando mi padre volvía del trabajo, era más difícil, yo pasaba poco tiempo con él, no teníamos la clave «umbilical». Yo articulaba algunas palabras, pero él no me entendía casi nunca. Mi padre sufría al ver a mi madre comunicarse conmigo en un lenguaje de una intimidad que se le escapaba. Se sentía excluido. Lo estaba, naturalmente, porque no era una lengua que pudiéramos compartir los tres, ni con nadie más. Y él quería comunicarse directamente conmigo. Esta exclusión le sublevaba. Por la noche, cuando volvía, no podíamos intercambiar nada. A menudo yo tiraba del brazo a mi madre para saber qué era lo que él decía. Yo habría querido tanto «hablar» con él... Saber tantas cosas de él...

Comenzaba a pronunciar algunas palabras. Como todos los niños sordos, llevaba un aparato auditivo que soportaba más o menos bien. Ese aparato introducía ruidos en mi cabeza, todos iguales, imposibles de diferenciar, imposibles de utilizar. Era más fatigoso que otra cosa. Pero había que llevarlo, según los reeducadores. ¿Cuántas veces cayeron los auriculares en la sopa?

Dice mamá que la familia se consolaba con frases intrascendentes:

—Es sorda, pero muy bonita.

—¡Será muy inteligente!

Tengo una estupenda colección de muñecas. No sé cuántas. Pero tengo muñecas. ¿Qué edad tengo? No lo sé. La edad de las muñecas. Es la situación de las muñecas. En el momento de ir a dormir es necesario que las ordene, que queden bien alineadas. Les arreglo la ropa de la cama, las manos tienen que estar encima de la colcha. Les cierro los ojos. Paso mucho tiempo ocupada en esta tarea antes de acostarme. Quizás les hablo, seguramente, con la misma clave que mi madre. El signo de dormir. Una vez todo el mundo de las muñecas está en la cama, puedo ir a acostarme y dormir.

Es extraño: alineo mis muñecas con un orden metódico, en tanto que mi cabeza se encuentra completamente desordenada. Todo es vago y mezclado. Todavía busco por qué lo hacía. Por qué pasaba siglos alineando las muñecas. Me meten prisa para que vaya a acostarme. Eso pone nervioso a mi padre, eso pone nervioso a todo el mundo. Pero yo no puedo dormir si mis muñecas no se encuentran alineadas. Tienen que estar perfectamente alineadas, con los ojos cerrados, la colcha casi al milímetro, los brazos encima. Es una precisión diabólica, mientras que en mi cabeza todo es desorden. Quizás me encuentro ordenando todo lo que he vivido durante el día y que está en desorden antes de ir a dormir. Quizás tengo que expresar la organización de ese desorden. Durante el día soy desorden. Por la noche duermo bien ordenada, en calma, como una muñeca. Una muñeca no habla.

Viví en el silencio porque no comunicaba. ¿Acaso es ése el verdadero silencio? ¿La negrura completa de lo incomunicable? Para mí todo el mundo era negro silencio, excepto mis padres, sobre todo mi madre.

El silencio tiene, pues, un sentido que me pertenece sólo a mí: el de la ausencia de comunicación. Por otra parte, no he vivido en un completo silencio. Tengo mis ruidos personales, inexplicables para una persona que oiga. Tengo mi imaginación, y ésta tiene sus ruidos en imágenes. Imagino sonidos en colores. Mi silencio, para mí, tiene colores, no está nunca en blanco y negro.

Los ruidos de los que oyen me aparecen también en forma de imágenes, de sensaciones. La ola que rueda sobre la playa, calmada y dulce, es una sensación de serenidad, de tranquilidad. Aquella que se eriza y galopa levantando mucho el lomo, es la cólera. El viento son mis cabellos que flotan al aire, el frescor o la dulzura sobre mi piel.

La luz es importante, me gusta el día, no la noche.

Duermo en un canapé en el salón del pequeño apartamento de mis padres. Mi padre es estudiante de medicina; mi madre, institutriz. Ella ha interrumpido sus estudios para educarme. No somos muy ricos; el apartamento es pequeño. Nociones que yo ignoro entonces, dado que la organización de la sociedad, del mundo de los que oyen, me es totalmente extraña. Por la noche duermo sola en el diván. Todavía lo veo perfectamente hoy, ese diván de color amarillo y naranja. Veo una mesa de madera marrón. Veo la mesa del comedor, blanca, con tablas. Siempre hay una

relación entre los colores y los sonidos que imagino. No puedo decir que el sonido que imagino sea azul o verde o rojo, pero los colores y la luz son soportes que me ayudan a imaginar el ruido, la percepción de cada situación.

En la luz puedo controlarlo todo con mis ojos. El negro es sinónimo de no-comunicación, y por tanto de silencio. Ausencia de luz: pánico. Más tarde aprendí a apagar la luz antes de dormir.

Tengo un *flash* de recuerdo del negro de la noche. Estoy en el salón, estirada sobre la cama, y veo por la ventana el reflejo de los faros en el muro. Eso me asusta, todas esas luces que llegan y se van. Todavía conservo la imagen en mi mente. El salón y la habitación de mis padres se comunican; es una gran estancia abierta, sin puerta. Hay un sillón y una cama y el gran canapé con cojines por todas partes, donde duermo. Me veo como una niña, pero no sé la edad que tengo. Tengo miedo. Siempre tengo miedo, por la noche, de esos faros de coches, de esas imágenes que llegan a la pared y se van.

A veces mis padres me explicaban que iban a salir. Pero ¿acaso había comprendido bien esa historia de las salidas? Para mí era una marcha, un abandono. Los padres desaparecían y volvían. Pero ¿acaso iban a volver? ¿Cuándo? No tenía noción de cuándo. No tenía palabras para decírselo, no tenía lenguaje, no podía expresar mi angustia. Era horrible.

Creo que quizás adivinaba por su comportamiento, un poco nervioso, que iban a «desaparecer». Pero siempre era una sorpresa para mí esa marcha, porque me daba cuenta de ella por la noche. Me hacían cenar, me acostaban, se esperaban hasta que me durmiera y cuando mis padres suponían que yo dormía profundamente, pensaban que podían partir y yo no lo sabía. Y me despertaba sola. Me despertaba, quizás, a causa de esa salida. Y tenía miedo de los faros como de unos fantasmas sobre aquella pared.

No podía ni hablar de ese miedo, ni explicarlo. Mis padres debían de creer que no había nada que pudiera despertarme porque era sorda. Pero las luces eran sonidos imaginarios, desconocidos, que me angustiaban enormemente. Si hubiera podido hacerme comprender, no me habrían dejado sola. Un niño sordo necesita que haya alguien con él por la noche. Alguien, necesariamente.

Tengo también una pesadilla. Me encuentro dentro de un coche, en la parte de atrás, y mi madre conduce. Llamo a mi madre, le quiero hacer unas preguntas, quiero que me conteste, la llamo y ella no vuelve la cabeza. Insisto. Cuando, finalmente, se vuelve para responderme, ocurre el accidente, el coche termina en un barranco, después en el mar. Veo agua a mi alrededor. Es horrible. Insoportable. El accidente ha ocurrido por mi culpa, y eso me despierta en plena angustia.

Durante el día llamo muy a menudo a mi madre para que nos comuniquemos. Quiero saber lo que pasa, quiero estar siempre al corriente, es una necesidad. Ella es la única persona que me comprende verdaderamente, con ese lenguaje inventado desde el principio, ese lenguaje «umbilical», animal, esa clave particular, instintiva, hecha de mímica y de gestos. Tengo tantas cosas embrolladas en la cabeza, tantas preguntas, que siento necesidad de ella en todo momento. Esa pesadilla en la que ella no contesta, no vuelve la cabeza para mirarme, era mi angustia profunda de aquella edad mía de entonces.

Para los niños que aprenden muy pronto el lenguaje de signos, o que tienen padres sordos, es diferente. Éstos hacen progresos notables. Estoy estupefacta de cómo adelantan. Yo estaba claramente retrasada; no aprendí esta lengua hasta los siete años. Antes seguramente era como una «deficiente», una salvaje.

Es extraordinario. ¿Cómo funcionaba todo antes? Yo no tenía lenguaje. ¿Cómo pude construirme? ¿Cómo comprendí? ¿Qué hacía para llamar a la gente? ¿Qué hacía para pedir algo? Me veo a menudo haciendo gestos.

¿Acaso pensaba? Sin duda. Pero ¿en qué? Sólo en mi furia por comunicarme con los demás. En esa sensación de estar encerrada detrás de una puerta enorme, que no podía abrir para hacerme comprender por los demás.

Y yo tiraba de la manga del vestido de mi madre, le enseñaba objetos, montones de cosas, y ella comprendía, me respondía.

Progresaba lentamente. También imitaba palabras. «Agua», por ejemplo, fue la primera palabra que oralicé. Imitaba lo que veía en los labios de mi madre. No lo oía, pero yo hacía «O», con la boca en «O». Una «O» que producía una vibración de mi garganta y por consiguiente un ruido particular para mi madre. Y así todas las palabras se convertían en palabras para mí y para ella, palabras que nadie podía comprender. Mamá quería que me esforzase en hablar; yo también lo intentaba para ayudarla, pero sobre todo tenía deseos de mostrar, de señalar. Para pedir hacer pipí, enseñaba el cuarto de baño; para comer, señalaba lo que quería comer y me metía la mano en la boca.

Hasta la edad de siete años no hay palabras, no hay frases en mi cabeza. Sólo imágenes. Cuando tiraba de mi madre para decirle alguna cosa, yo no quería que mirase hacia otro lado; era yo, mi cara, ninguna otra cosa, lo que ella debía mirar. Me acuerdo de eso. Había, pues, un pensamiento, dado que yo «pensaba» en la comunicación, la quería.

Se daban situaciones particulares. Por ejemplo, en una reunión de familia. Mucha gente que movía mucho la boca. Yo me aburría. Me iba a otra habitación, iba a mirar los objetos, las cosas. Los cogía en las manos para verlos bien. Después de eso volvía a colocarme en medio de la gente y tiraba de mi madre. Tirar de mi madre significaba llamarla para que ella me mirase, para que pensara en mí. Era difícil cuando había gente: yo perdía la comunicación con ella. Estaba sola en mi planeta y quería que ella volviera a él. Mi madre era mi único lazo con el mundo. Mi padre nos miraba, seguía sin comprender nada.

Veo a mi padre encolerizado. Veo una expresión particular. Pregunto:

—¿No va bien?

Imito la cólera de papá. Éste responde:

—¡No, no va bien!

Quizás voy a tirar de mamá para que ella traduzca, porque quiero saber más, quiero comprender lo que pasa. Por qué. Porque, porque... he visto la cólera en la cara de papá. Pero ella no siempre puede traducir. Entonces vuelvo a encontrarme en el negro silencio.

Cuando hay gente, miro mucho las caras. Observo todos los tics, todas las manías de la gente. Hay gente que no mira a su interlocutor de la mesa mientras habla. Juegan con los cubiertos. Se toquetean los cabellos. Son imágenes que hacen cosas. No puedo decir el efecto que me causa. Veo. Veo si están contentos o no. Veo si están disgustados. O si no escuchan a los demás. Tengo

ojos para comprender, pero resulta limitado. Veo que se comunican entre ellos con la boca; mi diferencia debe de radicar ahí. Ellos hacen ruido con la boca. Yo no sé lo que es el ruido. Y tampoco el silencio. Estas dos palabras no tienen sentido.

Salvo que en mi interior no existe el silencio. Oigo silbidos muy agudos. Creo que vienen de otro sitio, del exterior de mí; pero no, son mis ruidos, no hay nadie más que yo que los oiga. ¿Acaso soy ruido interior y silencio exterior?

Tuvieron que ponerme un aparato a los nueve meses. Los niños sordos a menudo llevan aparatos con auriculares conectados a un cordón en forma de Y y con un micro sobre el vientre; es un aparato monofónico. No recuerdo haber oído cosas con él. ¿Ruidos quizás? Pero ruidos que sigo oyendo, como la vibración de los coches que pasan por la calle, la vibración de la música; con el aparato, son insoportablemente fuertes. Pero ¿ruidos de niños? No. Los juguetes son mudos.

Esos ruidos demasiado fuertes me cansaban; esos ruidos sin significado, que no me aportaban nada. Me quitaba el aparato para dormir; el ruido me angustiaba. Un ruido fuerte sin nombre, sin relación, me agobiaba. Mamá explica:

—El ortofonista nos dijo que no nos inquietáramos, que hablarías. Nos dio esperanzas. Con la reeducación y los aparatos auditivos te convertirías en «oyente». Con retraso, sin duda, pero llegarías. Se esperaba también, pero era completamente ilógico, que un día realmente acabarías por oír. Como una magia. Era tan difícil aceptar que hubieras nacido en un mundo diferente del nuestro...

VIENTRE Y MÚSICA

A partir del momento en que me colocaron el aparato, pero no sé cuándo, comencé a distinguir entre los que oyen y los sordos. Simplemente porque los oyentes no llevaban aparato. Había la gente que lo llevaba y los otros. Era una distinción sencilla.

Yo tenía deseos de decir cosas, muchas cosas, pero se alzaba ese muro y entonces me ponía triste. Veía triste a mi padre y también a mamá. Sentía verdaderamente la tristeza y quería que mis padres sonrieran, que fueran felices, quería darles alegría. Pero no sabía cómo dársela. Me decía a mí misma: «¿Qué es lo que tengo? ¿Por qué están tristes por mi causa?». Todavía no había entendido que yo era sorda. Sólo que existía una diferencia.

¿Mi primer recuerdo? No hay ni primer ni último recuerdo de infancia dentro del desorden que hay en mí. Hay sensaciones. Ojos y cuerpo para registrar la sensación.

Me acuerdo del vientre. Mi madre está embarazada de mi hermanita; siento muy fuertemente las vibraciones. Noto que hay algo. Con la cara hundida en el vientre de mi madre «oigo» la vida. Tengo dificultad en imaginar que hay un bebé en el vientre de mamá. Para mí, es imposible. ¿Veo una persona y hay una segunda persona en el interior de la misma persona? Digo que eso no es cierto. Es una mentira. Pero me gusta el vientre de mi madre, y el ruido de la vida que hay dentro.

Me gusta también el vientre de mi padre, por la noche, cuando discute con los amigos o con mi madre. Estoy cansada, me acomodo cerca de él, con la cabeza contra su vientre, y siento las vibraciones. Eso me calma, me tranquiliza, es como una canción de cuna; me duermo con esas vibraciones como una cancioncilla infantil en mi cabeza.

Una percepción física conflictiva, distinta: mi madre me da una azotaina. Me acuerdo de la azotaina. Debía de comprender por qué me la daban, pero no me acuerdo. Mi madre se va después, le hacen daño las manos y a mí me hace daño la zurra. Las dos lloramos. Mis padres no me pegaban nunca; por consiguiente creo que ella estaba muy enfadada, pero no sé por qué. Es mi único recuerdo de un castigo.

Por otra parte, mis conflictos con mi madre son complicados. Por ejemplo, me niego a comer alguna cosa. Mamá dice:

—Tienes que acabarte el plato.

Yo no quiero. Entonces ella juega a hacer el avión con la cucharita. Una cuchara para papá, una para la abuela..., entiendo muy bien su historia..., una cuchara para mí. Abro la boca y me lo trago. Pero llega un momento en que no quiero comer. De ningún modo. Tengo una bronca con mamá. La gaviota está colérica. Y cuando estoy hasta la coronilla me voy de la mesa. Mis padres creen que es broma, pero no. Hago la maleta, meto las muñecas, estoy verdaderamente furiosa. Quiero marcharme.

La maleta es una maleta de muñecas. No meto en ella mi abrigo; meto los abrigos de las muñecas con las muñecas. No sé por qué. Quizás es que las muñecas son yo y quiero mostrar que soy yo quien me marchó. Me voy a la calle. A mi madre le entra pánico y me alcanza. Yo hago eso cuando estoy muy enfadada y después de haber discutido. Soy una persona, no puedo obedecer siempre. Es preciso que esté constantemente de acuerdo con mi madre, pero yo quiero ser una persona independiente. Emmanuelle es distinta. Ella y yo somos diferentes.

Juego con mi padre, nos divertimos, nos reímos mucho, pero ¿acaso nos comunicamos de veras? No lo sé. Él no. Y sufre. Cuando supo que yo era sorda, preguntó inmediatamente cómo me las arreglaría para oír música. Al llevarme a conciertos, muy pequeña, o quería transmitirme su pasión o bien «rechazaba» que yo fuera sorda. Yo lo encontraba formidable. Y siempre ha sido formidable que no pusiera nunca obstáculos entre la música y yo. Me sentía feliz de estar con él. Y creo que yo percibía profundamente la música; no con las orejas: con mi cuerpo. Mi padre conservó durante mucho tiempo la esperanza de verme despertar de un largo sueño. Como la Bella Durmiente del bosque. Estaba convencido de que la música iba a operar esa magia. Dado que yo vibraba con la música, y que él siente locura por ella, la clásica, el *jazz*, los Beatles, mi padre me llevaba a conciertos, y yo me hice mayor creyendo que podía compartirlo todo con él.

Una tarde, mi tío Fifou, que era músico, tocaba la guitarra. Le veo, la imagen está clara en mi mente. Toda la familia escucha. Quiero compartir la guitarra. Él me dice que muerda el mango. Lo muerdo, y él se pone a tocar. Me quedo horas mordiendo. Noto todas las vibraciones en mi cuerpo, las notas agudas y las notas graves. La música entra en mi cuerpo, se instala, se pone a jugar en mi interior. Mamá me mira, completamente pasmada. Ella intenta hacer lo mismo, pero no lo soporta. Dice que le resuena en la cabeza.

Todavía sigue la marca de mis dientes en la guitarra de mi tío.

Tuve la suerte de contar con la música en mi infancia. Ciertos padres de niños sordos dicen que no vale la pena y privan al niño de la música, y algunos niños sordos pasan de ella. A mí me encanta. Noto las vibraciones. El espectáculo de un concierto también me influye. Los efectos de luz, el ambiente, la gente de la sala..., eso también son vibraciones. Siento que estamos todos juntos para lo mismo. El saxofón que brilla con destellos dorados es formidable. Los trompetistas que inflan sus mejillas. Los bajos. Siento con los pies, con todo el cuerpo si estoy tendida en el suelo. E imagino el ruido, siempre lo he imaginado. Es a través de mi cuerpo como percibo la música. Con los pies descalzos en el suelo, adheridos a las vibraciones, veo la música en colores. El piano tiene colores, la guitarra eléctrica, los tambores africanos. La batería. Vibro con ellos. Pero no puedo captar el violín. No puedo sentirlo por los pies. El violín vuela, debe de ser agudo como un pájaro, como un canto de pájaro, no se le puede coger. Es una música de altura, hacia el cielo, no hacia la tierra. Los sonidos que hay en el aire deben de ser agudos, los sonidos de la tierra deben de ser graves. Y la música es un arco iris de colores vibrantes. Amo profundamente la música africana. El tamtam es una música que viene de la tierra. La noto con los pies, con la cabeza, con el cuerpo entero. La música clásica me cuesta. Está realmente alta en el aire. No puedo cogerla.

La música es un lenguaje que está más allá de las palabras, es universal. Es el arte más bello que hay; consigue hacer vibrar físicamente el cuerpo humano. Es difícil reconocer la diferencia entre la guitarra y el violín. Si yo viniera de otro planeta y encontrara a unos hombres que hablaran de modo distinto, estoy segura de que llegaría a entenderles percibiendo sus

sentimientos. Pero el campo de la música es muy grande, inmenso. A menudo puedo perderme en él. Es lo que pasa en el interior del cuerpo. Son las notas que se ponen a bailar. Como el fuego de una chimenea. El fuego que marca el ritmo, pequeño, grande, pequeño, más deprisa, más despacio... Vibración, emoción, colores en un ritmo mágico.

Las voces cantadas son un misterio. Una sola vez se desveló ese misterio. No sé cuándo, ni a qué edad. Todavía lo recuerdo. Veo a la Callas en la televisión. Mis padres miran y yo estoy sentada con ellos ante la pantalla. Veo a una mujer corpulenta, que parece tener un carácter fuerte. De repente hay una imagen en primer plano y allí oigo verdaderamente su voz. Mirándola con intensidad entiendo la voz que ella debe de tener. Imagino una canción no muy alegre, pero veo muy bien que la voz viene del fondo, de lejos, que esta mujer canta con su vientre, con sus entrañas. Eso me causa un efecto terrible. ¿Acaso he oído realmente su voz? No lo sé bien. Pero he sentido realmente una emoción. Es la única vez que me ha ocurrido una cosa parecida. María Callas me ha conmovido. Es la única vez en mi vida que he sentido, imaginado, una voz cantada.

Los otros cantantes no me dicen nada. Cuando les veo en videoclips, en la televisión, noto mucha violencia, muchas imágenes que se suceden, no comprendo nada. Ni siquiera llego a imaginar la música que puede haber en ellos, por lo deprisa que va la cosa. Pero hay ciertos cantantes, como Carole Laure, Jacques Brel, Jean-Jacques Goldman, cuyas palabras me conmueven.

¡Y Michael Jackson! Cuando le veo bailar es un cuerpo eléctrico, el ritmo de la música es eléctrico, lo asocio con la imagen eléctrica, le siento eléctrico.

La danza está en el cuerpo. De adolescente me encantaba salir de *boîtes* con mis compañeros sordos. Es el único lugar en el que se puede poner la música a fondo sin preocuparse por los demás. Yo bailaba toda la noche, con el cuerpo pegado a las paredes, con el cuerpo vibrando con el ritmo. Los otros, los que oían, me miraban asombrados. Debían de pensar que estaba loca.

GATO BLANCO, GATO NEGRO

Papá me llevaba a la escuela de párvulos y yo me sentía dichosa de ir con él. Después me encontraba sola en un rincón, haciendo dibujos. Por la noche, con mi madre, rehacíamos muchos dibujos. Me acuerdo también de un juego que se llama la batalla. Cada uno tiene sus colores. O bien mi madre hacía un dibujo y yo debía añadirle un ojo, una nariz, y a mí me encantaba. Había dibujos por todas partes.

Veo también una sala, y un disco raro que gira, sobre el cual se coloca una hoja de papel. Proyecto pinturas de todos los colores sobre el papel; mamá también. Los colores se esparcen al azar con la velocidad del disco. No comprendo en absoluto cómo ocurre, pero es bonito.

Miramos también los dibujos animados en la televisión o en el cine. Me acuerdo de Piolín y Silvestre. Después de un cuarto de hora de película yo lloraba, hipaba y sorbía de tal modo que mi madre se inquietó. Veía cómo los demás se reían de las planchas de Grosminet y yo no comprendía por qué lo encontraban gracioso. Sufría mucho por esa crueldad de los niños. Era injusto que Grosminet se dejara coger siempre y que le aplastaran infaliblemente contra las paredes. Veía la cosa de ese modo. Quizás era demasiado sensible y también quería mucho a los gatos.

Tenía un gato blanco. Para mí ese gato no tenía nombre. Pero yo estaba muy contenta de tenerlo. Le hacía saltar en el aire, le hacía hacer el avión. Jugaba al helicóptero con él. Le tiraba de la cola. Seguramente este comportamiento era infernal, pero el gato me adoraba. Pasaba el tiempo fastidiándole y él seguía adorándome.

Un día se abrió la barriga. No sé cómo ni cuándo. Fue en el campo. Papá, que seguía sus estudios de medicina, se ocupó de él; lo cosió, pero la cosa no funcionó. El gato murió. Pregunté lo que pasaba. Mi padre dijo: «Se ha terminado». Eso quería decir que el gato había desaparecido, que se había marchado. Que no lo volvería a ver.

Yo no sabía lo que quería decir la muerte. Los días siguientes continué preguntando dónde estaba el gato. Me siguieron explicando que se había acabado, que no volvería nunca. «Nunca» era una palabra que no comprendía. «Muerto», tampoco. Finalmente, sólo comprendí una cosa: muerto equivale a terminado, acabado. Yo pensaba que las grandes personas eran inmortales. Las grandes personas se iban y volvían. Por tanto, no terminaban nunca.

Pero yo no. Yo iba a «irme». Como el gato. No veía que me hiciera mayor. Me veía quedándome pequeña. Toda la vida. Me creía limitada a mi estado de entonces. Y sobre todo, me creía única, sola en el mundo. Emmanuelle es sorda, nadie más lo es. Emmanuelle es diferente, Emmanuelle nunca será mayor.

No podía comunicarme como los demás y, por tanto, no podría ser como los otros, los grandes personajes que oyen. Por consiguiente, tenía que «acabar». Y, en ciertos momentos, cuando no conseguía decir todo aquello que sentía deseos de preguntar, de comprender, o cuando

no había respuesta, pensaba en la muerte. Tenía miedo. Ahora sé por qué: nunca había visto adultos sordos. No había visto más que niños sordos en la clase especializada de la escuela de párvulos donde estaba. Así pues, en mi espíritu, los niños sordos no se hacen mayores nunca. Todos iban a morir de aquel modo, pequeños. Creo, incluso, que ignoraba que los que oyen habían sido pequeños. No había ninguna referencia posible.

Cuando vi que el gato ya no estaba allí, que se había «marchado», intenté verdaderamente entenderlo con todas mis fuerzas. Quería, rotundamente, volver a ver a ese gato para comprender. Ver, puesto que sólo mis ojos me permitían comprender las cosas. No me enseñaron el gato muerto. Me quedé con la idea de «ido». Era demasiado complicado.

Cuando nació mi hermanita había otro gato. Negro. Se le dio un nombre: se llamaba *Bobine*. Fue mi padre quien escogió el nombre en recuerdo de *Fort-Da*, de Freud, según decía. El gato jugaba todo el tiempo con los carretes de hilo. Sabía que yo era sorda. Y yo sabía que él lo sabía. Era evidente. Cuando Bobine tenía hambre, llamaba a mi madre, maullaba detrás de ella y, dando vueltas a su alrededor, se escapaba de su vista, pero ella lo oía, seguro. Al principio él había probado conmigo, había comprendido que yo no contestaba y eso le molestaba. Entonces se ponía justo delante de mi cabeza para maullarme a la cara. Estaba claro: él había comprendido que era necesario que hundiera sus bellos ojos verdes en los míos para hacerse entender. Yo tenía ganas de comunicarme con él. A veces, yo estaba sobre la cama y él me cogía los pies para jugar. Tenía deseos de decirle que era «fastidioso». Probaba con gestos; yo decía: «Para, me estás molestando». Pero no daba resultado. Yo captaba cuándo él estaba encolerizado: entonces no me contestaba. Era como un gato estatua.

Cuando veía a Piolín y a Silvestre, sentía toda aquella violencia contra el pobre gato, sentía horror de Piolín. Él estaba a sus anchas, fastidiaba al gato; el pobre gatito no comprendía nada y estaba harto. Es un ingenuo. Piolín es un cochino.

Busco una independencia difícil en este mundo difícil. Me cuesta mucho pronunciar esta palabra, difícil. Yo digo:

—Es «tifiti».

Es «tifiti» decir «tifiti».

Es «tifiti» existir por mí misma, sin mi madre. Intento la aventura de hacer las cosas sin ayuda de mi cordón umbilical. Completamente sola para aburrirme un poco menos. ¿Qué edad tengo? ¿Esta aventura es antes o después de la muerte del gato? No lo sé. Dije:

—Voy a ir sola al lavabo.

En realidad no se lo dije a mi madre. Es una frase que me digo mentalmente. Para hacer eso, habitualmente siempre llamo a mi madre. Pero estamos en casa de unos amigos, ella está ocupada charlando, no se preocupa de mí y por tanto voy a arreglármelas sola del todo.

Entro en el cuarto de baño, me cierro con pestillo como una persona mayor. Imposible salir. Quizás he atascado el pestillo, he cerrado mal, qué sé yo. Me pongo a dar alaridos, a gritar, golpeo contra la puerta. Encerrada, sin poder salir: angustia. Mi madre está allí, detrás de la puerta; ha oído los golpes, pero yo no lo sé, ciertamente. De repente, se corta completamente la comunicación. En verdad hay un muro entre mi madre y yo. Es horrible.

Estoy segura de que mamá intenta tranquilizarme; ella ha debido de decir: «No te inquietes, estáte tranquila». Pero en aquel momento no puedo oírlo, porque no la veo. Y creo que ella se ha quedado a charlar con su amiga. Que estoy sola. Tengo un miedo terrible. Voy a quedarme toda la vida encerrada en esta pequeña habitación, ¡gritando en el silencio!

Finalmente veo deslizarse un papel por debajo de la puerta. Mamá ha hecho un dibujo, porque yo no sé leer. Hay una imagen de un niño que llora, que ella ha tachado. Al lado, la imagen de un niño que ríe. Comprendo que mamá está detrás de la puerta y que me dice que sonría, que todo va bien. Pero ella no ha dibujado que abre la puerta. Ha dicho que yo debo reír y no llorar. Y sigo estando aterrorizada. Siento que grito. Siento las vibraciones de las cuerdas vocales. Si emito un sonido agudo, las cuerdas vocales no vibran en absoluto; pero cuando utilizo el grave, cuando grito, siento las vibraciones. He vibrado hasta perder el aliento.

Antes de que llegara un cerrajero para abrir esa puerta, ese muro que me aislaba de mi madre, debí de llorar mucho tiempo, como una gaviota enfurecida en la tempestad.

«TIFITI»

Todo es difícil: la más pequeña de las cosas sencillas para un niño que oye, era una dificultad para mí.

Mi escolarización en el parvulario, en una clase de integración para el niño sordo. Mis primeros amigos. Mi vida social comenzó allí.

El ortofonista ha conseguido que pronuncie algunas palabras audibles. Comienzo a explicarme con una mezcla de oralización y de gestos, a mi manera. Mamá dice:

—Hasta los dos años fuiste a un centro de reeducación situado precisamente sobre un consultorio de enfermedades venéreas. Eso me encolerizaba. ¿Acaso la sordera es una enfermedad vergonzosa? En seguida te pusimos en aquella escuela de párvulos del barrio. Un día fui a buscarte, y la profesora explicaba cuentos infantiles para el aprendizaje de la lengua. Tú estabas en un rincón, sentada en una mesa, sin preocuparte en absoluto, dibujando. No tenías aire de ser feliz.

No conservo ningún recuerdo particular de esa época. Dibujo, es cierto. Los dibujos son importantes para mí: reemplazan la comunicación. Puedo explicar una parte de lo que llena mi mente de preguntas sin respuesta. Pero he olvidado esa escuela de párvulos, con su clase llamada de integración. O prefiero olvidarla. ¿Es verdaderamente una clase de integración con todos esos chiquillos puestos en círculo alrededor de una profesora que les explica una historia?

¿Qué es lo que hago allí, completamente sola delante de mis dibujos? ¿Qué es lo que se aprende? Según mi opinión, nada. ¿Para qué sirve? ¿A quién complace? En el recreo salto a la comba.

Guardo algunas imágenes. Una en particular. Un apuro de niño. Mi padre viene a buscarme. Estoy lavándome las manos en el grifo del patio. Dice:

—Date prisa. Nos vamos.

No sé cómo lo ha dicho, cómo se las ha arreglado para comunicarme la información de que me dé prisa para marcharnos, pero yo la he captado. Quizás me ha empujado un poco, debía de tener aspecto de tener prisa, no estaba tranquilo. En todo caso he adivinado la situación por su comportamiento: «No hay mucho tiempo». Quiero hacerle comprender otra situación, la que dice: «No he terminado de lavarme las manos». Y de repente, él ya no está allí. Lloro a lágrima viva. Hay un malentendido. No nos hemos comprendido. Él se ha marchado, ha desaparecido, y yo estoy allí, sola, llorando. ¿Llorando por la incompreensión que existe entre nosotros o por estar sola? ¿O porque él ha desaparecido? Creo que lloro más bien por el malentendido.

Esta pequeña escena es simbólica del equívoco casi permanente que hay entre ellos y nosotros, los que oyen y los sordos. Sólo puedo entender una situación si la visualizo. Para mí es una escena en la cual mezclo las sensaciones físicas y la observación de los gestos. Si la situación se explica con mucha rapidez, tengo dificultad en estar segura de haberla entendido. Pero yo

intento responder al mismo ritmo. Mi padre, aquel día, delante del grifo donde me lavo las manos, no comprendió mi respuesta. O fui yo quien entendió mal. ¡Y la sanción de esta incompreensión es que él se fue! Sin duda, volvió a buscarme al cabo de un tiempo que no puedo definir, pero que fue un tiempo de soledad y desesperación. Además, no pude explicarle mis lágrimas. Porque después de una situación no comprendida todo se complica. Se instala otra situación, todavía más difícil de conectar con la precedente.

Es extraña esta imagen. No sé si es un recuerdo auténtico o si lo he imaginado. Sin embargo, es el símbolo sorprendente de mis dificultades de comunicación con mi padre en aquella época.

«Tifiti» es una palabra de la infancia que nació de esta dificultad. Un día, yo debía de ser algo mayor, estamos solos él y yo. Él cuece la carne. Quiere saber si la quiero muy cocida, no demasiado cocida... Veo que intenta explicarme la diferencia entre cocido y crudo, y, con ayuda del radiador, entre calor y frío. Comprendo calor y frío, pero no cocido o crudo. Eso dura mucho tiempo. Finalmente, se enfurece y cuece de la misma manera los dos trozos de carne.

Otra vez, a otra edad, él mira la televisión. Uno de los personajes de la película se llama Laborie, como nosotros, pero con «e». Se obstina en explicarme sobre trozos de papel la diferencia entre la «t» de nuestro nombre y la «e» del personaje. Es incomprensible, y yo le respondo sin parar:

—Es tifiti. Es tifiti.

Él no comprende lo que yo oralizo y, agotados, lo dejamos correr los dos, esperando que vuelva mi madre. Entonces mi padre le pregunta qué quería decir yo, y ella estalla en carcajadas.

—¡Es difícil!

Bueno, era igual de «tifiti» para él que para mí, y él lo soportaba mal. En el fondo, yo también. La infancia de un sordo presenta aún más vulnerabilidad. Todavía más sensibilidad que para otro niño. Sé que yo pasaba a menudo de la cólera a la risa.

Cólera cuando, por ejemplo, en la mesa nadie se ocupa de comunicarse conmigo. Doy golpes sobre la mesa, con violencia. Quiero «hablar». Quiero comprender lo que se ha dicho. Estoy harta de sentirme prisionera de ese silencio que ellos no intentan romper. Hago esfuerzos todo el tiempo, ellos no demasiados. Los que oyen no hacen demasiados esfuerzos. Yo se lo reprocho.

Me acuerdo de una pregunta que tenía en la mente: ¿Cómo se las arreglan para entenderse cuando están de espaldas? Para mí es «tifiti» asumir que sea posible una comunicación sin que las caras se encuentren una frente a la otra. Yo no puedo comprender nada sin estar cara a cara. No puedo llamar a nadie más que tirándole de una manga, del dobladillo de un traje o de un pantalón. Al hacer eso quiero decir: «Mírame, muéstrame la cara, tus ojos, para que yo comprenda».

VER. Sin ver estoy perdida. Necesito la expresión de la mirada, los movimientos de la boca.

Yo también llamo con mi voz. Llamo a mi padre cuando toca el piano. Grito «papá, papá», para que finalmente me mire. Pero ¿para decir qué? No lo sé.

También doy golpecitos. Doy golpecitos a mi madre, le hago volver la cabeza hacia mí a la fuerza.

Cuando viene el médico, busca el lugar donde yo puedo tener daño, aprieta, hasta que grito. La cosa funciona así, mi comunicación infantil con el médico cuando estoy enferma.

Hago muchas cosas a escondidas. En suma, hago mis experimentos.

Adoro el jarabe. Termino todas las botellas a escondidas y eso me pone enferma. No me han dicho que el jarabe sea malo. ¿Cómo entender que es malo, si es azucarado, si tiene buen sabor y si sirve para dejar de tener dolor, puesto que es el médico el que lo da?

Me encanta el «taltitón». Yo también lo hurto y lo escondo en mi armario empotrado, entre los montones de ropa, en cualquier sitio. Puntas de salchichón mordidas que huelen y alertan a mi madre. El salchichón es el bastón de caramelo de mi infancia.

Tengo, quizás, cinco años, seis. Voy a la escuela con niños sordos. La profesora sabe que soy sorda, no estoy aislada. Aprendo a contar con los dominós. Aprendo las letras del alfabeto, pinto. Ahora es un placer ir a la escuela.

Tengo un amiguito sordo que viene a jugar a casa. Nos meten en una habitación. La comunicación es más fácil entre nosotros dos. Tenemos signos y gestos personales.

Jugamos con fuego, con velas. Porque está prohibido. Me gusta experimentar lo que está prohibido.

Miramos a *Goldorak* y lo imitamos; jugamos con las muñecas, discutimos pataleando.

Miro mucho cómo viven mis padres e intento referirme a ello en mis juegos. Represento el papel de madre responsable de la casa. La comidita, la cocina. Él está allí para ocuparse de los niños, las muñecas. Vuelve del trabajo. Decimos con gestos:

—Tú haces esto. Yo hago esto.

—No; yo hago esto otro.

Seguimos discutiendo; es el juego.

Comprender la diferencia entre una mujer y un hombre también es «tifiti». Me he dado perfecta cuenta de que mi madre tiene senos y mi padre no. Los dos van vestidos de modo diferente; el uno es mamá; el otro, papá. Pero ¿aparte de eso? Quiero saber también la diferencia entre mi compañero y yo.

Estamos de vacaciones en Provenza, en Lurs. Jugamos en el agua los dos y, como somos pequeños, no llevamos traje de baño. La diferencia entre él y yo es, pues, visible. Lo encuentro gracioso. Es sencillo, lo he entendido: somos dos niños sordos, pero no completamente iguales.

Yo me parezco a mi madre, pero ella oye y yo no. Ella es mayor y yo no me haré mayor. Mi pequeño compañero y yo estaremos pronto «terminados». Estamos en la época en la que aún no hemos visto adultos sordos y nos es imposible pensar que uno se hace mayor siendo sordo. No hay ninguna referencia, ninguna comparación que lo permita. Por tanto, vamos a «irnos», a estar «terminados» pronto. A morir, en realidad.

Y cuando yo muera pienso que mi «alma» irá al cuerpo de otro bebé, pero que ese bebé oirá. Sobre esa extraña mutación no tengo explicación alguna. ¿Cómo sé que tengo un alma? ¿Qué es lo que yo llamo alma a esa edad?

Lo he comprendido a mi modo al ver un dibujo animado en la televisión. Es la historia de una niña pequeña. En las imágenes no se ve a sus padres durante un largo rato. Entonces, para mí ellos se han ido, como se ha ido el gato blanco... Irse es igual a morir. Creo, pues, que están muertos. Después, la pequeña encuentra a sus padres de nuevo. Está claro que son las mismas personas que

al principio; ella las había perdido, sencillamente. Pero yo me he contado otra historia: los padres han vuelto de la muerte y se han integrado en otro cuerpo. Es eso lo que llamo un alma: «irse y volver». Eso es un alma, una cosa que uno tiene o que existe, que se va y que vuelve.

A los cinco o seis años el aprendizaje de conceptos es ya difícil para un niño que oye; para mí no puede fundarse más que en imágenes vistas. La consecuencia de ello es que cuando yo esté «terminada», me haya marchado a mi vez, y mi pequeño compañero también, nuestras almas volverán al cuerpo de otros bebés. Pero éstos oirán. Y si yo decido en mi mente de niña sorda que el otro niño que va a tomar mi lugar oirá, es quizás porque a esa edad sufro por no poder oír. Que todavía no tengo un lenguaje liberador.

He tenido que mezclar la desaparición del gato blanco y ese dibujo animado para hacerme una idea de la muerte.

He tenido que pedir a mi pequeño compañero que me muestre su «minina» en la playa, para saber la diferencia que hay entre los papás y las mamás. En eso, creo, no hay gran diferencia con los otros niños que oyen.

Es «tifiti» comprender al mundo, pero una se las va arreglando.

La diferencia principal en la época anterior al lenguaje de signos consiste para mí en dos elementos: la necesidad absoluta de ver para entender. Entender en el sentido antiguo de comprender. Y una vez que he visto, la imposibilidad momentánea de ver de otro modo. No es evidente que haya dos situaciones posibles a partir de un mismo elemento visual. Por ejemplo, quiero mucho a mis abuelos maternos. La comunicación no era fácil, pero ellos se ocuparon mucho de mí cuando tenía la edad de ir a la escuela de párvulos. Si busco mi primera imagen-recuerdo a propósito de ellos, ¡resulta que es un perro!

¿Ese perro se encuentra en mi recuerdo antes de la muerte del gato blanco? ¿Después? En todo caso, es una situación-recuerdo asociada a los abuelos y a la comprensión forzosa de dos definiciones por los oyentes de una situación que es muda para mí.

Primera situación: ese perro, un gran Bas-Rouge, está allí con su amo. Éste es amable, puedo acariciar al perro.

Segunda situación: el amo se ha marchado a trabajar, el perro se encuentra solo en el coche. Me acerco al coche, abro la puerta, el perro me ladra a la cara, me enseña los colmillos. Me siento aterrorizada. Antes le había acariciado, ¡ahora me quiere morder! No podía imaginar entonces dos comportamientos diferentes en una misma imagen de animal. Cuando ocurrió la primera situación no me explicaron los conceptos de «amable o peligroso» a propósito del perro.

Noto el peligro, corro, el perro corre detrás de mí, me muerde en el hombro y caigo. Llega mi padre y el perro huye.

Mi padre quiere darme una inyección. Yo no quiero ninguna inyección; eso me espanta. Mi madre dice que tengo miedo de eso, y quiere tranquilizarme. Por encima de mi cabeza están los dos gesticulando, uno que quiere ponerme la inyección, la otra que me tranquiliza. Surge una discusión entre los dos de la cual yo no percibo otra cosa que la amenaza de esa horrible inyección. Querría refugiarme con mis abuelos. Ellos son la imagen de la protección total. Busco un refugio que amo. (En todo caso, me pusieron la inyección.)

Tengo ese reflejo de huida cada vez que me quieren imponer algo o no comprendo una cosa. Tanto si se trata de terminar mi plato de sopa, de una inyección, de una coacción cualquiera, reacciono como puedo, puesto que no dispongo de la palabra. Una acción me sirve de discurso. Debo decir, en aras de la verdad, que en ese comportamiento de huida ante una orden se mezcla mi carácter personal. Soy independiente, voluntariosa y obstinada. La soledad del silencio es posible que lo haya acentuado. Es «tífiti» de decir...

YO ME LLAMO «YO»

Me han enseñado a decir mi nombre en la escuela. Emmanuelle. Pero para mí, Emmanuelle es un poco como una persona extraña. O un doble. Cuando hablo por mí, digo:

—Emmanuelle no te oye...

—Emmanuelle ha hecho eso o aquello...

Llevo en mí a la Emmanuelle sorda e intento hablar por ella, como si fuéramos dos personas.

Sé decir también algunas otras palabras, algunas que llego a pronunciar casi bien del todo, otras no. El método ortofónico consiste en poner la mano sobre la garganta del reeducador para sentir las vibraciones de la pronunciación. Se aprenden las *r*, la *r* vibra como «ra». Se aprenden las *f*, las *ch*. Las *ch* me crean un problema; eso nunca funciona. De consonantes a vocales, sobre todo las consonantes, se pasa a palabras enteras. Se repite la palabra durante horas. Imito lo que veo en los labios, con la mano puesta en el cuello de la ortofonista; trabajo como un monito.

Cada vez que se pronuncia una palabra, se marca una frecuencia sobre la pantalla de un aparato. Pequeñas líneas verdes, como las de un electrocardiograma de los hospitales, bailan ante mis ojos. Hay que seguir las pequeñas líneas que suben y bajan, se extienden, saltan y vuelven a caer.

¿Qué representa para mí una palabra sobre esa pantalla? Un esfuerzo que hay que hacer para que mi pequeña línea verde coincida con la de la ortofonista. Es fatigoso, y se repite una palabra tras otra, sin comprender nada de ella. Un ejercicio de garganta. Un método como de papagayo.

No todos los sordos consiguen articular; es una mentira afirmar lo contrario. Y aunque lo consigan, la expresión sigue siendo limitada.

Voy a cumplir siete años cuando vuelva al colegio y estoy al nivel de parvulario. Pero mi existencia, el universo restringido en el cual me desarrollo la mayor parte del tiempo en silencio, va a estallar de golpe.

Mi padre ha oído alguna cosa en la radio. Esa cosa es un milagro futuro que todavía no imagino. La radio es un objeto misterioso que habla a los que oyen y, por tanto, no me ocupo de ella. Pero aquel día, escuchando France-Culture, papá exclama:

—¡Es un sordo que se expresa!

Mi padre ha explicado a mi madre que este hombre, actor y realizador, Alfredo Corrado, habla silenciosamente el lenguaje de signos. Es una lengua completa que se transmite por el espacio con las manos, con la expresión de la cara y del cuerpo.

Un intérprete, norteamericano también, traduce en voz alta para los oyentes. Ese hombre dice que ha creado en 1976 el International Visual Theatre (IVT), el teatro de los sordos de Vincennes. Alfredo Corrado trabaja en Estados Unidos. En Washington hay una universidad, la Universidad

Gallaudet, reservada a los sordos, y él ha cursado allí los estudios universitarios.

Mi padre ha recibido un *shock*. ¡Un sordo que es capaz de realizar estudios universitarios, mientras que en Francia consiguen con apuros llegar al primer grado de la enseñanza secundaria!

Está a la vez loco de alegría y de rabia.

De rabia porque, en calidad de médico, ha puesto confianza en sus colegas. Los pediatras, los otorrinolaringólogos, los ortofonistas, todos los pedagogos le han asegurado que el aprendizaje del lenguaje hablado es lo único que podría ayudarme a salir del aislamiento. Pero nadie le ha dado información sobre el lenguaje de signos. Es la primera vez que oye hablar de él y, lo que es más, ¡por parte de un sordo!

De alegría porque en Vincennes, cerca de París, se encuentra, quizás, una solución para mí. Quiere llevarme allí. Sufre demasiado por no poder hablar conmigo. Está dispuesto a intentar el experimento.

Mamá dice que no quiere acompañarle. Tiene miedo de que la trastornen y, quizás también, de quedar decepcionada. Dado que está a punto de dar a luz, dejará que mi padre me lleve a Vincennes. Ella percibe que el niño que lleva en su seno no es sordo. Nota la diferencia entre ese bebé todavía escondido en su vientre y yo. Ese bebé se mueve mucho, reacciona a los ruidos exteriores. Yo dormía demasiado tranquilamente al abrigo del estrépito. La llegada del segundo niño de la familia, casi siete años después de mí, es su primera preocupación en aquel momento. Tiene necesidad de calma, de pensar un poco en ello. Comprendo que la emoción, unida a esta esperanza nueva, sea demasiado violenta para ella; teme una nueva decepción. Y además, ella y yo tenemos nuestro complicado sistema de comunicación, el que yo llamo «umbilical». Estamos habituadas a él. Mi padre no tiene nada. Sabe que estoy hecha para comunicarme con los otros, que tengo siempre grandes deseos de ello. Esta posibilidad llovida del cielo le entusiasma.

Creo que es la primera vez que él aceptó realmente mi sordera, ofreciéndome ese regalo inestimable. Y ofreciéndoselo a sí mismo, porque él quería de todo corazón comunicarse conmigo.

Evidentemente, no comprendo nada, no sé lo que pasa. Mi padre tiene aspecto perturbado. Mi único recuerdo de ese día emocionante para él y formidable para mí es la radio y su cara.

A la mañana siguiente me lleva al castillo de Vincennes. Vuelvo a ver ahora algunas imágenes de aquel día.

Subimos unas escaleras en la torre del pueblo. Entramos en una gran sala. Mi padre discute con dos personas que oyen, dos adultos que no llevan aparato y que, por consiguiente, para mí no son sordos. En aquella época no identifico a los sordos más que por sus aparatos. Bueno, el uno es sordo, el otro no. Uno se llama Alfredo Corrado, el otro se llama Bill Moody y es un intérprete oyente del lenguaje de signos.

Veo que Alfredo y Bill hacen gestos entre ellos. Veo que mi padre entiende a Bill, dado que Bill habla. Pero estos gestos no quieren decir nada para mí; son asombrosos, rápidos, complicados. La clave simplista que he inventado con mi madre consiste en mímica y algunas palabras oralizadas. Es la primera vez que lo veo. Miro a esos dos hombres y la expresión de sus caras. Es hermoso, fascinante.

¿Quién es sordo? ¿Quién oye? Misterio. Luego me digo: «Mira, es uno que oye, que habla con las manos».

Alfredo Corrado es un hombre guapo, corpulento, de estilo italiano, con los cabellos muy negros y el cuerpo esbelto. Tiene una cara algo seria, lleva bigote. Bill luce cabellos semilargos, tiesos, ojos azules, una «cara guapa». Parece una persona franca, simpática. Los dos deben de tener la misma edad que mi padre.

También está allí Jean Grémion, director y fundador del centro social y cultural de sordos, que nos acoge.

Alfredo se me acerca y dice:

—Soy sordo, como tú, y hago signos. Es mi lengua.

Yo gesticulo.

—¿Por qué no llevas aparato en la oreja?

Sonríe. Para él está claro que un sordo no tiene necesidad de aparato, mientras que para mí representa una marca visible.

Alfredo es, pues, sordo, sin aparato y además es adulto. Creo que he necesitado un poco de tiempo para comprender esta triple rareza.

Por el contrario, lo que he comprendido inmediatamente es que no estoy sola en el mundo. Una revelación sorprendente. Un deslumbramiento. Yo, que me creía única y destinada a morir de niña, como lo imaginan muchos niños sordos, he descubierto que tengo un porvenir posible, ya que Alfredo es adulto y sordo.

Esta lógica cruel se mantiene viva hasta que los niños sordos encuentran un adulto sordo. Tienen necesidad de esta identificación con el adulto, una necesidad crucial. Hay que convencer a todos los padres de niños sordos para que los pongan en contacto lo antes posible con adultos sordos, desde el nacimiento. Es necesario que se mezclen los dos mundos: el del ruido y el del silencio. El desarrollo psicológico del niño sordo se hará más deprisa y mucho mejor. Se formará desprovisto de la angustiada sensación de sentirse solo en el mundo sin un pensamiento construido y sin un porvenir.

Imaginad que tenéis un gatito a quien nunca mostraréis un gato adulto. Quizás va a tomarse a sí mismo por un gatito eterno. Imaginad que este gatito no vive más que con perros. Va a creerse que es un gato único. Va a agotarse intentando comunicarse como un perro. Llegará al punto de hacer entrar algunos gestos en la cabeza de los perros: comer, beber, miedo y ternura, sumisión o agresividad. Pero será realmente más dichoso y equilibrado con todos los suyos, pequeños y grandes. ¡Hablando como los gatos!

Pues bien, en la técnica de oralización que les habían impuesto a mis padres desde el principio, yo no tenía ninguna oportunidad de encontrar a un adulto sordo con el cual identificarme, ya que se les había desaconsejado. Sólo tenía que habérmelas con gente que oía.

Este primer encuentro, pasmoso, en el que me quedé con la boca abierta mirando cómo se agitaban las manos, no me dejó un recuerdo muy preciso. No sé lo que se habló entre mi padre y los dos hombres. Sólo había estupefacción al ver a mi padre que comprendía lo que decían las manos de Alfredo y la boca de Bill. Aquel día ignoraba todavía que iba a acceder a una lengua gracias a ellos. Pero me quedó en la mente la revelación formidable de que Emmanuelle podía hacerse mayor. Lo había visto con mis propios ojos.

A la semana siguiente mi padre me vuelve a llevar a Vincennes. Se trata de un «taller de comunicación padres-hijos». Hay muchos padres. Alfredo comienza a trabajar con los niños, a los que ha hecho colocarse a su alrededor. Muestra los signos, y los padres miran para aprender al mismo tiempo. Me acuerdo de signos sencillos, por ejemplo: «casa», «comer», «beber», «dormir», «mesa».

En una pizarra dibuja una casa y nos enseña la señal que le corresponde. Seguidamente dibuja un personaje adulto, diciéndonos:

—Es tu papá, tú eres la hija de tu papá; es tu mamá, eres la hija de tu mamá.

Muestra también a alguien que busca algo. Por la mímica primero, la señal después. Me pregunta:

—¿Dónde está mamá?

Yo hago un gesto:

—Mamá está afuera.

Entonces me corrige:

—¿Dónde está mamá? Mamá está en casa. Hazme la señal de mamá y de casa.

Una frase completa: «Mamá está en casa». A los siete años expreso, por fin, con las dos manos, la identificación de mi madre y el lugar donde se encuentra.

Con los ojos fijos en los ojos de Alfredo repito con las dos manos dichas: «Mamá está en casa».

Los primeros días aprendo las palabras de la vida cotidiana, y seguidamente los nombres de las personas. Él es Alfredo; yo, Emmanuelle. Una señal para él, una señal para mí.

Emmanuelle: «El sol que sale del corazón». Emmanuelle para los que oyen, el sol que sale del corazón para los sordos.

Es la primera vez que aprendo que se puede dar un nombre a las personas. Eso también es formidable. No sabía que había un nombre en la familia, aparte de papá y mamá. Me encontraba con gente, amigos de mis padres, miembros de la familia, pero éstos no tenían ningún nombre para mí, ninguna definición. Estaba tan sorprendida de descubrir que él se llamaba Alfredo, el otro Bill... Y yo, sobre todo yo, Emmanuelle. Comprendía, finalmente, que tenía una identidad. Yo: Emmanuelle.

Hasta entonces yo hablaba de mí como de una persona ajena, una persona que no era «yo». Los demás decían siempre: «Emmanuelle es sorda». Esto quería decir: «Ella no te oye, ella no te oye». No existía «yo» alguno. Yo era «ella».

Para los que han nacido con un nombre propio asignado, un nombre que mamá y papá han repetido continuamente y giran la cabeza cuando se les llama por él, es quizás difícil de entender. Se les ha dado su identidad desde el nacimiento. No tienen necesidad de reflexionar, no se plantean preguntas sobre ellos mismos. Ellos son «yo» naturalmente, sin esfuerzo. Se conocen, se identifican, se presentan a los demás con un símbolo que les designa. Pero la Emmanuelle sorda no sabía que ella era «yo». Lo ha descubierto con el lenguaje de signos y ahora lo sabe. Emmanuelle puede decir: «Me llamo Emmanuelle».

Este descubrimiento es un hecho feliz. Emmanuelle ya no es esa doble cuyas necesidades, deseos, rechazos y angustias era necesario que yo explicara con dificultad. Descubro el mundo que me rodea y yo estoy en medio del mundo.

Es también a partir de ese momento cuando, al frecuentar regularmente a adultos sordos, he dejado por completo de creer que iba a morir. Ya no he vuelto a pensar en eso en absoluto. Y es mi padre quien me ha ofrecido ese regalo magnífico.

Es un nuevo nacimiento, la vida que comienza. Un primer muro que cae. Todavía tengo otros a mi alrededor, pero se ha abierto la primera brecha de mi cárcel. Voy a entender al mundo con los ojos y las manos. Ya lo adivino. ¡Y me siento impaciente!

Delante de mí se encuentra ese hombre maravilloso que me enseña el mundo. Los nombres de la gente y de las cosas; hay una señal para Bill, una para Alfredo, una para Jacques, mi padre, para mi madre, para mi hermana, para la casa, la mesa, el gato... ¡Voy a vivir! Y tengo tantas preguntas que hacer... Tantas y tantas... ¡Estoy ávida, sedienta de respuestas, ya que me pueden contestar!

Al principio mezclo todos los medios para comunicarme. Las palabras que surgen oralmente, los signos, los gestos. Me siento un poco perturbada, atribulada. Este lenguaje de signos me cae encima súbitamente, me lo dan a los siete años. Es necesario que me organice, que haga una selección de todas las informaciones que llegan. Y éstas son considerables. A partir del momento en que, por ejemplo, uno puede decir, con las manos, en un lenguaje académico y construido: «Me llamo Emmanuelle. Tengo hambre; mamá está en casa, papá está conmigo. Mi amigo se llama Jules, mi gato se llama *Bobine...*», a partir de entonces se es un ser humano comunicante, capaz de construirse.

No lo aprendí en dos días, desde luego. En casa continué utilizando un poco la clave materna, mezclando con ella los signos. Me acuerdo de que me entendían, pero no recuerdo la primera frase que realicé con signos y que comprendieron.

Poco a poco he ido colocando las cosas en mi cabeza y he empezado a construirme un pensamiento, una reflexión organizada. Sobre todo a comunicarme con mi padre.

Después, mi madre viene a encontrarnos a Vincennes. Ella va a salir también del túnel en el que fueron encerrados mis padres cuando nací, dándoles falsas informaciones y falsas esperanzas. Es un choque para mi madre. Un lugar de encuentros de sordos. Un lugar de vida, de creación, de enseñanza para sordos. Lugar de encuentro con padres en las mismas dificultades, con profesionales de la sordera que cuestionan las informaciones y las prácticas de la clase médica, porque ellos han decidido enseñar un lenguaje: el lenguaje de signos. No una clave, no una jerga; no, una lengua verdadera.

Al recordar su primera visita a Vincennes, mamá dice:

—Tenía un miedo terrible. Me sentía enfrentada a la realidad. Era como un segundo diagnóstico. Todas aquellas personas eran acogedoras, pero yo escuché el relato de sus sufrimientos de niños, el aislamiento terrible en el cual habían vivido antes. Sus dificultades de adultos, sus combates permanentes. Me entraron náuseas. Estaba equivocada. Me habían confundido al decirme: «Con la reeducación y el aparato, ella hablará...».

Mi padre comenta:

—Es exactamente como si, en aquel momento, no hubiera oído, o querido oír: un día ella «OIRÁ»...

Vincennes es otro mundo, el de la realidad de los sordos, sin indulgencia inútil, pero también el de la esperanza de los sordos. Sin duda, el sordo llega a hablar, bien o mal, pero eso no es nunca más que una técnica incompleta para muchos de nosotros, los sordos profundos. Con el

lenguaje de signos, más la oralización y la voluntad devoradora de comunicarme que sentía dentro de mí, iba a hacer entonces progresos inauditos.

El primero, el inmenso progreso en siete años de existencia, acababa de realizarse: yo me llamo «YO».

MARIE, MARIE...

Al nacer mi hermanita, pregunté su nombre. Marie.

Marie, Marie; tenía dificultad para memorizarlo. Decidí escribirlo muchas veces en un papel, como cuando hacíamos líneas en la escuela. A menudo acudía a mi madre para volver a preguntarle el nombre de mi hermanita, para estar segura... Y lo repito: Ma-rie, Ma-rie, Marie...

Yo soy yo, Emmanuelle; ella es ella, Marie.

Marie, Marie, Marie...

—¿Cómo se llama?

Lo he escrito más de cien veces, letra por letra, para recordarlo visualmente. Pero pronunciarlo es todavía demasiado difícil para mí. Tengo problemas para oralizar su nombre.

Mi padre me lleva al hospital para ver a mi hermanita. El hospital me da horror. Ví cómo a mamá le hacían tomas de sangre cuando estaba embarazada, y sentí tal miedo que me escondí debajo de la cama. Todavía ahora soporto mal la visión de la sangre, y tengo horror a las inyecciones. Hospital es igual a inyección y sangre... Hospital, igual a lugar de amenazas.

Mi hermana está en una incubadora. No es prematura, pero como no hay calefacción en el hospital la han colocado allí con otros, simplemente para que no tenga frío.

No sé si me puse contenta cuando la vi. Es una imagen misteriosa. Veo la incubadora y una cosa muy pequeña dentro. Es difícil imaginar algo a propósito de ella, detrás de ese plástico. No lo sé muy bien, pero mis sentimientos no están claros en aquel momento. Me pregunto: «¿Nos parecemos?».

No sé si planteé la pregunta. Se trataba, sobre todo, de la sorpresa que sentía ante ese bebé. Una vaga inquietud: ¿acaso va a crecer?

Mamá vuelve a casa, y su vientre ya no está abultado; está plano. Creo que no he entendido cómo ha salido el bebé. Había un bebé; ¿por dónde ha pasado el bebé? La relación entre el bebé que me enseñan y el vientre plano de mi madre no es del todo evidente. ¿Quizás ese bebé ha salido por la boca? ¿Por las orejas? Todo es confuso y muy misterioso.

Toda la familia quiere saber, sin duda, si Marie es sorda. A mi madre ya la habían tranquilizado durante el embarazo, porque Marie se movía mucho. Mamá cerraba ruidosamente una puerta, por ejemplo, y notaba que el bebé reaccionaba, que le daba una patada...

Me he dado cuenta de que Marie es distinta a mí. Pero mamá ha pedido al especialista que se lo confirme, ya que su instinto no le basta. Quiere que se lo digan.

Mi hermanita oye. Tengo una hermanita que oye «como los demás».

Aprendo que ella es como mis padres y que yo me encuentro sola contra tres.

Creo haber pensado al principio: «Ella será tal vez como yo, quizás seremos más fuertes». En aquella época me siento un poco extraña dentro de la familia. No tengo ninguna complicidad con nadie que se me parezca. No puedo identificarme.

¿Acaso sufro por esa diferencia? No.

Cuando mamá vuelve a casa con ella, me siento dichosa de ver a ese bebé pequeñito en sus brazos. Lo ponen en los míos, haciéndome montones de recomendaciones, que le sostenga la cabeza, porque es frágil; tengo miedo de romperla, la llevo con precaución.

Me doy cuenta de que aquel «trastito» está vivo, que es preciso tener cuidado con él, no agitarle de cualquier forma como a las muñecas. Tengo un poco de miedo.

Antes de llegar ella, mis padres me mimaban mucho, toda su atención se concentraba en mí. Actualmente, esa atención se centra en ella, y me doy perfecta cuenta de que las cosas han cambiado.

Cada vez que Marie llora, mi madre acude, se precipita hacia la cuna. Ella la oye, comprende cuándo tiene hambre o no quiere dormir. Me siento atribulada.

Digo a mi madre que no quiero tener ningún niño más tarde, cuando sea mayor. Ella no comprende en absoluto mi reacción. ¿Qué es lo que pasa en mi mente? ¿Estaré celosa de mi hermana? ¿Porque ella no es como yo?

No. La razón que me hace decidir a los siete años que no tendré ningún hijo es más sencilla y más importante. Con dificultad logro hacerle comprender a mi madre que mi miedo viene del hecho de que no podré oír llorar a mi hijo y, por tanto, no podré correr como ella para consolarle, para ayudarle cuando tenga necesidad de mí. Es un problema insuperable. De modo que no tendré ningún niño.

Dice mamá:

—Una madre siente cuando su niño llora. Una madre tiene relaciones particulares con su hijo. No es preciso, forzosamente, oírle.

Sentir no es para mí una respuesta. Preferiría poder oír a mi hijo. Tengo demasiado miedo.

Dado que no acabo de rechazar mis temores, mi madre me aconseja que hable con adultos sordos en Vincennes:

—Ellos te contestarán mejor que tu padre y yo.

La simplicidad de la respuesta que me dan me sorprende: es suficiente tener un pequeño micro bajo la almohada del bebé. Ese micro hace funcionar una señal luminosa cuando el niño llora.

Lo he entendido. Un día seré madre. Yo también tengo un porvenir de madre.

Si pudiera acordarme de las mil preguntas de ese género que se me plantean entonces, con gusto haría una lista. Pero me es imposible.

A esa edad, mi relación con el mundo exterior es muy particular. A menudo me encuentro sola, me aburro en un mundo que habla a mi alrededor. A veces me enfado por no poder comprender. Me parece que los demás no se esfuerzan mucho para comunicarse conmigo, aparte de mis padres, y el mundo se limita a éstos y a Marie, que todavía no habla, pero que balbucea, llora y ríe, y concentra toda su atención. A veces digo:

—¡Estoy aquí!

Y me responden:

—Pero no estás sola. Hay otro niño; hay que aprender a compartir.

Al principio no es fácil compartir el afecto de los padres. Me gustaría seguir mimada igual que antes.

Me encuentro bien con los otros niños sordos. En la escuela intento enseñarles mi nueva lengua, pero eso está prohibido. Estamos en una clase oralista y, por tanto, debo practicar los signos en el recreo. Intento explicar a mis amiguitos que «papá» y «mamá» no se dicen como en ortofonía, sino con signos. Aparentemente se burlan. Consideran lo que les digo como una tontería. Esos niños tienen la misma edad que yo, pero para ellos decir papá en clave o papá en signo no cambia nada. Mientras que yo he sentido el cambio. Todavía no está muy claro, pero yo no soy como antes. En mí se ha producido una pequeña revolución que querría hacerles compartir. Revolucionar a los sordos de mi alrededor, abrirles el mundo como lo han hecho conmigo. Darles la posibilidad de expresarse libremente, de hacer con sus manos, como dice Alfredo Corrado, «flores en el espacio».

Comienzo a hacer bien los signos. Entre el curso en el IVT y la clase de inserción, progreso. Más en el IVT que en la escuela, donde me enseñan todavía que tres cochecitos más uno hacen cuatro; a escribir las «A» y las «B» hasta el infinito; a leer en los labios; a deslomarme repitiendo millares de veces la misma sílaba con el ortofonista. Creo que los adultos oyentes que privan a sus hijos del lenguaje de signos no comprenderán nunca lo que pasa en la mente de un niño sordo. Existen la soledad y la resistencia, la sed de comunicarse y a veces la cólera. La exclusión dentro de la familia, en casa, donde todo el mundo habla sin preocuparse de nosotros. Porque siempre hay que pedir, tirarle a alguien de la manga o del vestido para saber un poco, un poquito, lo que pasa alrededor de una. Si no, la vida es una película muda sin subtítulos.

Yo he tenido la suerte de tener los padres que tengo. Un padre que corrió a Vincennes para aprender el mismo lenguaje que yo, una madre que sigue el mismo camino. Que no me golpea las manos sin comprender cuando hago signos para expresar: «Mamá, te quiero».

Los niños de mi clase, en su mayoría, tienen padres adeptos a la oralización. No irán a un curso de lenguaje de signos a Vincennes. Van a pasar años intentando hacer de su garganta una caja de resonancia, a fabricar palabras cuyo sentido no siempre conocen.

No me gustan las profesoras de esa clase llamada «de integración» en la escuela. Quieren hacer que me parezca a los niños que oyen. Me impiden hacer signos, me obligan a hablar. Con ellas tengo la sensación de que hay que ocultar que se es sordo, imitar a los otros como pequeños robots, sin comprender la mitad de las cosas que se dicen en clase. Pero en el IVT, con los niños y los adultos sordos, me encuentro más a gusto.

En aquel año hubo también momentos alegres en mi familia. Mi primer diente de leche, por ejemplo. El día en que se me cae, mis abuelos me cuentan la historia del ratoncito que deja una moneda bajo la almohada. Imagino a este ratoncito como en los dibujos animados, con hermosas orejitas. Yo creo en eso, como todos los niños de mi edad. No es un cuento, es la realidad. Además, voy a verificarlo.

Por la noche coloco concienzudamente mi precioso diente bajo la almohada y me duermo esperando que el ratoncito sea fiel a la cita. No me siento asustada en absoluto por la idea de que vaya a deslizarse por el interior de mi cama. Por la mañana, cuando me despierto, me encuentro

una moneda de cinco francos, con un dibujo que representa al ratoncito. Éste ha venido, pues, a verme realmente. Muy entusiasmada por el acontecimiento, decido repetir la experiencia aquella misma noche, ya que he conservado el diente. Con la idea, creo, de comprobar si el ratoncito es realmente un ratoncito.

Por la mañana encuentro, efectivamente, una nueva moneda, pero ¡ya no hay ningún diente! Corro a preguntar a mis abuelos lo que ha pasado. Me explican que el ratoncito, sencillamente, se lo ha llevado.

Me siento furiosa. Primero, porque es mi diente. Seguidamente, porque tenía intención de repetir la experiencia.

Estoy realmente furiosa. ¡Mi diente!

Otra imagen que no olvidaré nunca. Una noche estamos invitados a ir a casa de unos amigos de mis padres. Llevo un hermoso vestido; todo es perfecto. Mamá prepara al bebé y me lo da para que lo cuide mientras arregla las cosas. El bebé, de repente, muestra un aire de sorpresa y noto que ha hecho sus necesidades. Estaba a punto con mi bonito vestido, ¡y ese bebé lo hace encima de mí! Eso me disgusta. ¡Tengo que cambiarme de vestido y cambiarle los pañales a Marie! No me siento contenta en absoluto.

No sé por qué, no olvidaré nunca esa imagen-recuerdo. Mi primera confrontación, quizás, con la realidad de otro ser; el hecho de tomar en cuenta la vida de otra persona dentro de la burbuja que representa la familia y que se me había reservado a mí hasta entonces.

Digo el bebé cuando Marie es muy pequeña, porque yo me olvido. Me olvido de cómo se pronuncia su nombre correctamente. A menudo quiero decirle: «Marie, mírame», para hablarle un poco en signos, pero no lo consigo. Porque ella es demasiado pequeña, y yo misma no soy todavía demasiado hábil. Así pues, intento comunicarme con ella como lo hacen mis padres, hablando un poco, con mis palabras pronunciadas torpemente:

—Ma-rie... Ma-rie... Ma-rie...

LA CIUDAD DE LOS SORDOS

Me encuentro sólo al principio del aprendizaje del lenguaje de signos, y vamos a dejar a Marie en Francia para irnos a Washington, la formidable «ciudad de los sordos».

Tengo un poco de vergüenza por el alejamiento; deberían haberla llevado; he privado a Marie de mis padres durante un mes. Ellos han tomado la decisión de confiarla a nuestros abuelos. Yo no soy responsable, pero la situación me molesta un poco. Mis padres hacen un esfuerzo por mí, para ir allí a aprender el lenguaje de signos, dejando al bebé.

Washington es, para empezar, el avión. Es la primera vez que tomo el avión, y no se adónde voy. Sé que marchó al extranjero, pero ¿adónde? ¿Quién podía explicarme qué era Washington? En el momento de la marcha, nadie. Lo comprendí más tarde, al llegar.

El viaje está organizado por Bill Moody, el intérprete de Alfredo Corrado, con el grupo del IVT. Hay un sociólogo, Bernard Mottez; una ortofonista, Dominique Hof, y otros adultos sordos que se ocupan de niños sordos. La finalidad es descubrir el modo de vivir de los sordos norteamericanos, de conocer su Universidad Gallaudet, de saber cómo se desenvuelven en la vida de cada día.

Claire es la única niña de mi edad en ese grupo. Es una niñita rubia, sorda como yo, que va a convertirse en mi amiga inseparable. No olvidaré nunca la primera vez que vi su cara. Ella es tan vivaz como yo soy reservada y tímida, pero nuestras miradas se han cruzado firmemente y el contacto ha sido inmediato. Juntas partimos hacia la extraordinaria aventura. Todavía ignoramos, tanto ella como yo, la felicidad de descubrirla.

El despegue me da miedo. El suelo tiembla, las ruedas traquetean. Siento que el avión vibra, y después una especie de agujero en el aire, como si fuéramos en un ascensor que sube muy deprisa. Me siento aplastada en el fondo de mi asiento.

Una vez en el aire, la cosa marcha. Con Claire leemos un Mickey, sentadas las dos tranquilas, y después nos dormimos hasta el aterrizaje. Durante el mismo noto un dolor terrible en los oídos, hasta el punto de morder el cojín del asiento. Un verdadero sufrimiento que me sorprende mucho. La impresión de que voy a explotar. Me han dicho que tome chicle, y yo masco y masco, pero no se me pasa. Claire no siente nada y está loca de alegría.

En el suelo me recupero lentamente y el sufrimiento desaparece. Estamos en Nueva York; la ciudad no me dice nada en especial, excepto los rascacielos. Después salimos hacia Washington, esta vez en autocar.

Hace sol, se nota bochorno. Llegamos a una especie de gran residencia donde mis padres han alquilado un apartamento como el de Claire.

En la calle, el espectáculo es de súbito un choque para mí. ¡Más que un choque, una revolución! Y allí, comprendo: me encuentro en la ciudad de los sordos. Por todas partes hay gente que hace signos: por las aceras, en los almacenes, por toda la zona situada alrededor de la

Universidad Gallaudet. Se ven sordos por doquier. El vendedor de un almacén hace signos con la compradora, la gente se saluda, habla haciendo signos. Me encuentro, verdaderamente, en una ciudad de sordos. Me imagino que en Washington todo el mundo es sordo. Es como llegar a otro planeta, donde toda la gente fuera como yo.

—Mirad, papá, mamá, ¡sordos que hablan!

Hay dos, tres, cuatro, que hablan juntos, y después cinco, seis... ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Los contemplo con la boca abierta por el asombro, aturdida, con la mente atropellada. Una verdadera conversación de muchas personas sordas es una imagen que antes nunca había visto.

Intento comprender dónde estoy, lo que pasa aquí, y no lo consigo. No hay nada que entender; a los siete años he aterrizado, sencillamente, en un mundo de sordos.

Primer paso en la universidad. Alfredo Corrado me explica que no todo el mundo es sordo. Si tengo esa impresión es porque hay muchos profesores oyentes que hablan el lenguaje de signos. ¿Cómo los puedo reconocer? ¿No llevan alguna etiqueta en la frente? Eso no me parece necesario; tienen realmente un aire tan feliz, tan desenvuelto... No existe esa reticencia que yo notaba incluso en la escuela de Vincennes. En Francia, la gente, se siente molesta inconscientemente al utilizar el lenguaje de signos. Yo notaba esa molestia. Prefieren ocultarse, como si fuera un poco vergonzoso. He visto a algunos sordos que han sufrido durante toda su infancia esa humillación, y que no se sienten completamente contentos, incluso ahora, dentro de su lengua. Se nota su pasado difícil. Quizás porque el lenguaje de signos estaba prohibido en Francia hasta 1976. Era considerado como un conjunto de gestos indecente, provocador, sensual, que enardecía a los cuerpos.

Pero en Washington no hay nada de eso. No hay ningún problema, sino una soltura fabulosa de todo el mundo. La lengua es practicada normalmente, sin complejos. Nadie se oculta ni tiene vergüenza. Por el contrario, los sordos muestran un cierto orgullo, tienen su cultura y su lengua, como cualquiera.

Bill nos lleva a pasear por la ciudad; traduce al mismo tiempo el francés y el inglés, el AST (*American sign language*, Lenguaje de signos americano) y el LSF (Lenguaje de signos francés). Una gimnasia fascinante; nunca comprendí cómo se hacía. Cada país tiene su lenguaje de signos, como tiene su cultura, pero dos extranjeros sordos llegan a comprenderse muy pronto. Tenemos una especie de clave internacional básica que nos permite entendernos con relativa facilidad. Por ejemplo, se come forzosamente por la boca, no por las orejas, y por tanto el signo que muestra la boca abierta y los dedos que designan la abertura ya es bastante claro. Con la casa ocurre algo parecido. La primera vez que me dijeron «*home*» no lo comprendí, pero desde que se hizo el signo de «casa», en forma de techo, estuvo claro. Para el resto —lo abstracto, los matices—, cada lenguaje de signos pide una adaptación, como para una lengua extranjera.

Nos quedamos un mes en Washington, en la residencia cercana a la Universidad Gallaudet. Dentro del inmueble, todos los inquilinos hacen signos. Tomamos las comidas en el *self service*; es necesario anunciarse presentando, con el lenguaje de signos, el número que tenemos.

Me siento orgullosa, orgullosa como no lo he estado nunca.

La universidad alberga a médicos sordos, abogados sordos, profesores de psicología sordos... Toda esa gente ha hecho estudios superiores; para mí son genios, ¡dioses! No existe nada parecido en Francia.

Tengo un encuentro conmovedor e impresionante con una mujer sorda y ciega. ¿Cómo puedo comunicarme con ella?

Me dicen que deletree mi nombre en dactilología en el hueco de su mano. Ella me sonríe y repite mi nombre en mi mano. Me siento profundamente turbada por esta mujer. Es magnífica. Yo creía que todos los ciegos tenían los ojos cerrados; en realidad, ella posee una mirada que me «mira», como si me viera realmente. Le pregunto cómo se las arregla para hablar, dado que no puede deletrear todas las palabras en la mano de alguien. Me explica con el lenguaje de signos:

—Tú utilizas el lenguaje de signos; yo pongo mis manos alrededor de las tuyas para tocar cada signo y así te entiendo.

Para mí es una cosa misteriosa; yo necesito mis ojos para poder comprender un signo, es preciso que me encuentre de cara a alguien. ¿Acaso ella comprende verdaderamente? ¿Verdaderamente? Vuelvo a hacer la pregunta.

—No te preocupes, te entiendo; no hay ningún problema.

Me pregunto cómo ella ha podido desarrollarse, cómo ha aprendido. Esta mujer cuyas manos envuelven dulcemente las mías, que siguen en el espacio el dibujo de cada signo, me impresiona tremendamente. Ella todavía tiene más dificultades que yo; su situación es más difícil que la mía y, sin embargo, ¡se comunica!

La esperanza que me da esa gente de Washington, ese lado positivo, me lleva a un descubrimiento más, muy importante, sobre mí misma: comprendo que soy sorda. Nadie me lo había dicho todavía.

Una noche, en Washington, entro como un huracán en la habitación de mis padres, muy excitada, hecha un manojo de nervios. Como hago los signos demasiado deprisa, no me entienden; vuelvo a empezar, con más calma: «¡Yo soy sorda!».

Soy sorda no quiere decir: «Yo no oigo». Quiere decir esto: «He comprendido que soy sorda».

Es una frase positiva y determinante. Admito en mí el hecho de ser sorda, lo comprendo, lo analizo, porque me han dado una lengua que me permite hacerlo. Comprendo que mis padres tienen su lenguaje, su medio de comunicarse, y que yo tengo el mío. Pertenezco a una comunidad, tengo una verdadera identidad. Tengo compatriotas.

En Washington, los otros me han dicho: «Tú eres como nosotros, eres sorda». Y me han enseñado el signo que designa al sordo. Nadie me lo había DICHO.

La revelación está allí, porque yo aún no había construido ese concepto en mi mente. Me encontraba todavía en una definición de mi persona del género: «Emmanuelle no oye».

Después de haber comprendido el «yo», yo me llamo Emmanuelle, aquella noche comprendo, como en un relámpago: «Soy sorda».

Ahora sé qué hacer. Voy a actuar como ellos, puesto que soy sorda como ellos. Voy a aprender, trabajar, vivir, hablar, puesto que ellos lo hacen. Voy a ser feliz, puesto que ellos lo son.

Porque veo a mi alrededor personas felices, personas que tienen un porvenir. Son adultos, tienen un trabajo; un día yo también trabajaré. De repente se me revelan unas bazas, unas capacidades, unas posibilidades, una esperanza.

Aquel día me hago mayor en mi interior. Enormemente. Me convierto en un ser humano dotado de lenguaje. Los que oyen utilizan la voz, como mis padres; yo utilizo mis manos. Tengo, sencillamente, otro lenguaje. Claire tiene el mismo; montones de gente tienen la misma lengua.

Después de eso, las preguntas se suceden. Para empezar, ¿cómo hay que hacer para comunicarse con una persona que oye? Con mis padres no hay problema, puesto que tengo la suerte de que me aceptan con mi lengua y hacen el esfuerzo de aprenderla también. Pero ¿y los demás?

La respuesta es evidente: es necesario que continúe aprendiendo a hablar, que yo haga también un esfuerzo para aceptar a los que oyen, como mis padres me aceptan a mí. Ellos hacen signos; yo voy a hablar en voz alta, tal como se aprende una lengua extranjera.

Bill Moody es formidable para nosotros; ayuda a mis padres a descubrir el mundo de los sordos, es paciente, siempre claro, siempre presente. Sus ojos azules expresivos, sus manos hábiles y precisas, hacen de él un profesor y un guía notable.

Aprendo a hacer signos sin descanso. Repito ante un espejo, y veo signos por todas partes. Mi cabeza está llena de ellos. A veces me veo obligada a cerrar los ojos para recordar, a dejarlo todo a oscuras hasta que la imagen vuelve. Llega un momento en que no me comprendo a mí misma al mirarme. Quiero decir algo y eso va demasiado deprisa. Hablo en jerga. Invento signos porque todavía no los conozco todos, y deseo con toda el alma llegar a decir lo que quiero. Dado que nadie comprende, me explico con el signo:

—Para mí eso quiere decir tal cosa.

—No se dice así, ¿se dice de esta manera!

—¡Ah! Bueno.

Acumulo con una voracidad sorprendente. Aprendo los signos a una velocidad que sobrepasa a mis padres. Ellos tienen más dificultad que yo. Necesitarán dos años; yo, tres meses.

Con el descubrimiento de mi lengua he encontrado la enorme llave que abre la enorme puerta que me separaba del mundo. Puedo entender el mundo de los sordos, y también el de los que oyen. Comprendo que este mundo no se para en mis padres, que hay otras personas interesantes además de ellos. No tengo la inocencia de antes. Contemplo las situaciones cara a cara. Tengo una reflexión que se está construyendo. Necesidad de hablar, de decirlo todo, de contar todo, de comprenderlo todo.

Es una locura. Me vuelvo charlatana. Incluso creo que fastidio a todo el mundo a fuerza de hacer preguntas. «¿Qué es lo que has dicho?»

Cuando volvemos a París, Marie queda confundida. La habíamos dejado hablando todos oralmente con ella, y ahora vuelve a encontrarnos hablando el lenguaje de signos. Después de ese viaje decido enseñarle a hacer signos lo antes posible. Miro sus manitas con impaciencia, devorada por el deseo de ver que me habla, de ser su profesora. Tengo prisa por que se haga mayor, para poder hablar con ella.

Marie va a convertirse, más que en mi hermana, en mi confidente privilegiada, en mi intérprete. Poco a poco, la relación particular que tenía con mi madre va a transferirse a ella.

De momento tengo que hacer esfuerzos para hablar con Marie y aceptar el hecho de no estar ya sola. Compartir.

Tomamos los baños juntas. Yo la hago enfadar, le pellizco en la mejilla; ella chapotea en el agua, yo también; me tira de los cabellos, yo también. Me encanta hacerla rabiar y a ella también. Me encanta mirar sus dientecitos, que brillan cuando llora para llamar a mi madre. Eso me hace reír. Mi madre llega furiosa, me riñe; soy yo quien llora, y le llega el turno a Marie de reírse a carcajadas.

En el lenguaje de signos, «Marie» se dice con las manos juntas sobre el pecho.

Me encanta Marie.

FLOR QUE LLORA

No sé a qué edad comencé a establecer la diferencia entre la ficción y la realidad. Con mis puntos de referencia esencialmente visuales, imagino que fue a través de las películas. Cuando era pequeña, por ejemplo, vi *Tarzán*, el *Tarzán* en blanco y negro con Johnny Weissmuller. La película me pareció del todo real, verosímil. Tarzán no podía hablar. Era, pues, real para mí. La imagen me marcó. La comparaba con el sordo que no puede hablar; supuse que era como yo, incapaz de comunicarse. Y a propósito de esta película tuve pesadillas. La escena en la que la tribu de salvajes negros llega gritando, aullando y bailando alrededor de Tarzán me dio mucho miedo. Nunca pude comprender lo que pasaba y tuve pesadillas. Mis padres intentaron explicármela, pero yo no comprendía el argumento. Más tarde supe que el pobre Tarzán había perdido a sus padres, que la tribu de negros «malos» estaba encolerizada. Pero fue demasiado tarde. Entretanto yo había fabricado aquellas pesadillas. Probablemente porque me había identificado con el Tarzán mudo. Esto ocurrió antes del aprendizaje del lenguaje de signos. Estaba muy confundida.

Después me puse a descubrir el sentido de las palabras. He olvidado cómo lo comprendí. Un niño que oye puede comparar la palabra escrita con el sonido que oye, y después con el sentido.

Tuve que reescribir veinte veces la palabra mamá. ¿Acaso en aquel momento había comprendido verdaderamente el sentido de mamá? ¿Mi mamá, la que yo veía ante mí? ¿O se trataba de otra cosa? ¿Acaso correspondía a una mesa? ¿Cómo aprendí las frases, el sentido, la estructura? Lo he olvidado.

Me encantaba que me contaran cuentos. Después aprendí a leer y leí. Estaba siempre consultando diccionarios, buscando, memorizando. Al principio leía *Astérix el Galo* en imágenes, sin comprender el texto. Era mudo.

En la vida cotidiana me encontraba desfasada respecto a las escenas que se desarrollaban ante mis ojos. La impresión de que yo no me encontraba en la misma película que los demás. Cosa que en ocasiones provocaba en casa reacciones inesperadas.

Vuelvo a ver una fiesta en casa; todo el mundo habla, todos son oyentes. Me siento aislada, como siempre en tales casos. El misterio de la comunicación posible entre esas personas me deja perpleja. ¿Cómo se las arreglan para hablar todos al mismo tiempo, con la espalda vuelta, el cuerpo en cualquier dirección? ¿A qué se parecen sus voces? Nunca he oído la voz de mi madre, de mi padre, de mis amigos. Sus labios se mueven, sus bocas sonrían, se abren y se cierran con una rapidez loca. Observo con todas mis fuerzas y después lo dejo correr. Me invade el disgusto, el disgusto profundo, el de la exclusión. De repente, un amigo cantante, Maurice Fanon, al que mi tío ha invitado a la fiesta, viene hacia mí y me ofrece una flor. Tomo la flor y prorrumpo en llanto. Todo el mundo me mira. Mi madre me pregunta qué me pasa.

En el fondo, ¿qué es lo que me pasa? No lo sé. Una emoción fuerte. ¿Es demasiado fuerte para mi aislamiento? ¿Acaso no la puedo expresar de otro modo que llorando? ¿Es que la diferencia entre ellos y yo es tan grande, y las situaciones, las cosas que hacen las personas, son tan incomprensibles? Es posible.

Aún me pregunto por qué lloré tan desconsoladamente ante esa flor. Me gustaría saberlo, pero la cosa es indefinible.

Tuve muchas pesadillas hasta los siete años. Todo lo que no comprendía durante el día se amontonaba en mi mente. Las asociaciones de ideas se hacían en desorden.

Debo dar las gracias a mi padre, que me abrió el mundo en Vincennes y en Washington; a él, que me dijo:

—¡Ven, vamos a aprender juntos el lenguaje de signos!

A nuestra vuelta de los Estados Unidos, mi padre decide ocuparse de los sordos en calidad de psiquiatra. Va a abrir en Sainte-Anne la primera consulta en la que se practica el lenguaje de signos y a extenderla seguidamente a la asistencia hospitalaria.

¿Acaso los sordos pueden tener problemas psicológicos? Sí, como todo el mundo.

La imagen que de niña guardo de mi padre es la de un intelectual. Él es psiquiatra. Al principio yo decía a los demás:

—¡Mi padre trabaja con locos!

Como mi madre es institutriz de niños con problemas psicológicos, digo lo mismo de mi madre:

—Mamá es institutriz de locos.

Yo tenía entonces dificultades para discernir lo que representaban sus dos profesiones. Poco a poco comprendí. Papá decía:

—Soy psiquiatra y psicoanalista. Me reúno con la gente, hago psicoanálisis.

—¿Psicoanalista no es como psiquiatra?

—No. El oficio de psiquiatra es distinto; hace falta un título de médico para ser psiquiatra, para poder dar medicinas, ¿comprendes? Puedo cuidar a la gente con un tratamiento. Pero ¡también hago psicoanálisis!

Yo quería saber lo que quería decir esa palabra; él me confundía y seguía mostrándose misterioso. Hablamos a menudo con mi padre de todos esos psi...

Un día me habla de Freud. Me cuenta el descubrimiento de los conceptos del psicoanálisis sobre el niño, el placer, el disfrute, el estadio anal, el estadio oral. Yo tenía once años... Era «tifiti».

Acabé comprendiéndolo, pero durante largo tiempo me resigné a describir el trabajo de mi padre a mis compañeros sordos haciendo el signo que quiere decir «médico de locos». Perdón, padre mío.

Yo también mezclaba la «J» de su nombre con el signo al lado de la cabeza que significa «en la Luna». Él está a menudo distraído. Mi padre es «Jacques de la Luna».

Los sordos dan nombres particulares a todo el mundo. En Vincennes, los sordos habían decidido llamar a mi madre «Dientes de Conejo», a causa de sus dientes ligeramente salidos. Mamá decía:

—Ni hablar. Eso no está bien; me niego a que me llamen Dientes de Conejo.

Nosotros le habíamos dado otro nombre que también le va bien: «Anne la luchadora». Se hace la señal «A», el brazo alzado con el pulgar separado y el puño cerrado hacia adelante. Eso hace reír a mamá que se imagina cantando «Es la lucha final», de *La Internacional*.

A otros se les llama «Cabellos largos» o «Nariz grande». A mi gran amigo Bill Moody, intérprete de Alfredo Corrado en Washington, le llaman «Pulgar bajo la nariz», pues se pasa todo el tiempo limpiándose con el pulgar la gota que tiene en la punta de la nariz.

En realidad, en el lenguaje de signos damos a las personas una característica visual que recuerda un comportamiento, unos tics, una particularidad física. Es mucho más sencillo que deletrear cada vez un nombre. Es quizás un poco chusco, quizás poético, pero siempre preciso. A los que oyen no les gusta mucho. Algunos se sienten vejados. Los sordos, no.

El presidente Mitterrand es descrito en signos con el índice y el dedo pequeño formando dos caninos puestos delante de la boca, como los dientes de un vampiro. (Sabemos que se ha hecho limar los dientes. Antes tenía unos caninos enormes.) Raymond Barre es «Mejillas grandes». Gérard Depardieu es la nariz enorme con protuberancias. Jacques Chirac es la nariz puntiaguda con la «v» de victoria. Ésos son ejemplos de particularidades físicas. Pero tengo un amigo que se llama «Exagerado». Es un muchacho que exagera continuamente cuando cuenta cualquier cosa. Esto puede compararse con los nombres que se daban los indios, como «Gran pico cornudo», «Ojo de lince» o «Bailando con lobos».

El «pueblo» sordo es alegre. Quizás porque en su infancia ha habido mucho sufrimiento. Sienten placer en comunicarse y les arrastra la alegría. En un patio de recreo o en el restaurante, un grupo de sordos que hablan es increíblemente vivaz. Hablan, hablan, a veces durante horas. Con una sed inmensa de decirse cosas, desde las más superficiales a las más serias.

Los sordos podrían haberme llamado «Flor que llora» si yo no hubiera tenido acceso a su comunidad de lengua. A partir de los siete años me convertí en charlatana y luminosa. El lenguaje de signos era mi luz, mi sol; no dejaba de expresarme, todo salía, salía como por una gran abertura hacia la luz. No podía dejar de hablar con las personas. Me convertí en «Sol que sale del corazón».

Es un signo bonito.

PROHIBIDO PROHIBIR

En ocasiones formulo a adultos sordos las preguntas que ya he hecho a mis padres. Siempre he tenido la sensación de recibir de ellos respuestas insatisfactorias. A veces ninguna en absoluto. Sin embargo, la relación con mi madre siempre es muy sólida. Sobre todo para la educación y el aprendizaje de las palabras. Yo diría, simbólicamente: «pedagógica, estructurada». Con mi padre existe una mayor distensión, hay música, juego, «bromas». Por lo demás, es un intelectual. Él lee mucho, y aunque soy pequeña, noto que no se pone realmente a mi nivel. Cuando crecí le entendí perfectamente. Todo cambió en nuestras relaciones.

Por lo pronto, gracias a mis padres no estoy retrasada en la escuela. He progresado mucho.

Tengo once años. Mis padres quieren hacerme entrar en el colegio Molière. Se me niega el acceso. Me lo niegan aunque he pasado el examen de ingreso.

—Su hija es una sorda profunda; es imposible.

Mis padres están furiosos contra la administración de la escuela pública, y yo me siento completamente desanimada. ¿Qué hay que hacer para seguir mis estudios?

Este rechazo es una injusticia enorme. La vivo como un acto de racismo. Negar la educación a un niño porque es demasiado negro o demasiado amarillo o demasiado sordo pone en evidencia la peor segregación en un país que se llama democrático.

Existe en París un único curso privado especializado en la educación de sordos donde pueden aceptarme. He pasado el examen; me han admitido. A mí, con mi sordera profunda. Mamá dice con prudencia:

—Es necesario que sepas, Emmanuelle, que esta escuela imparte una enseñanza oral. No existe apoyo alguno en lenguaje de signos. Te van a obligar a seguir el curso leyendo en los labios. Te obligarán a hablar. No podrás ayudarte de las manos. ¿Comprendes?

En aquel momento creo haber comprendido el mensaje, pero en realidad es que no he prestado mucha atención. La palabra «prohibido», si es que ha sido pronunciada, no me ha inquietado realmente. He pasado el examen, y, con once años, hay otras cosas que me apasionan y preocupan.

Para empezar, una pasión. Enseño a Marie a hacer signos. Tiene algo más de tres años, y yo le enseño a escribir algunas palabras, cosas sencillas de la vida cotidiana y los signos que corresponden.

Ella y yo tenemos ya una relación afectiva muy intensa. La encuentro adorable, me gusta jugar con ella, me gusta enseñarle y me siento muy orgullosa de ello. Le digo a mi madre:

—Mira, ¿ves? ¡Puedo enseñarle alguna cosa!

Le he cedido mi habitación a Marie y yo duermo en el salón. Tengo un viejo escritorio de colegial con un banco de madera y un agujero para el tintero. Es allí donde yo «doy clase».

Marie está sentada a mi lado sobre el banco rígido; hacemos dibujos. Como mi madre ha intentado enseñarle los días de la semana sin éxito, soy yo quien se lanza a ello. Repetimos los días asociándolos a colores: el lunes es amarillo; el martes, rojo, etc. Le enseñé a escribir; después, a hacer signos. Sus manitas hacen cosas tan bonitas en el espacio, comprende tan deprisa... que estoy admirada. Marie habla en francés oral, y de repente pasa al lenguaje de signos con una facilidad pasmosa. Marie me proporciona un placer enorme y un orgullo inmenso.

Soy yo la que se ha convertido en «la ciencia». Ahora podemos intercambiar un lenguaje; ella me comprende. Oyente o sorda, no hay diferencia entre nosotras, puesto que soy capaz de enseñarle cosas y que ella las comprenda. Marie es bilingüe.

Alguna diferencia... sí, también. Observo cómo imita a mi madre pronunciando las «A, E, I, O, U». Imita la voz de mis padres; yo no he podido. Cuando intento imitar la voz de mi madre, es mejor dejarlo correr. Me dicen: «Habla, habla, te entendemos», pero sé muy bien que, de momento, esto sólo es válido en familia. En la escuela primaria los chavales se burlaban de mí y se reían de mis esfuerzos para hablar. «¡No te entendemos! ¿Qué es lo que dices?»

Sin duda no me entendían. Pero era yo quien hacía el esfuerzo de imitarles, sin oír nunca el resultado. Yo no conozco mi voz. ¿Y ellos? ¿Qué esfuerzo hacían ellos, aparte de burlarse?

Me preguntan a menudo si sufro por no oír la voz de mi madre. Y yo respondo:

—No se puede sufrir por lo que no se conoce. Yo no conozco el canto de los pájaros, o el ruido de las olas. O, como se intentaba hacer comprender en Vincennes a los padres de niños sordos, ¡el ruido que hace un huevo al freírse!

¿Cómo es el ruido de un huevo al freírse? Puedo imaginarlo a mi manera: el chisporroteo de una cosa que se ondula y es cálida. Calor, amarillo y blanco que se ondula.

No necesito esto. Mis ojos hacen el trabajo. Mi imaginación es seguramente más fértil, incluso de niña, que la de los demás. Tan sólo es un poco desordenada.

Y el orden que me imponen en la época que entro en sexto me hace rechazar violentamente la etiqueta de minusválida. Yo no soy minusválida; soy sorda. Tengo un lenguaje para comunicarme, compañeros que lo hablan, mis padres que lo hablan.

Me preocupo por lo que seré más tarde. ¿Qué oficio tendré, cómo viviré, con quién? Me planteo todas estas preguntas después de haber estado en Washington. He crecido tanto mentalmente, he cogido tantas cosas al vuelo, y me queda tanto todavía...

Heme aquí en el curso Morvan. Sexto grado.

El primer día de clase llego tarde. La directora me acompaña al aula y me hace sentar en un sitio vacío. Hay una pequeña interrupción, ojos que me miran de hito en hito, después continúa la clase.

Me siento asediada, espiada por todas partes. Me encuentro en una clase de sordos, y los sordos son curiosos por naturaleza.

Tenemos por profesor a una mujer que mantiene con gran cuidado las manos detrás de la espalda y habla articulando de modo exagerado, arrastrando los movimientos de boca muy «convenientemente». Los alumnos leen en sus labios.

En aquel momento comprendo la extensión del desastre y recuerdo la advertencia precautoria de mis padres. Esta mujer, que no se ayuda ni de sus manos ni de su cuerpo para enseñar, que con su actitud simboliza la prohibición de utilizar otro lenguaje que no sea la palabra, me parece una provocación. Me disgusta profundamente y, en suma, me siento desanimada del todo. En el IVT de Vincennes me acostumbré a la soltura de mi lenguaje, y aquí me siento de nuevo como una extraña. En cierto momento me digo:

«Es una farsa. Una comedia. Ella va a hacerlo así durante un momento y después lo hará con normalidad».

Pero los demás miran y escuchan atentamente y yo no me atrevo a intervenir. Me esfuerzo en comprender lo que dice. Nada. Ella se da perfecta cuenta; ni siquiera sé de qué trata la clase.

En el recreo conozco a mis compañeros. Conocer es una palabra solemne: ni uno de ellos habla el lenguaje de signos. Algunos hablan con las manos, una especie de clave que creen es expresiva, pero no conocen ni las reglas ni la gramática. Me aventuro. Digo con signos:

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Emmanuelle. Hablo el lenguaje de signos. ¿Entiendes?

No hay respuesta. Con los ojos muy abiertos el otro mira mis manos como si yo hablara chino. No han aprendido la gramática, las inversiones, las llamadas, toda la estructura de mi lengua, como la configuración del gesto, la orientación, la situación, el movimiento de la mano, la expresión de la cara. A partir de esa estructura, de esa gramática, puedo expresar millares de signos, desde el más sencillo hasta el más matizado. A veces es suficiente cambiar ligeramente uno de los parámetros, la orientación o la situación o los dos, etc. Es infinito.

Los ojos redondos del chaval que me mira denotan la mayor perplejidad. Otro me hace comprender que quiere saber mi nombre. Le respondo en dactilología. Los ojos de aquél se abren aún más. También ignoran la dactilología, ese alfabeto creado por el Abate de l'Épée, que yo he escrito en el aire con una mano.

Al día siguiente decido enfrentarme a esa situación y empiezo a distribuir en clase alfabetos para explicar la lengua de los sordos. ¡Es un escándalo! ¡Una provocación! Soy convocada inmediatamente por la administración, que me pone en mi lugar. Suavemente, pero en mi lugar. No es cuestión de que me comporte aquí como una activista, una sindicalista, en todo caso una revolucionaria.

—Está estrictamente prohibido hacer publicidad del lenguaje de signos en el recinto del establecimiento.

—Yo sólo quería mostrarles la dactilología.

—No hay nada que discutir. Prohibido quiere decir prohibido.

Y «prohibido» no admite ningún diálogo. Ningún alumno de los que están aquí tiene derecho a estar informado. Es la ley.

Efectivamente, es la ley. La prohibición va a persistir hasta 1991. Pero yo tengo once años, estamos en 1984 y no estoy dotada para la futurología, y, mientras espero, tengo que sufrir esta ley del silencio. ¡Es el colmo! ¿Acaso les está prohibida la lengua que me ha abierto al mundo y a la comprensión de los demás, la lengua de mis sentimientos, de las situaciones? Es como una pesadilla.

Algunos profesores conocen el LSF (Lenguaje de signos francés) y lo practican a escondidas; algunos han emprendido incluso mi defensa a la chita callando. Esta injusticia me afecta en lo más profundo. Es necesario que los educadores, los maestros, los profesores que deseen

responsabilizarse, puedan hacerlo a cara descubierta. Ellos están en el origen de la construcción y del equilibrio psicológico, afectivo y nervioso de los niños sordos.

Es preciso que el Estado no haga de ellos unos fuera de la ley. Es preciso que cada uno pueda elegir. Pero éste no es el caso. Se continúa machacando a los padres con la fórmula: «Forzadle a hablar y hablará».

A los once años tengo ya deseos de gritar cuando pienso en este tema. Y el problema continúa. Tengo compañeros cuya infancia ha sido dura, tan dolorosa... Recuerdan haber tirado sus audífonos al inodoro porque no los podían soportar más. Algunos no se comunican en absoluto con sus padres; son incapaces de ello. Conozco un muchachito que se ha vuelto violento, salvaje, que tiraba de los cabellos a su madre para comunicarse con ella, que se revolcaba por el suelo, en el barro, donde fuera. Sentía una impotencia tal, un aislamiento tan grande... Algunos niños me dicen en la escuela:

—Tu madre es formidable, ¡habla con signos!

Evidentemente, sus padres no lo hacen en absoluto. En estas condiciones, ¿cómo pueden expresar ellos sus angustias, sus pequeños problemas, sus sentimientos? Cómo quedarse tranquilo cuando uno no puede contarle una pesadilla a mamá o hacerle preguntas tan tontas como: «¿Qué es eso? ¿Para qué sirve este chisme? ¿Por qué me duele eso? ¿Qué es lo que hace ese señor con una blusa y un aparato alrededor del cuello?».

Cómo vivir cuando no hay ninguna respuesta o cuando le responden a uno con frases como: «Lee en los labios», «Comprende lo que puedas», «Métetelo en la cabeza aunque sea de través», «Deja que pasen años para ponerlo en su lugar», «Habla, tienes una voz extraña; no te entienden, pero habla; lo conseguirás», «No te quites el aparato; articula, imítame». Dicho de otro modo: «Espabilate para ser a mi IMAGEN».

De muy niña me sentía como una extraña en mi propia familia. Mis compañeros de clase viven lo mismo. Para mí esa situación se ha terminado; para ellos continúa. Están en pleno fracaso escolar. Para mí, el fracaso escolar es significativo de la necesidad de la lucha que desarrollo en favor del LSF y también contra la estupidez de prohibirlo.

Más tarde hice una demostración en una clase en la que los alumnos hacían signos entre ellos (¡eso no podían prohibírnoslo!), pero no con el profesor, puesto que tal era la regla.

Tengo una buena nota en francés, y el profesor me invita a que tome su lugar para explicar a los alumnos un tema que no han entendido. Voy a la pizarra y empiezo a expresarme en lenguaje de signos. Al principio de mi demostración el profesor me detiene. Me acusa de demasiada «facilidad» y exige que me exprese oralmente. Me siento ridícula. Nunca me he sentido tan ridícula. Los alumnos se miran riéndose; no comprenden absolutamente nada de lo que intento formular.

Al final de lo que me parece una eternidad, me detengo en seco. No tan sólo me siento desgraciada, sino que hago perder el tiempo a todo el mundo. Pido al profesor que me haga el «supremo favor» de concederme cinco minutos para desarrollar exactamente el mismo razonamiento, pero esta vez en lenguaje de signos. Convencido de que no poseo el nivel suficiente para conseguirlo, convencido de que mi lenguaje es «inferior», limitado, el profesor me deja hacer, pensando probablemente que va a demostrarme mi incapacidad. Los alumnos me miran con ojos redondos brillando de malicia y con grandes sonrisas. Normalmente no hacemos signos entre

nosotros más que para hacer trampas, o en el recreo, o en la calle. La pequeña revolución que acabo de obtener es importante. ¿Acaso comprenderán lo que no han entendido explicado oralmente por el profesor?

Me escuchan atentamente. Mi razonamiento es claro; la explicación, convincente, y los alumnos se muestran encantados. El profesor se resiste aún a creer que he hecho la explicación tan deprisa y tan bien.

—¿Lo habéis entendido todos?

El «sí» es unánime. Él todavía duda e irónicamente pide a un alumno que repita oralmente lo que supuestamente ha entendido. El alumno lo hace, y el profesor, asombrado, pone mala cara, pero se refugia en su habitual mala fe. Continúa su clase oralmente, queriendo olvidar lo que acaba de pasar.

En este contexto escolar de prohibición, el profesor está, según mi opinión, en contra del alumno; es lógico, por consiguiente, que el alumno esté en contra de él. ¿Cuál es el resultado? Cuando uno de los profesores se gira para escribir en la pizarra, tomamos la costumbre de intercambiar en lenguaje de signos cierto número de informaciones, persuadidos de que él no nos oye, puesto que no nos ve. Pero desde el principio él se da la vuelta cada vez; es extraño, no comprendemos inmediatamente por qué. A la larga me doy cuenta de que al hablar con las manos emitimos sin saberlo pequeños ruidos con la boca. Nos esforzamos, pues, en no emitir ninguno, y desde ese día seguimos intercambiando nuestras correcciones con la mayor tranquilidad del mundo.

¿Está mal? Quizá, pero entre el hecho de que en general no comprendemos más que la mitad de la enseñanza oralista y el hecho de que «está prohibido prohibir»..., nos vamos defendiendo.

SOLO DE PIANO

Pronto cumpliré trece años, Marie tendrá cinco. Ella se ha convertido en mi *alter ego*, mi referencia, mi cómplice. Lo aprende todo a una velocidad vertiginosa. Hace signos con una energía increíble para sus manitas. Habla con la misma facilidad. ¡Marie, pequeño genio de cinco años, mi amor de hermana, mi apoyo!

Desde que nació Marie me aferré a ella de un modo posesivo. Tengo necesidad de Marie. Me sirvo de ella como de una herramienta, como de un accesorio necesario. Nuestra relación es privilegiada.

En realidad, tenía necesidad de ella para hacerme mayor. Sola no sé cómo lo hubiera hecho. En la adolescencia uno procura dejar de tener necesidad de sus padres, de tener que pedirles demasiadas cosas, y Marie tomó el relevo. Con el tiempo ella ha llegado a ser bilingüe por completo. Hace signos como un verdadero sordo.

Un sordo tiene su particular manera de acompañar los signos con ligeros ruidos de la boca. El espectáculo de Marie, diminuta, haciendo signos, abriendo desmesuradamente los dedos, haciendo muecas a cada palabra... es una delicia. Paso momentos muy agradables con ella, aunque acabemos por tirarnos de los pelos. Aprendo con ella lo que son el compartir, las confidencias, las disputas, el odio y el amor. A ella le pido casi todo. Todo lo que yo no puedo hacer. En la mesa tiene que traducirme la conversación; yo la fastidio y la acoso si ella se olvida y me deja en suspenso a propósito de una información. A veces Marie me envía a paseo. O me enfado o la comprendo, todo depende del momento. Hay ratos en los que nos insultamos seriamente. Por el teléfono, por ejemplo.

—¡Marie, haz una llamada por mí!

—Estoy harta.

—¡Podrías pensar también en tu hermana sorda! ¡Es fácil para ti, me abandonas!

—¡Tú te sirves de mí todo el tiempo! ¡Me utilizas!

Esta pequeña mujercita de cinco años habla como un libro: ¡yo «la utilizo»!

—Marie..., ¡tengo una cita con un amigo! ¡Telefonea!

Y eso dura hasta que ella se resigna a hacer lo que le pido. El teléfono es un instrumento que adoro y detesto a la vez. Me siento celosa de los que se sirven de él con facilidad. Celosa porque, con trece años, una empieza a pasar parte de su vida con los amigos, y, para los sordos, el teléfono debe pasar siempre por una persona que oiga. Marie telefonea a casa del amigo y habla con su madre o su padre. Se siente molesta; no le gusta verse obligada a decir:

—Perdone, querría hablar con Truc; es para mi hermana Emmanuelle. Tendría que decirle que...

No es necesario que los padres lo sepan todo... Acto seguido ella me cuenta lo que han hablado por teléfono. Siempre lo encuentro demasiado corto...

—¿No te han dicho nada más?

—No, nada. Su madre ha dicho que él no estaba; ya te llamará.

—Pero ¿cuándo?

—¡No lo sé! ¡Deja de fastidiar!

Comprendo que Marie esté hasta la coronilla. Mis peticiones son incesantes, en uno u otro sentido. Si yo no puedo ir a algún sitio, es necesario que ella avise por mí; si tengo que cambiar la hora de una cita ocurre lo mismo.

En aquella época todavía no disponíamos del Minitel; lo tuve a los quince años. Marie es mi teléfono parlante. Seguirá siéndolo durante toda mi adolescencia, hasta la llegada del Minitel.

Le cuento mis secretos, no todos; ella sabe a quién veo y a quién no veo, por el momento o nunca más. Muy agradecida. Marie me dedica la mayor parte de su tiempo. Ella se hace mayor al mismo tiempo que yo, en doble vida, en doble de muchas cosas. Marie es... Marie, mi hermana. La quiero.

También la hago enfadar mucho. Quizás por celos. No; celos no es la palabra. Frustración. Marie tiene con mi padre una relación que yo no puedo tener.

El piano es un símbolo de esta frustración dolorosa.

Ella empezó a tocar muy pronto. Estamos en el salón. Marie toca con mi padre. Antes era yo la que se instalaba a su lado. Yo escuchaba cómo tocaba, intentaba percibir los sonidos agudos, los sonidos graves; el aparato auditivo no sirve en absoluto para ello como para el resto de las cosas, pero yo, en todo caso, sentía la música de papá.

Ahora le toca a Marie. De repente me siento excluida. Ellos actúan como cómplices ante ese instrumento gracias al cual perciben exactamente la misma cosa. Sus manos se deslizan por el teclado, sonrían, bajan la cabeza, se hablan, se escuchan. Es una historia de amor entre ellos. Veo que el amor pasa por su música. Es insoportable. Me arranco el aparato, me voy, no puedo más. Ella tiene la oportunidad de compartir eso con mi padre; yo odio ese piano. Me horroriza ese piano.

La primera vez experimenté algo, un descontento, no sé cómo. Acto seguido me contenté con ir a mi habitación completamente sola. Sufrimiento por la exclusión. Diferencia. Imposibilidad de unirme a mi padre como ella en el mismo terreno, el de la música.

Esa música que me ha dado él, sin embargo, pues gracias a él puedo aprovecharme de ella, me permite vibrar, bailar. Pero esa música que era sólo de los dos, ya no lo es.

Marie ha descubierto también la frustración. Ella todavía es pequeña, quizás tendría un año..., la cronología me falla siempre en ese período. Es, en todo caso, después de nuestro regreso de Washington. Una noche invitamos a casa a Alfredo Corrado y a dos de sus amigos. En la mesa todo el mundo hace signos. Se habla. Mis padres todavía son torpes, se equivocan, piden alguna aclaración, vuelven a empezar. Alfredo ríe, yo río; es tan bueno hablar la lengua de una, sentirse segura, confiada... De repente, Marie se sube a la mesa y se pone a patalear, a dar golpes con el pie. Grita, llora. Alfredo está sorprendido por esta violencia. Esta niña histérica que pilla una cólera infernal le deja estupefacto.

Marie quiere tan sólo llamar la atención sobre ella. Que no la olviden. ¡Que se acuerden de que ella oye! Esta conversación cómplice que no se preocupa de su existencia la pone furiosa.

Lo comprendo muy bien. A los cinco años yo estaba totalmente excluida en la mesa. Todas esas bocas que hablaban deprisa, esos peces mudos que se agitaban en una pecera, me dejaban a un lado, en la playa. Le toca a Marie el hartarse de los signos. O simplemente hartarse. Antes le hablaban; ahora me hacen signos a mí. ¿Celos? No, frustración. Lo conozco bien. Una manera de recordar a los otros la identidad de uno.

Tiré mi audífono cuando se puso a tocar el piano con papá. Le habría echado la tapa sobre los dedos para aplastárselos. ¿Los dedos de papá o de Marie? Los dedos de ese maldito piano que habla sin mí con los que yo quiero.

Solo de piano. Solo de Emmanuelle.

PASIÓN VAINILLA

He decidido no hacer nada más en clase. Estoy harta de clases, harta de leer en los labios, harta de esforzarme en hacer salir los chirridos de mi voz, harta de la historia, de la geografía, incluso del francés, harta de los profesores desanimados que no dejan de reñirme, harta de mí en medio de los demás. La realidad me disgusta un poco. Entonces decido no seguir mirándola a la cara. Hago mi revolución.

Pasar mi vida en la escuela es ridículo. Las horas más importantes de mi vida se pierden en la cárcel. Tengo la impresión de que no me quieren, de que no consigo seguir. Y de que nada sirve para nada.

Mi porvenir es algo misterioso. No sé lo que es. No lo quiero saber. Me digo: «Vamos a dejarlo de lado mientras esperamos».

Y, mientras espero, sueño en viajes, en caminatas interminables, en ver el país, otras culturas, otras gentes. Sueño en la VIDA. No escucho. Incluso deseo conocer los errores. Por más que me digan: «Cuidado con esto, cuidado con lo otro..., vas a cometer errores».

A los trece años estoy contra el sistema, contra la manera en que los que oyen llevan nuestra sociedad de sordos. Tengo la sensación de estar manipulada, de que se quiere borrar mi identidad de sorda. En el instituto es como si me dijeran:

«Es preciso que no se note tu sordera, es preciso que oigas con tu aparato, que hables como una persona que oye. El lenguaje de signos no es bonito. Es una lengua inferior...».

Es esencialmente contra esta estupidez contra lo que trueno mi rebelión. Yo la he oído durante toda mi infancia; me he callado hasta el momento en que ha estallado esta especie de cólera.

A los trece años exploto. Estoy contra todos. Quiero un mundo mío, una lengua mía, y que nadie se mezcle en ello.

La sordera es el único *handicap* que no se ve. Se ve a las personas en sillas de ruedas, se ve que alguien es ciego o mutilado, pero no se ve la sordera, y los demás sueñan en borrarla, puesto que no es visible. No comprenden que los sordos no tengan deseos de oír. Nos quieren parecidos a ellos, con los mismos deseos y, por tanto, las mismas frustraciones. Quieren colmar una carencia que nosotros no tenemos.

¡Me importa un comino oír! No lo deseo en absoluto, no me hace falta, no sé siquiera lo que es. No se pueden desear las cosas que uno ignora.

Paso el tiempo sacudiéndome los cabellos por la espalda, tirando de los bucles que bajan hasta mi cintura, balanceando la cabeza como las estrellas de la tele. Masco chicle apáticamente con aire hastiado. Me empapo de perfume de vainilla, como para asquear a toda la familia. Es mi rebelión vainilla.

Mi cuerpo ha cambiado; siento que me convierto en mujer. Descubro el placer de la seducción. Descubro a los hombres. Antes el hombre era mi padre. Ahora comprendo que hay otras relaciones con los hombres. Existe la sexualidad.

Hay un hombrecito en mi entorno. Él me espera y yo le espero. Es mi pasión vainilla. Mi amor de perfume fuerte, picante, extraño al perfume de la familia, mi amor exótico. Aquello que nadie se ha adelantado a darme, lo que yo descubro a la ventura. Eso que se me prohíbe y que, por lo tanto, deseo y tomo por instinto.

Quiero a mis padres, quiero a mi familia, pero me falta el otro amor. Ya no quiero saber nada de la autoridad de mis padres.

Ya no voy a hacerles preguntas a ellos. Voy a hacérselas a mi amigo sordo. Ellos hablan de límites, de lo que es razonable, de normas, del derecho que tengo o no de hacer algo. Mi derecho lo tengo en la mente.

El amor es un derecho imprescriptible. Reconozco ahora que enamorarse a los trece años es un poco prematuro, pero es así. Romeo y Julieta tenían quince años. No es un amor pequeño, sino un amor grande, fuerte, violento, obsesivo, que va a ocupar tres años de mi existencia.

Tres años de «sentimentalismo». El sentimentalismo, para mí, es el conjunto del amor. El de la mente y el del corazón y el del cuerpo. La pasión y la necesidad del otro, la confianza total. Es dar y recibir, pero esencialmente dar. Creo que puede darse todo en amor. Y que hay que aprender a recibir.

El amor es superarse a sí mismo, intentar aceptar al otro tal como es. Con sus diferencias.

El amor es grande. Yo lo siento por mi hermana, por mi madre, por mi padre. Lo siento ahora por otra persona, por otra distinta. Es otra cosa.

Dentro de la A mayúscula hay muchos amores distintos.

Busco el amor como una persona mayor. Me he convertido en una pequeña adulta demasiado pronto; se diría que he envejecido aceleradamente. He pasado de una infancia superprotegida a una adolescencia hambrienta de aventura y libertad.

No; yo no tuve una infancia desgraciada. No fue un horror. Estaba un poco atascada, bloqueada, encerrada, pero pude expresarme en seguida y mis padres me querían. Ellos me aceptaron con mi diferencia, hicieron todo para compartirla. Conozco niños sordos que han vivido mucho peor que yo. Sin amor, sin comunicación, en un desierto afectivo total. Yo, con trece años, tengo suerte de tener los padres que tengo. Ellos, esos otros sordos, son completamente desafortunados.

La idea de «rebelión» consiste en que yo quiero probarlo todo, verlo todo, comprenderlo todo. Y hacerlo sola.

Quizá consiste en recuperar alguna cosa que me ha faltado, pero no veo cuál. No me han faltado ni el amor ni la comprensión ni la ayuda. ¿Entonces? No lo sé; es algo físico. ¿Recuperar la libertad? ¿La independencia?

Mis padres se inquietan. Por mi rebeldía y también porque soy sorda. Sobre todo mi madre. Tiene miedo de que yo me escape de ella, miedo de que ya no dependa de los que oyen sino de otros, de los sordos, y de que ella ya no tenga control en eso. Por consiguiente, que yo pueda estar en peligro.

Con mi padre la relación se ha vuelto difícil. No nos comunicamos. Él tiene sus problemas; yo, los míos. El combate es silencioso entre nosotros, tácito, pero es el clásico, el del enfrentamiento padre-hija, adulto-adolescente.

También, en cierta medida, yo lo traspongo al combate «oyente-sordo».

Amo a un sordo, paso mi tiempo con los sordos. Mis padres están excluidos.

Ninguno de los dos se esperaba que la famosa crisis de la adolescencia viniera tan deprisa. Y todavía menos que yo reivindicara una historia de amor total en ese momento.

Me hundo en el amor y en la rebelión como se hunde uno en el mar: con agrado y sin temor, ni de las olas ni del fondo vertiginoso que danza por debajo.

Tengo deseos de ÉL. Tiene cuatro años más que yo; es moreno, con ojos azules. Es musculoso, sólido; me gusta su lado un poco salvaje, marginal. Es sordo, hace signos en argot con el lenguaje de la calle. ¿Es guapo? Mamá dice:

—Es un poco golfo.

Es verdad.

Marie dice:

—Es un poco fantasma.

También es verdad.

Papá dice:

—Es violento. Déjale. Es una mala compañía.

Es verdad. Pero yo no le abandono. Por el contrario, respondo mal:

—Cállate, calla la boca, ¡le amo!

Nos abrazamos la primera vez al salir de la escuela. Una cita escondida, detrás de los árboles de una plaza ajardinada, en medio de columpios, de toboganes, de juegos de niños.

El beso. Yo no conocía el beso.

¿Acaso me iba a gustar? ¿El gusto de otra boca?

Las otras niñas de la clase, mayores que yo, entre quince y dieciséis años, me lo habían explicado. Entre sordos se dice todo, se pregunta todo. Yo también quería ser tan «maliciosa» como ellas en amor, ponerme a su nivel. Me dieron, pues, un curso sobre el beso. Así que, en teoría, yo lo conocía. En la práctica, no.

Yo le amo a ÉL. Amo todas sus cosas.

Empiezo a volver tarde, a hacer novillos; mis padres se dan cuenta e intentan marcarme unos límites. Pero es demasiado tarde; no les hago el menor caso. Salto por encima, no presto atención al peligro, quiero encontrar esos límites por mí misma.

El colmo es que, en mi opinión, mis padres actúan torpemente durante ese período. No me molestan. Intentan discutir, hablar de lo que me pasa. Ellos prohíben, pero hablan mucho... y eso no funciona.

Salgo de la escuela a las cuatro, debo estar en casa a las cinco; poco a poco van siendo las cinco y media, después las seis, después las siete. Mamá dice:

—Ten cuidado con la hora, no vuelvas demasiado tarde; tienes trabajo, ¡la escuela es importante!

Papá dice:

—¡Debes avisarnos cuando vuelvas tarde!

Yo hago signos furiosa:

—¿Cómo os aviso? No puedo telefonar, ¡soy sorda!

—Estás exagerando; puedes pedir a alguien que telefonee.

—Es una lata.

Es cierto, podría hacerlo. Pero no tengo ganas. Me refugio en mi sordera para justificar mi necesidad de independencia. Quizás también para que mis padres se inquieten. Es una manera de hacerles entender que me encuentro mal dentro de mi piel, que las cosas no marchan, que si busco la aventura y la libertad es para quemar mis alas infantiles. Todos esos años en los que yo dependía de ellos absolutamente para todo. De su amor protector, educador. Habitada a no hablar más que con ellos, a no hacer preguntas a nadie más que a ellos.

La comunidad de compañeros sordos me ofrece esa libertad. Con ellos me encuentro como en mi casa, en mi planeta. Hablamos durante horas en el metro Auber. La estación de metro es nuestra base de citas. Nuestra base de rebelión. En resumen, nuestra base de familia. Un territorio. Ahora la cosa transcurre en el metro Chatelet.

En cuanto a amistades, hay de todo: gente bien y gente que no, unos bien «educados» y los que no lo han sido en absoluto. Hay golfos, pequeños *dealers*, traficantes, aficionados a pequeños trabajos, compañeros y compañeras del instituto... Es una comunidad de adolescentes con los problemas comunes de la edad, a los que se añade la sordera. Y no tenemos más que este lugar para encontrarnos.

Todos esos muchachos y todas esas chicas, de edades mezcladas, etnias mezcladas, medios sociales mezclados, hacen signos hasta perder el aliento. Nos contamos las películas, la tele, las historias y los chismes que corren sobre unos y otros. Reímos, fumamos, «hacemos la puñeta» al burgués oyente que pasa con mirada reprobadora. Echamos una bronca al mirón que se para, sorprendido, porque nunca ha visto a unos sordos hablar con las manos, moverse, hacer muecas, hacer mímica, gritar de risa silenciosamente en medio del estrépito de los vagones del metro. Nos reímos de los ligones que oyen, que se despiden a la francesa cuando se les indica con mímica: «Soy sordo, ¿qué es lo que quieres?».

Organizamos *surprise-parties* estruendosas, los unos en casa de los otros. Vamos a *boîtes*, con estrépito, bebiendo y juntos.

Invadimos los MacDonal'd's, los restaurantes griegos, los *bistrots*.

Sentimos necesidad. Una enorme necesidad de encontrarnos entre nosotros, iguales, sordos y libres de serlo.

Borro la autoridad y el poder de mis padres sobre mí.

Si me hubieran encerrado, hubiera roto el muro. En aquel momento, mi rebeldía y mi amor por ese muchacho me habrían hecho saltar todos los obstáculos. A riesgo de perderme. Y poco faltó.

En el fondo tenía necesidad de esta rebeldía como de una fuente refrescante.

En el fondo debía de amar más al amor que a aquel muchacho.

GAVIOTA ENJAULADA

Grito, hablo mal, pero me importa un comino. Muestro mi cólera gritando. Todo el mundo puede ver que estoy furiosa. Pero mi cólera es impotente ante la injusticia y la humillación. Me siento mal.

Tengo trece años; mi compañera, quince o dieciséis. De todos modos, siempre soy la más joven de cualquier pandilla.

Se ha organizado una fiesta para la una del mediodía, y he prometido volver a las cuatro. Si lo he prometido, debo cumplir mi palabra, porque no quiero tener problemas.

En el momento de salir, las cosas se presentan mal. Mi compañera ha bebido sangría y los dos amigos que nos acompañan también. Yo no he bebido nada. Tengo trece años y no bebo alcohol. Vamos los cuatro al metro. La sangría hace su efecto. Mi compañera se ríe, hace tonterías, los chicos también. En el vagón, la gente nos mira de reojo. Cuatro jóvenes sordos que «se conducen» mal. Para ellos, gesticulamos demasiado, hacemos demasiadas muecas, nos reímos demasiado. A menudo me he dado cuenta de ese alejamiento, como si les diéramos miedo.

No sé quién ha empezado, si mi compañera o los chicos. Hay unos pequeños anuncios publicitarios tras una placa de vidrio. Ella o él quiere tener ese anuncio y lo arranca de su sitio. No tenemos otra sensación que la de permitirnos una gran broma, pero una anciana que nos acechaba desde el principio se asusta y tira de la señal de alarma. El metro se para, un revisor sube y dice:

—¡No tenéis derecho a hacer eso!

Y comienza el horrible malentendido. Intento explicar que mi amiga ha bebido demasiada sangría, que no es culpa suya. El revisor no comprende nada y uno de los muchachos sordos y un poco achispado de nuestro grupito interviene. Comienza a insultar al revisor, que llama a la policía. Los dos chicos se enfadan aún más.

Henos a los cuatro delante de los «polis» intentando en vano explicar el porqué de aquella «tontería». No quieren saber nada. El objeto del delito ha sido arrancado en el metro, está allí, visible; sólo les interesa esta prueba que demuestra nuestro «comportamiento de gamberros». Parece que a eso se le llama «destrucción del mobiliario urbano».

Nos llevan a una primera comisaría, después a otra; en total, vamos a tres o cuatro.

Yo, que no he hecho nada, ni siquiera bebido, encuentro esta historia infernal, increíble. Deseo con todas mis fuerzas volver a casa. Es necesario que logre contar la verdad. Completamente tonta. Pero los chicos no se calman, los «polis» tampoco, el tiempo pasa y empiezo a tener miedo de quedar atrapada en aquel lugar.

Finalmente, en un momento de calma, empiezo de nuevo a contar dónde estábamos, por qué mis amigos han bebido y están excitados..., que yo no he hecho nada malo..., no he bebido nada, no he roto nada... Hago terribles esfuerzos para oralizar y hacer signos al mismo tiempo. No sé si me

entienden.

Estoy harta, quiero que avisen a mis padres. Van a inquietarse y quiero que sepan dónde estoy.

—Telefóneen, teléfonoen...

Me desgañito suplicándoles. Ellos tienen mi carnet de identidad, mi nombre, mi dirección, he escrito el número de teléfono en un papel, ¿por qué no llaman? Los policías me dicen sí..., sí... con la cabeza, pero siguen sin telefonar. No sé cuántas veces repito lo mismo. Es una obsesión. Pero no es posible ningún diálogo con esa gente uniformada.

Nos cambian de comisaría por una historia de papeles que no llego a comprender. Las horas pasan abominablemente. Son las siete y media de la tarde; ha caído la noche. No es normal, no tengo más que trece años, soy una menor, no tienen derecho a acarreararme de aquel modo sin avisar a mis padres. Vuelvo a empezar la explicación. Estoy roja de ira. Estoy hasta la coronilla de decirle a esa gente que no he hecho nada malo, que esos chicos se han alterado porque habían bebido. Tengo la impresión de ser un loro enloquecido que repite lo mismo por milésima vez. Todo aquello es inverosímil. Y, de todos modos, ¿no se mete en chirona a dos chavalitas por un anuncio de metro de treinta centímetros que alaba el Canigó, la Lotería Nacional o el jabón! Ni siquiera sé si ella comprende o no quiere comprender. Esa mujer es como el muro de Berlín.

Otra comisaría, otros papeles. Ahora sí que tengo verdadero miedo. Yo creía que la policía era el símbolo de la seguridad. Se ha terminado, ya no confío en ella, estoy en territorio enemigo. Siento pavor.

Nos hacen subir a un coche de policía. Respiro un poco mejor. Esta vez van a llevarme a casa, todo va a arreglarse, eso me tranquiliza. En realidad, el coche para delante de una cárcel. ¡Una cárcel de verdad, con un portón de hierro, con muros!

Me niego a bajar del coche. No quiero entrar allí. ¡Si me encierran, no saldré nunca!

Los muchachos no están con nosotras; los han llevado a otro lugar. Estamos solas mi amiga y yo, mirándonos asustadas, haciendo signos de angustia:

—¡No han telefoneado!

—¡No quieren hacerlo!

—¡Nos van a encerrar!

—¡No quiero bajar!

Me enfado. La cólera me sube a la garganta y grito:

—¡Telefóneen a mis padres! ¡Van a preocuparse! ¡Por favor, piensen en ellos! ¡Quiero que teléfonoen!

Un «poli» me vuelve a meter dentro con malos modos.

—¡No insistas!

Es una verdadera amenaza. Ya no tengo derecho a explicarme.

Nos hacen descender a la fuerza; pasamos el vestíbulo de la cárcel. Una monja nos espera en la puerta. La seguimos. Todo aquello es realmente demencial, tan injusto...

¿De qué soy culpable? ¿De haber querido explicarme? ¿De lo que hacen los otros? Tengo la impresión de que la injusticia cae sobre mí. Soy yo la que está hasta el gorro. Es repugnante. ¡Es monstruoso que me hagan eso!

Entramos en una sala. Una mujer nos dice que nos desatemos los cordones de los zapatos y que nos quitemos las pulseras. Lo pone todo en dos bolsas de plástico.

—¿Por qué hace esto?

—Para evitar un suicidio. Uno puede colgarse de un cordón.

Recibo otro choque terrible. En esta ocasión me invaden la angustia, la desolación negra y profunda. Estoy realmente en la cárcel, como una criminal. ¡Me quitan los cordones como se hace con los asesinos! Aquí huele a siniestro, a desesperación y a muerte. Y mis padres no saben nada. Que deben pensar que he desobedecido; que estoy todavía en esa fiesta, o con mi novio, que no saben adónde telefonear, a casa de qué sordo, para preguntar a alguien que no sabrá nada: «¿Dónde está Emmanuelle?».

La mujer nos propone comer alguna cosa, un tomate, un huevo... No tengo hambre. Mi amiga tampoco. Entonces nos llevan a una sala inmensa. En el centro, una escalera sube hasta las celdas de cada lado. La monja nos precede con un enorme manojo de llaves. Hay chicas amontonadas en las otras salas. Me pregunto si nos lo enseña todo para atemorizarnos.

La monja abre la puerta de una celda poco iluminada y me empuja hacia adelante, sola.

—¡Quiero dormir con mi compañera!

Ella se niega. Quiere separarnos. Entonces me pongo a gritar, a gritar, a gritar. Como una gaviota que grita en la tempestad. ¡No soportaré quedarme encerrada allí sola! Quiero a mi compañera, tengo demasiado miedo. ¡Toda la noche entre asquerosas paredes sin ella, sin poder hablar con nadie, no es posible! Grito de tal modo que la monja accede.

Clac. Encerradas las dos. Unas camas de hierro superpuestas, nada de sábanas, unas mantas grises dobladas en cuatro. Un agujero inmundo que sirve de excusado. Un lavabo lamentable. Nos apretamos la una contra la otra, unidas por el pánico.

¿Qué es lo que va a pasar? No se nos ha dicho nada. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? ¿Y nuestros padres? ¿Dónde estamos?

Es como una pesadilla. Sentimos verdadero pánico. El estar encerradas, incluso las dos juntas, nos aterroriza. ¿Por qué esa injusticia? ¿Por qué es imposible hacerse comprender? ¿Por qué no avisan a nuestros padres? ¿Qué quieren de nosotras? Nos sentimos como unas parias, miserables, humilladas. Cólera y terror, desespero y angustia.

Este apestoso cuchitril. La noche que avanza lentamente en un negro silencio. ¿Qué podemos hacer? ¿Golpear, dar puntapiés a esa porquería de puerta? A ellos les importa un comino. Les importamos un comino desde el principio.

¿Volvemos a gritar de nuevo? Yo no tengo fuerzas. Me siento atrapada, perdida. Ni siquiera sé dónde estoy. ¿En qué cárcel? Me invade la solapada idea de que voy a morir aquí dentro, de que nadie vendrá a buscarme porque nadie me oirá, porque nadie avisará a mis padres. Es un secuestro. Somos rehenes de esos «polis» oyentes que nos desprecian. Han visto que somos sordas. Me han visto suplicar, tienen mis documentos, saben mi edad. Aunque crean que he cometido un delito espantoso, ¡no pueden negarse a informar a mis padres! ¡Nos han encerrado como si fuésemos perros peligrosos! Como animales sarnosos a los que no se les habla, a los que se empuja, a los que se lleva a la fuerza, a los que se les dice: «¡Cállate!».

Los odio. Me dan miedo y los odio.

Al amanecer nos dormimos por agotamiento. Dos mujeres nos despiertan por la mañana. Vuelvo a decirles que no he hecho nada y que quiero que telefonen a mis padres. Esa mujer sigue sin escucharme. ¡Quiere simplemente ponerme las manos en la espalda para esposarme! ¡Ahora me atan! Me sujetan y siguen sin escucharme.

Una vez fuera, nos empujan dentro de un coche con las manos a la espalda. ¿Para ir adónde? Hablan entre ellos; no entiendo. Henos de nuevo en una comisaría; vuelta a empezar con los papeles. Y empiezo a hacer de nuevo lo que hice el día anterior. Explicarme, explicarme hasta perder el aliento, hasta dolerme la garganta, hasta retorcer la boca.

—Telefóneen a mis padres...

De repente, decido que se acabó. El miedo deja paso a la cólera. Estoy hasta la coronilla de que me digan sí, sí con la cabeza, como si fuera una subnormal. Grito:

—Estoy hasta la coronilla de que me digan sí. ¡Basta!

Y cojo el teléfono en las propias narices de esa estúpida mujer, marco el número de mi casa sin dejar de gritar, le paso el aparato, se lo pongo a la fuerza en la oreja. Tengo lágrimas en los ojos; realmente, ya no puedo más.

—Hable..., se lo suplico, hable...

La devoro con la mirada. Eso funciona, ya está, ella habla.

Habla con alguien de mi casa. Cuelga al cabo de un rato que me parece corto. Comprendo que ha hablado con mi padre y que éste viene, ¡por fin!

Mi garganta se desata, vuelve la cólera. Pero ¿y mi compañera? Sus padres son sordos, ¿cómo se les puede telefonar? Papá lo solucionará.

Estamos en una comisaría de menores. Hay muchos jóvenes. Mientras espero, intento comunicarme con otra chica que aguarda como nosotros. Me hace comprender que se ha fugado. Le explico en algunas palabras la historia de la sangría, del anuncio publicitario y del metro. Llega su madre con aspecto encolerizado, con el rostro alterado. Discute con los «polis». La hija no dice nada; espera. De repente, su madre le pega, y veo que su nariz sangra.

¿Acaso mi padre va a pegarme también? Mis padres no me han pegado nunca, pero en una situación así, lo que le ha ocurrido a esa chica puede ocurrirme a mí. ¿Por qué le ha pegado? No es lógico. No lo entiendo. Yo no imaginaba que pudiera haber violencia entre una madre y una hija.

Y he aquí que ya no puedo comprender nada. Mi razonamiento ya no es lógico. En realidad, sólo temo que mi padre me dé una bofetada cuando llegue.

Él me toma en sus brazos, y yo lloro, lloro...

Después le explico lo que ha pasado. Todo, la sangría, el metro, el anuncio, la noche en chirona. Esos policías que no querían telefonar. ¡Ese maldito teléfono!

Sin duda mis padres estaban terriblemente inquietos. Iban a avisar a la policía por la mañana cuando por fin conseguí que les hablaran por el maldito teléfono. Y mi padre está furioso, sorprendido. Pide explicaciones.

Los «polis» se escabullen ante él:

—Yo no soy el encargado de avisar a los padres de menores; yo acompaño...

—¡Ah! No es mi trabajo. Yo transporto a los menores, ¡no me dicen por qué!

Papá está furioso. Abronca a los «polis». Quiere poner una denuncia, informar a los abogados y a la prensa. Pero no lo hará, porque mi hermanita Marie ha sido víctima de un grave accidente de carretera y está en el hospital, donde mis padres la velan todos los días. Y él quiere llevar con nosotros a mi compañera, pues sus padres sordos siguen sin ser avisados. El «poli» no quiere:

—¡Ah, no! ¡Tienen que venir sus padres!

—Pero ¿cómo van a avisarlos ustedes?

—No hay ningún problema; nos ocupamos de eso. No es cosa suya el llevársela; no es su padre.

No se puede hacer nada. Nos duele dejarla allí.

La pobre chica me dijo más tarde que había tenido que esperar hasta la noche en aquella comisaría a que llegaran sus padres. Habían tenido que telefonar a un vecino que había avisado a otro, yo qué sé. ¡Tuvo que pasar un día más hasta que, por fin, los padres fueron informados por la policía!

Los muchachos también fueron a la cárcel, pero ellos se sentían un poco culpables. No se quejaron como yo. Yo viví mal esa historia. «Polis» y oyentes, la misma lucha de siempre. A los trece años, ya en la edad de la rebeldía, me opuse todavía más. En aquel momento habría necesitado una imagen tranquilizante, positiva, de la policía, de la sociedad que ésta representaba; en el fondo: de los que oyen.

El desprecio del que hizo gala esa gente me marcó. Nunca lo he olvidado. Ya no pude tener confianza en nadie después de eso. Existía su mundo y el mío. Su mundo me encarcelaba, rechazando comunicarse conmigo. Sin hacer ningún esfuerzo por entender. Como si el muro de mi infancia acabara de resurgir. Ese encierro era como una película de horror. Mi imaginación no tenía límites. Me preguntaba lo que los «polis» iban a inventar, lo que iban a hacernos. Se estaba tramando alguna cosa horrible, y quizás mis padres nunca volverían a encontrarme. Volvían de nuevo el aislamiento, la incomunicabilidad, esta vez, además, con la humillación y la consciencia total que yo tenía de ello a mi edad.

Cuando recuerdo aquel episodio, la terrible sensación de injusticia, el desprecio por lo que yo era, siento todavía escalofríos. Aquel día tenía necesidad de mi padre o de mi madre. Tenía derecho a ello. Tenía necesidad de que me escucharan; tenía derecho.

En lugar de ello me rechazaron hacia la soledad, hacia el tiempo en que tiraba de la manga a mi madre para que me escuchara. El tiempo en que el menor fruncimiento de cejas de mi padre, una expresión de cólera, me inquietaban. El tiempo en que el mundo de los que oyen era un misterio inmenso, una suma de incomprendimientos múltiples, un planeta desconocido, peligroso.

Si me hubieran dado la posibilidad de hablar a mi ritmo, con mi voz, si hubieran respetado al individuo que soy, no se habría producido aquella acumulación de malentendidos e injusticias. Y quizás mi rebeldía, mis tonterías futuras, que fueron mucho más allá, se habrían calmado. Quizás...

Después de ese trauma intenté explicar a mis padres lo que había sentido. No pude hacerlo de inmediato; en realidad, estaba muy afectada. Después lo conté, de un modo global; pero todo lo que sentía en mi interior, la sensación que tenía, me resultaba imposible de explicar. La impresión de que habían violado mi alma de niña. Verdaderamente, ésa era la imagen que tenía en la mente. La percepción y la visión que tenía del mundo habían sido violadas. Se había roto una imagen de protección, de seguridad, de confianza. Era un desgarrón. Pero en aquel momento no encontraba palabras para explicarlo. Todavía ahora digo «violación», «desgarrón», pero no sé si son exactamente las palabras adecuadas. Tengo la impresión de que aquella vivencia fue todavía más fuerte. Mis padres quizás no comprendieron lo que había sentido tan violentamente en mi interior. Hubo sufrimiento, humillación, injusticia, rabia. Se habían equivocado conmigo; en el fondo me habían tomado por una subnormal que sufre sin comprender, y yo veía muy claramente que su comportamiento era despreciativo. Eso me hizo tanto daño...

Grité desde detrás de los barrotes a gente que no quería oír. No conseguí superar la situación, tranquilizarme. La injusticia es algo terrible. En la cárcel, uno se ve forzado a callarse y aceptar. Nunca he vuelto a sentir un sufrimiento tan amargo como aquél.

ESQUIVANDO PELIGROS

¡Ha llegado el Minitel! El aparato mágico. La comunicación sin intermediario. Lloro de emoción. Una libertad más. ¡Un tesoro de libertad a los quince años!

Este instrumento me permite comunicarme libremente por escrito con mis compañeros. Es un regalo fantástico, ¡una liberación!

Mis padres me han dado una sorpresa. Veo esta especie de maquinita de escribir conectada al teléfono, con una pantalla de televisión. Mi madre lo ha preparado todo; sólo tengo que empalmar la línea. Mi amiga Claire me llama, se pone a funcionar un *flash* y veo aparecer en la pantalla las frases de mi interlocutora. Mi padre, mi madre, Marie, me miran. La alegría me oprime la garganta. ¡Por primera vez descubro mi independencia!

Ya no tengo necesidad de incordiar a mi hermana para llamar a Claire. Hablamos durante horas; ella es aún más charlatana que yo. Nos pasamos una hora o dos parlotando por este aparato. Ella me cuenta su vida; yo, la mía. Es formidable para nosotros, pero es caro. Y temible cuando se tienen secretos a los quince años.

Por culpa de una compañera me dejo sorprender. Sin la menor intención de espiarme, mi madre lee en mi ausencia, sobre la pantalla, un mensaje inquietante:

«¡Hola, Emmanuelle! ¿Todavía estás enferma?».

Interrogatorio cara a cara a mi regreso, por la noche.

—Entonces, ¿estás enferma?

Intento mentir, pero ella me detiene en seguida. Lo cierto es que me he saltado las clases. Y mi madre no tiene la menor intención de dejar pasar esta historia.

La disputa es violenta, en lenguaje de signos; mi madre grita al mismo tiempo, cosa que, evidentemente, no sirve para nada. Yo le digo con signos:

—¡No vale la pena que grites, soy sorda!

Ella redobla su cólera ante mi mala fe. Sorda, sí, pero sobre todo mentirosa. La disputa sigue en aumento, y Marie, aterrorizada, se refugia llorando en su habitación. Más tarde, soy yo la que llora en la mía. Después Marie se reúne conmigo y lloramos las dos juntas.

Porque para mí todo es grave en aquel momento, sobre todo el hecho de que mis padres no acepten mi historia de amor con ese muchacho. Ellos tienen miedo de esta relación fuerte, violenta, con un chico mayor que yo, marginal, que no quiere ir a clase, que trafica en no se sabe qué, que se pelea a menudo, que va siempre con los puños y la violencia por delante, que es posesivo, exigente, y en el cual tengo una confianza ciega. Mi «golfo». Ellos saben que hay que tenerle miedo; yo, no. Me siento tan atraída, y él también, que ya no hay nada claro en nuestra historia aparte de esa atracción. No pienso ni un segundo en lo malo de él; ¿por qué esa violencia, por qué esa marginalidad, ese temperamento tan fuerte? Creo conocerle mejor que los demás

porque le amo. Él no tiene la suerte de tener unos padres como los míos. Él busca el amor, como yo; él me quiere a mí; yo le quiero a él. Encerrada en esta historia personal y un poco loca, ya no escucho nada. ¿Es un «inadaptado»? ¿Y qué? Yo lo amo. Punto. Eso es todo.

Además, no es esencialmente por su causa que me salte las clases. Es la oralización de éstas la que me hace huir. Tengo la sensación de perder un tiempo precioso. Y quiero vivir.

Por la noche, mi padre, reemprende la discusión-bronca. Esta vez le escucho sin decir nada, con el corazón oprimido.

Ya no volveré a saltarme la clase. Lo prometo, y mantengo mi promesa; pero Emmanuelle Laborit ya no escucha. Está ausente de la clase, aunque esté en ella. Los profesores se enfadan, no consiguen perforar la burbuja en la cual me he instalado, al abrigo de sus muecas. Hablad, hablad, no quedará nada de eso. Pedidme que abra la boca, y la abro para provocaros, para charlar a derecha e izquierda, pero no para aprender lo que vosotros queréis hacer entrar a la fuerza en esta boca.

Año de todos los peligros. De todas las locuras. De todos los aprendizajes.

Año de compromiso «político» también. Participo en manifestaciones en favor del reconocimiento del lenguaje de signos. Para mí, éste es positivo, constructivo. Quiero informar a los sordos. Quiero ser una militante. Quiero que dejen de prohibir mi lengua, que los niños sordos tengan derecho a la educación completa, que se cree para ellos una escuela bilingüe. Es absolutamente preciso que en Francia se promocióne el lenguaje de signos, que su enseñanza no esté reservada a una minoría, a una élite, y que dejen de prohibirlo. En este tema mi madre me deja hacer:

—Si es importante para ti, adelante.

Mis padres me permiten ya muchas cosas, pero yo hago más aún. Ellos no saben, por ejemplo, lo sabrán por un rumor, que me reúno con mi pandilla en el metro de la Ópera. Es la base de los sordos de aquella época, el pequeño gueto donde se cuenta, se comenta, se organiza todo entre los sordos. Los jóvenes oyentes hacen eso en otros lugares, en los suburbios, en los descampados, en patios de casas.

La gran diferencia es que cuando un sordo encuentra por vez primera a otro sordo, los dos se cuentan... historias de sordos, es decir, su vida. En seguida, como si se conocieran desde siempre. El diálogo es inmediato, directo, fácil. No tiene nada que ver con el de los que oyen. Una persona que oye no se lanza sobre la otra al primer contacto. Conocerse es lento, es prudente; se necesita tiempo para ello. Se precisa gran número de palabras para decir las cosas. Ellos tienen un modo de reflexionar, de construir su pensamiento, diferente al mío, al nuestro.

Un oyente comienza una frase por el sujeto, luego el verbo y finalmente el complemento, y después de todo «la idea». «Yo he decidido ir al restaurante a comer ostras.»

(Me encantan las ostras.)

En lenguaje de signos, uno expresa primero la idea principal, y seguidamente se añaden eventualmente los detalles y los adornos de la frase. Si comer es el objetivo principal, éste es el primer signo de la frase. Para los detalles, puedo hacer kilómetros de signos. Parece ser que soy tan aficionada a los detalles como a las ostras.

Además, cada uno tiene su manera de hacer signos, su estilo. Como voces diferentes. Hay los que se extienden durante horas. Y los que abrevian. Los que hacen signos en argot o al modo clásico. Pero entre sordos, conocerse es cosa de segundos.

Nosotros nos conocemos desde el principio. «¿Eres sordo? Yo soy sordo.» La cosa ya se ha puesto en marcha. La solidaridad es inmediata, como dos turistas en un país extranjero. Y la conversación va en seguida a lo esencial: «¿Qué es lo que haces? ¿A quién quieres? ¿Con quién vas? ¿Qué es lo que piensas de Fulano? ¿Adónde vas esta noche?».

Con mi madre la conversación también es franca, directa. Ella no es como los oyentes que se esconden a menudo tras las palabras, que no expresan profundamente las cosas.

Educación, conveniencia, palabra que no se dice, palabra sugerida, palabra evitada, palabra grosera, palabra prohibida o palabra aparente. Palabras no dichas. Palabras que son como un escudo.

No hay ningún signo prohibido, escondido o sugerido o grosero. Un signo es directo y significa simplemente lo que representa. Quizás de un modo brutal para una persona que oye.

Cuando era pequeña, era impensable que me prohibieran, por ejemplo, señalar alguna cosa o a alguien con el dedo. No me dijeron: «¡No hagas eso, es de mala educación!».

Mi dedo que designaba un ser, mi mano que cogía un objeto, eran ya mi comunicación. Yo no tenía ninguna prohibición de comportamiento gestual. Expresar que se tiene hambre, sed o dolor de barriga es visible. Que uno ama es visible, que no ama es visible. Eso quizás molesta, esta «visibilidad», esta ausencia de prohibición convencional.

A los trece años decidí que no quería más prohibiciones, vinieran de donde vinieran. Mis padres aguantaron el choque como pudieron. En la estación del metro de Auber yo me sentía como en casa, en mi comunidad, libre.

Pero cuando se sube a la parte trasera de un vagón de metro y se va rápido como el viento de estación en estación, para hacer como la Jane de Tarzán..., uno puede matarse. Yo lo hice, no lo dije nunca, perdón, padres míos. Felizmente, no me morí. Eso formó parte de mi aprendizaje de la vida. Quemaba todo lo que podía, hasta el momento en que alguien o alguna cosa me prohibían afortunadamente ir más lejos.

Cierto día, después de una de las fiestas de SOS-Racismo, en las que participé siempre con mis amigos sordos y oyentes, después de haber bailado, charlado al azar de los encuentros, entramos hacia la una de la noche al metro. Los vagones están abarrotados, los jóvenes se aplastan unos contra otros. Un gran tipo negro que no ha encontrado sitio en el interior me hace un signo, riéndose, para que le siga entre dos vagones y me cuelgue, como él, de la manecilla exterior de la puerta. Encuentro divertida la idea, y en lugar de amontonarme con los otros le imito.

En realidad tengo miedo, pero es un miedo excitante. Las estaciones desfilan una detrás de la otra, y en cada una de ellas estoy persuadida de que no tendré valor de ir hasta la siguiente. Pero aguanto. He puesto mi puntillo en no abandonar, y cuento valientemente, como un pequeño héroe, hasta la última estación. Completamente inconsciente.

Nunca me jacté de ello. Aun hoy día siento miedo cuando lo recuerdo. Quizás se acuerden los trenes del metro de la estación de Auber.

Estamos en una escuela oralista durante todo el día. Desde que salimos existe la necesidad apremiante de recuperar. Necesidad de estar juntos, de hablar entre nosotros. De recuperar no tan sólo el tiempo perdido durante el día con los que oyen, sino también nuestra lengua, nuestra

identidad. No tendríamos ese sentimiento si el lenguaje de signos estuviera autorizado en la escuela. No viviríamos como en un gueto. Si no hubiera ni frustración ni censura, todo sería más sencillo. Sin embargo, nada lo es para nosotros. Cuando se ha pasado un día en comprender la mitad de lo que explica un profe, no se tiene más que un deseo: encontrarse, hablar, hablar, hacer cosas juntos. Es importante estar juntos. Y cuando se está en grupo es cuando se cometen tonterías.

Tengo quince años, cerca de dieciséis, y siento deseos de tener unos tejanos bonitos. Todas las chicas de mi edad sueñan con vestidos. Y el vestido ideal es el tejano. No aquel feo que se liquida en las tiendas de saldos, no. El bonito, el de firma, el *super look*. El que vale al menos cuatrocientos francos.

Pero mis padres no son muy ricos. Tienen ya demasiados gastos con el Minitel, las clases y lo demás. Sobre todo, no quiero pedir más dinero para mis gastos. Y el orgullo va a hacer que cometa la tontería. Esta vez no hay ninguna excusa, soy culpable por adelantado. Somos culpables.

Con una compañera decidimos birlar unos tejanos cada una en unos grandes almacenes. Unos Levi's. Son caros.

Henos aquí ante el mostrador buscando la marca, la talla. En el probador conseguimos sacar la señal magnética de los bajos del pantalón. Y salimos las dos, en tensión, con los tejanos ocultos discretamente en el bolso. La vendedora encargada de vigilar los probadores no está allí. Bajamos las escaleras, con temor a ser descubiertas, mirando hacia atrás, y veo aquella vendedora que nos mira de lejos mientras atiende a una cliente.

Digo con gestos a mi compañera:

—Nos vigila, estoy segura de que nos mira.

—No, no te preocupes. Te estás montando películas. No hay ningún problema.

—¡Tiene aspecto serio! Te digo que nos han descubierto...

—¡Deja, estás loca!

La escalera mecánica. Atravesamos el vestíbulo; nos disponemos a salir; casi hemos franqueado la puerta; estamos locas de alegría.

De repente, me siento cogida por detrás. La mujer me pone las manos en la espalda y me hace entrar de nuevo en el almacén. Inmediatamente mi compañera me hace signos con rapidez:

—¡Sobre todo no hables! No emitas ni un sonido.

Hago lo que ella me dice. No sale ninguna palabra ni de mi boca ni de la suya. Cortada la comunicación. Es nuestra única defensa, la instintiva. El refugio de los sordos. Pero en mi interior voy trabajando. Telefonarán a mis padres. Es horrible. Soy una ladrona.

Henos en la comisaría. La mujer vacía nuestros bolsos. Miramos cómo lo hace, siempre sin decir nada. Me pide el carné de identidad, y hago cara de no comprender.

La mujer intenta explicármelo, hace gestos, enseñándome unos documentos. Ha comprendido que somos sordas. Ha visto perfectamente que nos hemos hablado en lenguaje de signos. Pero, sobre todo no es cuestión de comunicarnos; nuestra única esperanza consiste en enredar las cosas. Aquellas personas hojean nuestros cuadernos para descubrir nuestros nombres. No tienen suerte; yo no pongo mi nombre en los cuadernos. Soy mayor, estoy en segundo grado, no en la escuela de párvulos. Por el contrario, mi compañera sí lo hace. Así conocen su nombre, pero nada más.

Seguidamente viene el cacheo. Una agresiva agente de policía nos maltrata como si fuéramos muñecas de trapo. Noto que el conflicto se agrava. Además, no soporto el modo en que nos manosea. Me pongo a gritar, fingiendo hablar defectuosamente. Podría perfectamente hacer una frase correcta, pero no, le grito de todo a la cara. Ella se ha encolerizado, con esas manazas sucias que registran sin miramientos. Sorprendida, la agente intenta calmarme.

Después viene un hombre a tomarnos declaración. Se sienta y empieza:

—No está bien lo que has hecho. Si continúas robando, irás a la cárcel.

Yo digo que sí afirmando con la cabeza, como una niña pequeña.

—Hale, ¡largaos!

Al principio no me lo creo. Me digo: «Cuidado, es una trampa, lo hacen de mala fe.» Pero no, el hombre repite con un gesto:

—¡Despejad!

Volvemos a coger los bolsos, nos vamos sin apresurarnos, con la espalda erguida, todavía inquietas, pero es cierto, ¡nos han dejado ir!

Ya en la calle, damos saltos de alegría. Reímos con una risa nerviosa, una risa loca de miedo, y lloramos al mismo tiempo. Nos contamos incansablemente la astucia, exageramos, el miedo, el cacheo, los gestos, yo que grito, ¡y la libertad!

Vuelvo a mi casa. Lo he comprendido. Esto se ha acabado.

Ya no he vuelto a robar. Si aquella mujer no me hubiera atrapado, tal vez habría continuado por chulería; pero el hecho de ser cogida, el miedo, la vergüenza de pensar que mis padres lo hubieran sabido, me hicieron tomar conciencia de lo que hacía. Me sentí culpable y responsable. Un poco culpable. Un poco responsable.

Yo no era una santa. Era difícil. Era dura, combativa, rebelde. Era necesario que me enfrentara con las experiencias para decidir si las continuaba o no.

En cuanto al robo, se había terminado. Una vez y no más.

Gaviota ladrona.

COMUNICACIÓN SUAVE

Las madres tienen ojos de gato y oídos de no sé qué. Por más que entre de puntillas al alba, la mía ya está despierta.

—¿Estás bien? ¿Has tenido algún problema?

—Estoy bien; estoy bien, mamá; duerme..., todo va bien, duerme.

Es fácil decir que todo va bien. Cuando se vuelve sola a las cuatro de la mañana forzosamente se corren riesgos.

Al salir de una *boîte* tomo un taxi para volver. El chófer arranca; después, al parar en un semáforo en rojo, se vuelve hacia mí y me pregunta bruscamente:

—¿Vamos a un hotel?

¿Por quién me toma? Debo de tener un aire sorprendido, porque él insiste torciendo el cuello para verme:

—No te preocupes, ¡te pagaré!

Situación difícil. No es realmente que tenga miedo. Intento buscar subterfugios, liarle como pueda.

—... Además, soy sorda. ¡No me puedes hacer esto! ¿Es que no te doy pena?

El disco pasa a verde; el hombre no arranca e insiste de nuevo. No comprendo toda la frase, pero la idea está clara. Me enfado un poco:

—Vamos..., el taxímetro corre; date prisa, vamos, soy yo quien paga.

Tras un momento de silencio, dice brutalmente:

—¡O vienes al hotel o te bajas!

Salgo. Doy un portazo y me voy en busca de otro taxi reflexionando sobre el comportamiento de ese tipo. Agresivo. Violento. Esto nunca ha dejado de sorprenderme. Además, me pone furiosa. Habría podido preguntarme, ¿dejarme elegir al menos! Quieres o no quieres. No quiero; no se hable más. Pero no. Debo estar contenta todavía de no haber topado con un violador.

Me he encontrado con otras situaciones de ese género, desde la más simple a la más estresante.

Existe la agresión sexual del simple ligón callejero que cree que no voy a gritar porque soy sorda. Eso me sucedió: me seguía un hombre, yo no conseguía librarme de él y la cosa se ponía preocupante. Grité. Me serví de mis manos, de mi voz, grité en las dos lenguas. A menudo la gente cree que sordo quiere decir también mudo. Yo no soy muda. Gaviota, sí. Grito bien, se me oye. Aquel hombre escapó corriendo.

En otra ocasión me ocurrió algo más impresionante. Y esa vez no grité. No pude. Pensé que para mi seguridad no hacía falta. Fue penoso. Chocante.

Como de costumbre, llego tarde, corro hacia el metro, tomo un ascensor al vuelo, justo antes de que la puerta se cierre. Tengo la cabeza en otro lado, buscando una excusa para explicar el retraso a mis padres. En aquella época tenemos escenas terribles. Ellos se esfuerzan por todos los medios en darme miedo. Para hacer cesar ese comportamiento de persona marginal. Entre los trece y los diecisiete años no dejan de ponerme en guardia contra todas las «estupideces» que ya he hecho, que hago y que no he terminado de hacer... Rechazo todo consejo. A menudo hago exactamente lo contrario de lo que me recomiendan. Ellos ya no pueden más. Se sienten desamparados, se pelean a menudo e incluso hablan de divorcio.

Mi comportamiento no cambia por ello, sino al contrario. Aún exagero más. Aquella noche llego verdaderamente tarde. Estaba en un *bistrot* hablando con unos compañeros sordos mayores que yo. Pasó la hora; ellos pueden quedarse hasta más tarde, pero yo debo volver. En resumen, me encuentro en el ascensor del metro a solas con un tipo joven.

Las puertas se cierran pesada, lentamente. A menudo un ascensor de metro es siniestro. Metálico e inquietante. El muchacho se acerca a mí y me habla. Pongo el índice sobre la boca y otro dedo en la oreja, queriendo decir: «No hables, no oigo», y no abro la boca. No quiero hablar y hago signos. Es mi método habitual para levantar un muro entre yo y el otro, para estar tranquila. Me he dado perfecta cuenta de que ese tipo tiene un aire sospechoso.

Él continúa hablándome; yo hago un gesto con la cabeza como que no le entiendo. Entonces se baja el pantalón y se masturba delante de mí.

Es insoportable estar allí, encerrada, ante ese lamentable espectáculo. Cada vez que vuelvo los ojos él se cambia de lugar para obligarme a mirar. Me siento enferma. Si cierro los ojos quizás vaya a agredirme. Además, tengo miedo a cerrar los ojos porque son mis oídos, mi único recurso; sin ellos no puedo afrontar el peligro.

Me invade el pánico, me pregunto qué hacer y si voy a gritar o no. Ese ascensor es de una lentitud infernal. Si grito, corro el riesgo de que ese tipo se vuelva peligroso. Entonces me concentro, aprieto los dientes, no cierro los ojos, como si estuviera calmada, sorda e incapaz de gritar. Él debe de creerlo así. Esto le da seguridad de saber que puede agredir a alguien indefenso, alguien que no va a gritar al sátiro. Pero en mi mente todo se atropella; estoy al borde de un ataque de nervios, a punto de explotar, frenética. Me aferro a la leve idea que me queda: no grites, cállate, él va a bloquear el ascensor y va a violarte. Cállate. Cállate.

Él había terminado lo que quería hacer cuando el ascensor llegó a la superficie. Fue repugnante, disgustoso. Hasta la náusea. Me dijo: «Muchas gracias», y salió tranquilamente del ascensor.

Me sentí sorprendida y también estupefacta. Esta situación escapaba totalmente a mi comprensión. ¿Qué es lo que quería ese tipo? ¿Sólo eso? ¿Porque vio que era sorda? ¿O simplemente porque estaba enfermo? Con dieciséis años, este género de agresión sexual era un misterio para mí.

Al llegar a casa conté la historia a mi madre.

—Has tenido suerte; quizás era un hombre peligroso.

No habría soportado que ese tipo me tocara. Temía eso. Me hubiera peleado si hubiera sido necesario. A los dieciséis años practicaba el boxeo francés, no para defenderme, sino porque es bonito, artístico y porque me gusta. Sabía exactamente dónde un rodillazo puede hacer mucho

daño a un hombre. Si ahora me ocurriera algo parecido, aún tendría reflejos para clavarle los dedos en los ojos o darle un rodillazo donde hiciera falta. No soy ni agresiva ni violenta más que si se me toca. Eso, afortunadamente, no me ha ocurrido nunca.

Mamá ha comprado un *spray* lacrimógeno para que me proteja en caso de agresión. Eso no me ha impedido volver tarde por la noche ni continuar las salidas por las *boîtes*.

Unas semanas después, mientras tomaba un ascensor, se me acercó un hombre; yo reaccioné inmediatamente:

—¡No me toques, no me toques!

Y salí rápidamente. Él quizás quería preguntarme la hora, pero me sentía tan traumatizada por el encuentro precedente que escogí la huida.

En aquella época tenía miedo a pocas cosas. En un primer momento, una situación brutal como aquella causa angustia. Otras chicas jóvenes que oyen han conocido agresiones parecidas. Es preciso dominarse, autocontrolarse, discernir si hay que gritar o no. En el fondo creo que este género de agresión no atañe particularmente a una joven sorda como yo. Corría los mismos riesgos que una chica joven oyente rebelde, decidida y voluntariosa como yo. En todo caso, yo no quería ser considerada como alguien a quien hubiera que proteger a cualquier precio.

A aquella edad, en plena crisis de identidad, se desprecia totalmente el peligro hasta que uno lo tiene ante la nariz. Soy una persona demasiado absoluta para no querer superarme cada vez y no asumir por mí misma las consecuencias de mis experiencias. Soy un ser normal, libre, con una identidad. Mamá dice:

—Emmanuelle se niega a ser considerada como una minusválida.

Exacto. Para mí, el lenguaje de signos corresponde a la voz, mis ojos son mis oídos. Sinceramente, no me falta nada. Es la sociedad la que me convierte en minusválida, la que me vuelve dependiente de los que oyen: necesidad de hacerse traducir una conversación, necesidad de pedir ayuda para telefonar, imposibilidad de contactar directamente con un médico, necesidad de subtítulos en la televisión, y hay muy pocos. Con algo más de Minitel y algunos subtítulos más, nosotros, los sordos, podríamos tener más fácil acceso a la cultura. Ya no habría *handicap*, ya no habría bloqueo, ya no habría fronteras entre nosotros.

Además, mi revolución ha cambiado. A los trece años consistía en rechazar la dependencia de mis padres, el rendirles cuentas. Cuando se es sordo, forzosamente se depende más que los otros de los que oyen. Yo no quería seguir así. Sobre todo no quería enseñanza oralista. La pedagogía impuesta se convertía en un sufrimiento. Me estaban consumiendo la vida. A los dieciséis años, la situación cambió. Yo había evolucionado y estaba alterada. Las relaciones con mi padre se habían vuelto casi inexistentes, aparte sus advertencias:

—Sales demasiado, ya no haces nada, alternas con personas peligrosas, estás echando a perder tu porvenir. Basta.

El diálogo entre nosotros se detenía ahí.

Con mi madre, el problema consistía en la inquietud silenciosa y permanente que notaba en ella. Intentaba acompañarme en mis tonterías, molestándome lo menos posible, pero yo advertía claramente su preocupación. En aquella época Marie se mostraba brillante en la escuela, siempre

la primera; dotada como estaba, casi me superaba por momentos. Siempre éramos cómplices, hermanas amigas, nunca enemigas, aparte de los clásicos desacuerdos, que nunca llegaban lejos. Y, por fortuna, el diálogo con ella no se interrumpió nunca.

Lo que me inquietaba más era oír a mis padres hablar con mayor frecuencia de divorcio. El día en que tomé conciencia de que realmente iban a separarse, aparentemente acepté esa situación de hecho. Como en aquellos momentos de la existencia donde la urgencia de la vida prevalece sobre el resto. Yo «normalicé» al máximo ese desgarró. Pero sufrí e imaginé lo peor; temí que me obligaran a elegir entre el uno y el otro. Entre dos amores. Ése no fue el caso. Cuando mis padres se divorciaron, yo iba a casa de uno o del otro.

El miércoles o los fines de semana. El sábado por la noche le decía a mi madre: «Te aviso, voy de *boîtes*, volveré tarde». Otro sábado por la noche le decía lo mismo a mi padre. La diferencia era que él dormía como una marmota y no me oía cuando regresaba. Duerme bien.

De todos modos, me sentía impotente para volver a zurcir los hilos de mi infancia. Muy pronto imaginé que yo era la razón de aquel divorcio a causa de mi indisciplina, de mi comportamiento demasiado libre. Quizás incluso porque había nacido sorda.

En realidad, no conocía las razones por las que se habían divorciado. Éstas les pertenecían a ellos. Mi madre me tranquilizó en seguida respecto a esta culpabilidad; yo podía conservar intactos mis dos amores, nadie era culpable, ni siquiera yo. Era importante, porque el afecto lo situé siempre en el centro de mis entusiasmos y de mis rebeldías.

Creo que lo habría podido aceptar todo en la vida, como finalmente acepté ese divorcio, si los que querían imponerme alguna cosa lo hubieran hecho con cariño.

Los pedagogos de la enseñanza oralista no supieron hacerlo.

Mi primer amor no supo hacerlo tampoco.

El divorcio de mis padres es una herida que no ha cicatrizado todavía. He aceptado la herida. La cicatrización es lenta. No debo de estar sola en este caso; los hijos de padres divorciados corren así de fin de semana en fin de semana.

Durante ese tiempo me aferro a mi amor, a esa pasión tumultuosa y exclusiva. He dado toda mi confianza al otro. Mi confianza es importante. Después me di cuenta de que me había equivocado. Pero a los dieciséis años, como he decidido emprender el difícil relato de mi memoria cronológica, todavía no he llegado a esa conclusión. Siempre cogida en las redes del amor a la deriva. Con un retraso escolar que conlleva el riesgo de que mi porvenir se desbarate. Porvenir que en aquel momento, decididamente, me sigue importando un comino.

Viernes, encuentro en MacDonald's. Mi pandilla se reúne en el primer piso del establecimiento. Vamos allí a hablar durante horas, como en un salón; es más confortable que el metro. De todos modos, no sabemos adónde ir. Eso puede durar de las seis a las nueve de la noche. Compramos una hamburguesa, una Coca-Cola o un café y no nos movemos de allí. «Bloqueamos», como dicen los adolescentes.

Al dueño no le gusta mucho. No creo que para él se trate de un problema de espacio. A nuestro alrededor las mesas están vacías; no hay una afluencia apreciable de público a aquellas horas. Creo que a nuestro patrón no le gusta que nuestra pandilla de sordos haya escogido su MacDonald's para reunirse.

Un camarero llega y nos pide que nos vayamos. No queremos. Se marcha, vuelve y así sucesivamente. Una noche interviene el dueño. Está francamente furioso.

—¡Marchaos! ¡Largo! ¡Desapareced!

Un compañero sordo sentado ante mí le hace signos explicando que tiene derecho a quedarse allí, ya que hace consumición. El patrón no quiere saber nada del asunto.

—¡Tú no te quedas! ¡Lárgate! ¡Tienes dos segundos para desaparecer!

Le habla como si fuera un perro. No lo soporto. Intervengo hablando francés:

—Por favor, ¿podemos dialogar? ¡No somos perros, somos seres humanos!

¿Acaso lo ha entendido? No lo sé. Mi «accento» oral a veces es difícil, sobre todo si estoy encolerizada, que es lo que ocurre ahora. En todo caso ha debido de percibir el tono, pero rechaza la discusión.

—¡No hay nada que hablar! ¡Lárgate!

Me doy perfecta cuenta de que se pone en marcha una pelea. Tengo los nervios a flor de piel. Siento grandes deseos de pegarle.

No me ha escuchado. Un oyente más que se niega a escuchar.

Querría al menos explicarle que estamos allí porque todo el día nos sentimos frustrados en ese mundo que no es el nuestro. Que tenemos necesidad de reunirnos. Que su sala está vacía, que no ocupamos el lugar de nadie. Que le pedimos excusas. Que si hay que tomarse una Coca-Cola o una hamburguesa más, nos las arreglaremos para hacerlo. Que podemos llegar a un acuerdo, discutir. Pero ese tipo se niega a escuchar, y por tanto a comprendernos. Un compañero me dice con signos:

—Déjalo correr, vámonos.

De todos modos, estamos acostumbrados a que se nos eche. Como a otras pandillas de jóvenes. Cambiamos de sitio continuamente, en busca de un lugar, de un refugio, pero en general nos echan suavemente; es la primera vez que lo hacen con malos modos. Somos seres humanos, y ese hombre nos habla como si fuéramos perros; y más aún, tendría seguramente más comprensión por una treintena de perros de la Sociedad protectora de animales.

Puedo comprender su problema: una pandilla de jóvenes en su MacDonald's le estorba, le perturba sus costumbres; él no está allí para eso. Pero ¡no en ese tono! Con ese desprecio. Incluso si no sabe cómo expresarse conmigo, ése no es el verdadero problema; siempre se puede intentar.

Le miro, realmente furiosa. Gaviota colérica. Pero él baja el tono:

—Bueno, de acuerdo; pero no os quedéis mucho.

Finalmente nos vamos, asqueados. Al volver a casa le digo a mi madre:

—¿A eso llamáis comunicarnos con los que oyen? No puedo aceptarlo.

Ella intentó calmarme, pero yo estaba furiosa. Mi cólera venía a enmascarar mi sufrimiento. Yo me decía: «Es asqueroso; el mundo no puede cambiarse chasqueando los dedos».

Eso puede parecer anecdótico, pero este conflicto que se repite tan a menudo entre los sordos y los que oyen, sobre todo cuando somos un poco numerosos, me encoleriza. Creo firmemente en la posibilidad de diálogo entre los dos mundos, las dos culturas. Vivo con los que oyen, me comunico con ellos; vivo con los sordos, me comunico todavía mejor; es lo normal. Pero el esfuerzo necesario para esta comunicación siempre lo tenemos que hacer nosotros. En todo caso, eso es lo que yo lamento personalmente. Me obstino, sigo buscando, desearía la unión en esta relación. Querría que desapareciera la desconfianza. Pero no lo consigo.

Encontré esta confianza en mi madre, en mi hermana, en otros oyentes también, no quiero generalizar. Pero, sin ser derrotista, el ideal que yo busco quizás no es posible. Es cuestión de personalidad, de educación, de información.

Ya no experimento las grandes cóleras de mis dieciséis años. Al contrario. Llego incluso a discutir de este tema con los sordos; a menudo es el tema de debate favorito entre nosotros. Algunos son tremendamente extremistas, del estilo de «queríamos una tierra prometida, una tierra de sordos, ¡nunca podremos vivir con los que oyen!». Esas gentes se cierran al mundo. Comprendo su reacción, pero les aconsejo siempre poner freno a las reivindicaciones de ese género, reflexionar, abrirse a los demás. Rechazo el extremismo en los dos sentidos. Pero quizás yo he tenido más suerte que los demás en mis relaciones sociales.

A menudo me evado en mi mundo. No puedo estar siempre interpelando a las personas, y por tanto me excluyo y sueño. Las gentes me olvidan a veces un poco; eso no es culpa suya. Si reflexiono sobre una situación que me subleva, sobre las personas que no hacen esfuerzos, me planteo estos interrogantes: «¿Acaso podría integrarme de ese modo a los otros, todos los días? ¿Acaso podría vivir sin los sordos?». Tengo necesidad de los sordos. También tengo necesidad de los que oyen, y, de todos modos, no puedo borrarlos del mapa.

Paso de un mundo al otro.

Vivir un mes entero sola con los que oyen es duro. El esfuerzo es constante. Una se pregunta si va a poder aguantarlo. La diferencia existe, inevitablemente. Se tiene necesidad, en verdad, de ver sordos. Lo experimenté una vez en España, con mis padres. Al finalizar el mes sentí angustia, la sensación de que me ahogaba. Había llegado al último límite. Es inimaginable pasar muchos meses sin sordos, sola en un ambiente de oyentes. Me pregunto cómo lo soportaría. ¿Acaso gritaría de nuevo como una gaviota? ¿Acaso me enfadaría? ¿Acaso suplicaría que me miraran, que no me olvidaran?

Reencontrar el mundo de los sordos es un alivio. No hacer más esfuerzos. No fatigarse más en expresarse oralmente. Reencontrar las manos, su comodidad, los signos que vuelan, que dicen sin esfuerzo, sin coacción. El cuerpo que se mueve, los ojos que hablan. Las frustraciones que desaparecen de golpe.

Comunicación suave.

AMOR VENENO

Me habían prevenido. Mi padre me lo había dicho:

—Déjale. Es un golfo, te hará daño.

Mis compañeros me lo habían dicho:

—Es voluble.

Mi madre me lo había dicho:

—Es violento.

Yo me había dicho:

«Ellos no le comprenden. Es un marginal porque tuvo problemas en su infancia; quizás es un mujeriego, pero me ama. Es violento, pero yo le calmaré».

Me había dicho esas cosas a propósito de ÉL. Las había estructurado en mi mente infundiéndoles toda la confianza que tenía en él. Total. Con una fe ciega. Cuando entrego mi confianza hasta ese punto, no hay que tomarlo a la ligera.

Y, sobre todo, estaba enamorada, atraída como por un imán. Yo ya no pensaba. Mi imaginación, mi reflexión, todo se había borrado por esa atracción. Él buscaba el amor con tanta sed como yo. Los dos lo bebíamos juntos.

Hay un guateque en casa. Me encantan los guateques. Música a fondo. Con la oreja pegada a los altavoces exhibimos las fundas de los discos para anunciar un *rock* o un lento. El bailar enloquece, el sentir el ritmo en los pies, en el cuerpo, dejarse llevar por los impulsos físicos que ello provoca. Bailar con ÉL.

—Me han dicho que sales con alguien...

—No, tú eres la única, sólo tú. Tú eres mi único amor.

En todo caso, tiene un poco el aire de estar a la defensiva al hacer signos, el cuerpo echado hacia atrás, el gesto un poco dudoso. La respuesta es larga, ha tardado en llegar, como si antes se hubiera preguntado: «¿Qué es lo que voy a decirle?».

Me imagino que a un amante sordo que miente se le nota igual que a uno que oye. Lo que se debe adivinar en la entonación de la voz, en la vacilación del texto, se adivina en los gestos, en la posición del cuerpo, en la mirada.

Yo no estoy dotada para la mentira. Ya lo probé con mis padres y no funcionó. La gaviota es demasiado sincera.

También demasiado ingenua. Le creo desde hace demasiado tiempo, y va a ser necesario que vea la mentira con mis propios ojos para convencerme.

Hace una hora que no sé dónde está. He dado la vuelta a la casa; el único lugar en el que no he estado es el cuarto de baño. Allí está, y creo que no está solo.

Espío por un tragaluz de mi habitación. Desde allí puedo verlo todo, como una gaviota en lo alto del palo de un velero.

Esta vez está claro. Doy golpes en la puerta, violentamente. Él la abre con una gran sonrisa, tratando de esconder a la otra persona. De esconder la realidad. Intentando hacerme creer todavía que es a mí a quien ama. No lo soporto. Yo miro siempre la realidad a la cara. No me escondo detrás de nadie.

Noto que me crece el odio, que el dolor me perfora el corazón, que se me oprime la garganta. Hay momentos en los que una querría poder gritar los signos que dicen todo eso.

Con la mente y el corazón en desorden huyo, salgo corriendo de la casa, dejando a la pandilla de amigos que se divierta, ignorantes de lo que pasa. Corro, corro lo más lejos posible de mi casa, ya no sé dónde estoy.

Me encuentro bajo el porche de un edificio desconocido. Para llorar. Durante mucho tiempo. Hasta el alba. Sola.

Luego vuelve la calma tras la tempestad de lágrimas que me ha sacudido. Regreso. Con calma costeo las aceras. El mar está en calma, la gaviota vuelve silenciosamente a puerto.

Él me espera, enloquecido por mi desaparición, lamentable, culpable. Quiere excusarse, borrarlo todo, abrazarme.

Pero se ha terminado. Ya no le quiero. ¿Le he amado verdaderamente a ÉL, o a la imagen que de él me había hecho? ¿Qué es la fidelidad? ¿Qué es la confianza?

Apenas tengo diecisiete años. Hace tiempo que le amo. He empezado pronto. Quiero asumir la derrota con el puñal en el corazón, pero no quiero que eso quede así. Ya que él quiere hacerse la víctima, intentar hacerse perdonar una digamos locura pasajera, voy a esperar pacientemente para hacerle probar, a ÉL también, el veneno de la traición. No voy a abandonarle en seguida. Quiero que reciba la misma puñalada en el corazón.

El odio debe de formar parte del amor. Con esta revancha daré a la historia el final que yo quiero. Mi historia, no solamente la suya. Con mi engaño, mi mentira, mi traición. Quiero ofrecerle eso. Un regalo de despedida.

La ocasión se presenta poco tiempo después. Y es precisamente «después» cuando le invito a escucharme diciéndole a la cara: «Mira. Se ha terminado, ya no te quiero».

Ese pequeño juego de tortura perversa y de mentira seguramente me ha molestado más que a él. No sé siquiera si lo ha comprendido, si se ha dado cuenta de algo. Él se resiste a creer que ya no le quiero. Me lo hace repetir. Quiere que le mire a los ojos.

Me muestro fría, decidida a no dejar eternizar este difícil momento. Saca de su bolsillo una cuchilla de afeitar para someterme al chantaje habitual:

—O te quedas conmigo, o me desangro.

Quiere que su muerte caiga sobre MI conciencia. No reflexiono y digo:

—Se ha terminado.

¡Y lo hace! Sin pestañear, se abre la vena delante de mí.

Horrorizada, echo a correr. ¡Tanta violencia, tanta sangre, va a morir! Es culpa mía. ¡Va a morir!

Refugiada en casa de unos amigos sollozo por él, por mí. Ya me veía acusada, ante la policía, procesada, condenada a no sé qué, en todo caso a los remordimientos eternos. Ya no podré vivir con ese peso en la conciencia. Porque he creído que ha muerto, porque he visto con mis ojos cómo

brotaba la sangre de sus venas. Porque he huido dejándole allí. Yo siempre creo lo que veo.

Pobre gaviota ingenua. Él precisaba tan sólo un vendaje en el hospital. O bien no sabía entonces que no podía suicidarse tan fácilmente de ese modo. Y yo tampoco.

Mamá me consoló, me tranquilizó, me exculpó. Aunque hubiera llegado lo peor, yo no era culpable. Era él quien había mentido. Era él quien se había violentado a sí mismo, quien había hecho el chantaje. No yo. No se puede ser culpable y víctima. Cada uno es responsable de sí mismo.

Por extraño que parezca, el verdadero amor que sentía por ese muchacho desapareció definitivamente cuando mis padres se separaron. Con mi padre fuera de casa, la relación con ese chico que amaba se extinguió.

La imagen de mi padre, el hombre símbolo de mi infancia, desapareció lejos de mí tras el divorcio.

Comunicación cortada temporalmente. Amor dormido.

La imagen del amor de mis trece años desaparece al mismo tiempo.

Comunicación cortada. Amor muerto.

Y durante algún tiempo, mucho para mí, me vuelvo a encontrar respecto de los chicos en estado de desconfianza, de dureza, de acritud.

He comprendido que no existe la fidelidad. Confianza ya no es la misma palabra.

Voy a vagabundear algún tiempo más a la búsqueda de otras confianzas, de otros venenos. Emborracharme de música y de alcohol, de fiestas inútiles, de tabaco.

Hasta el agotamiento.

Gaviota atrapada. Contaminada.

GAVIOTA DE CABEZA HUECA

Aquella noche, al amanecer, voy a casa de mi padre; es su turno de fin de semana.

Ayer tenía todavía la sensación de ser feliz. Bailaba, reía, bromeaba. Intentaba aplazar todo lo posible el momento de volver. Ya no hay chicos en mi vida, ya no hay amor que festejar. Salgo con amigas, para evitar las trampas del engaño.

Ayer mi padre me dijo, como de costumbre: «Cuidado, desconfía. No vuelvas demasiado tarde. Es necesario que duermas». Etcétera. Y yo en silencio: «Ya puedes hablar...».

Aquella noche sucedió algo. Me cuesta recordarlo. Con el alcohol todo giraba a mi alrededor; no sabía dónde estaba. Esta vez llegué demasiado lejos.

El despertar es desagradable. Por otra parte, me encuentro fea desde hace algún tiempo. Cuando me miro en un espejo veo unos ojos con ojeras, una piel grisácea, una cara nada atractiva. Me digo: «Pero ¿qué es esta cara? Pobre hija, deja de beber; no tienes nada en la cabeza; te diviertes, bebes y ¡mírate!».

La cabeza de la gaviota es fea. La gaviota se encuentra muy estúpida.

Y vuelve a empezar al día siguiente.

En casa me peleo con mi hermana. Marie se ha hecho mayor.

La última vez que nos discutimos fue por una tontería. Marie es muy desordenada. Tira sus cosas por toda la habitación, y las dos compartimos el armario.

—Ordena tus cosas. No dejes trastos por todas partes.

—Déjame en paz.

—Si no lo haces, me enfadaré y no te hablaré más.

—¡No es culpa mía que el armario esté en tu habitación!

—¡Precisamente! ¡Ya que estás en mi habitación, ordena tus cosas!

—Deja de fastidiar. Tengo trabajo.

La metí a la fuerza en la habitación para que la ordenase. Ella gritaba. Yo no podía controlarme. Las personas se quieren y riñen. Esta vez no se rió cuando le dije:

—¡Eres una fastidiosa!

Es como el «taltitón», «fastidiosa» es «tifiti» de pronunciar. Tengo dificultad con las *s* y las *ch*. No es grave.

Es mi cabeza la que está desordenada en ese momento. Yo no soy «desordenada» más que bajo mi pelambreira; lo demás lo ordeno siempre, como ordenaba mis muñecas cuando era pequeña.

Es verdad que Marie se ha hecho mayor. Antes ella se habría precipitado hacia mi madre para «darle cuenta». Nos habríamos tirado de los pelos; a mí me habrían reñido. Ahora está enfurruñada y no le dice nada a mamá. Se defiende ella sola. Como una adulta. Y cuando está enfurruñada, ya no me hace signos.

Marie corrige mis faltas de francés; es la primera de la clase en todo. Marie, mi hermanita bebé, llega a los diez años de autonomía.

¡Todo iba mal!

Una noche caí desplomada en el pasillo y desperté a mi madrastra y a mi padre. Él tuvo que recogerme y llevarme a la cama. Me sentía enferma, enferma como no lo había estado nunca.

Él se sienta a mi lado al borde de la cama, a la luz de la mañana. Su cara me da miedo. Siento vergüenza de que se encuentre allí para contemplar mi desastre, de que haya visto en qué estado me hallaba. Siento vergüenza, pero me siento tan mal en la cabeza y dentro de mi piel...

Digo:

—Ayer bebí.

—Ya lo sé. No tienes que explicármelo. Lo he entendido.

Se muestra inquieto.

—Se supone que el alcohol nos pone alegres, que estimula el placer de bailar, de la fiesta. Toda la pandilla bebe.

Explico a mi padre que eso no es grave.

—Es peligroso. Muy peligroso. Es malo para el cerebro. El alcohol mata las células nerviosas, ¿comprendes? Mírame, Emmanuelle. ¿Por qué lo haces? No lo entiendo.

Yo tampoco. Creía que era para divertirme; eso me hacía volar, planear, olvidar. Pero ¿olvidar qué? Incluso he olvidado lo que quería olvidar. Es imposible explicarle el dolor de mi piel, el dolor de existir. Quizás siento deseos de que se ocupe de mí; nos vemos tan poco... Quizás deseos de provocarle. Necesidad de él. ¿Por qué el alcohol, por qué los cigarrillos sin parar, el baile toda la noche, las risas hasta el amanecer, para caer como una mesa, embrutecida, y despertarme con esta cabeza? No lo sé.

—Es preciso que me digas por qué, Emmanuelle.

Mi padre es muy filosófico, muy teórico. Muy psiquiatra. Muy padre sorprendido por la gaviota que ha engendrado. Superado por su vuelo, desorientado. Él desearía respuestas del estilo de: «Tengo miedo del mundo, no amo la vida»; quizás también: «Soy sorda, tengo problemas».

A nuestro regreso de Washington, decidió trabajar con sordos. No deja de explicar que no existe «una psicología del sordo», y que hay sordos distintos, como los hay entre los que oyen. Ocurre simplemente que el sordo tiene un lenguaje particular. Muchas personas creen que los sordos son incapaces de establecer contactos, relaciones normales con los demás. Mi padre ha estado combatiendo contra esto. Los sordos son como los oyentes. Hay enfermos mentales sordos, como los hay entre los otros; no es una particularidad que nos esté reservada. Los sordos van bien, gracias. Pero quizás mi padre siente temor a que mi comportamiento actual esté ligado a la sordera. Que tenga dificultades en adaptarme al mundo, y que sea por esta causa por lo que huyo refugiándome en el alcohol y en las tonterías. Yo no. No es eso, papá.

No soy la única. La adolescencia es terrible para ciertos jóvenes. Sordos o no sordos. Los hay que navegan cómodamente, sin problemas, entre los trece y los dieciocho años; los que se equivocan de carril; los que, como yo, corren hacia la tempestad, o no salen nunca de ella, y los

que un día cogen una boya para sacar la cabeza del agua. Eso depende de muchos parámetros. Educación, carácter, amor, ambiente. La adolescencia es una alquimia complicada. Se busca la piedra filosofal como si ésta existiera.

Mi padre me hace todas las preguntas que puede. ¿Dónde están los problemas? ¿Dónde están las frustraciones? ¿Se trata del instituto? ¿Es que me he enamorado? ¿Por qué bebo, por qué hago esto, por qué hago lo otro, por qué todo?

Y yo no tengo más que una respuesta a esta avalancha de interrogantes:

—No me encuentro bien dentro de mi piel. Tengo necesidad de ti.

Silencio de muerte. Reflexión. Emoción. Dificultad. Molestia.

Visualmente, instintivamente, siento todo eso en él. Pero no es una respuesta.

—Mañana te llevaré al médico. Quiero saber si estás bien de salud.

—De acuerdo.

De acuerdo en cuanto al médico. Pero sigue sin haber una respuesta.

Él no puede ocuparse de mí. No sabe. O no quiere. Eso es lo que pienso cruelmente en un principio. Como una nueva herida que va a necesitar tiempo para cicatrizar.

Gaviota adolescente con problemas. Sigues teniendo necesidad de crecer sin tu papá, de tragarte la separación de tus padres, de digerirla y de hacer tu nido en otra roca.

Todo eso se dice más tarde.

A los diecisiete años se siente dolor en el corazón y en la piel, y nada más.

Una se encuentra fea, que no es nadie.

Sin nada en la cabeza.

Y vamos al médico con papá. A propósito, no sé si existen médicos sordos en Francia. Puedo leer en los labios, arreglármelas por escrito, pero si se pone a emplear palabras demasiado complicadas, a hablar de medicamentos, entonces ya no entiendo nada.

Papá escucha lo que el médico dice. Me traduce las cosas evidentes. No hay nada bueno en este desorden. En aquel momento me siento mal por haber intentado encontrarme bien dentro de mi piel. Verdaderamente mal. Física y moralmente. Físicamente, me siento hecha un trapo; incluso tengo morados por todas partes a fuerza de caerme cuando he bebido. Moralmente, me encuentro anulada por completo.

Quería superar mis límites y lo hice. No quería ver la realidad de cara y lo conseguí. Quería huir de mis problemas de sordera, de la vida social, de la vida en la escuela. Resultado: ¿qué es lo que aprendí de los dieciséis a los diecisiete años?

Esta última noche de locura es como un disparador. De repente me digo: «Estoy hasta la coronilla. Harta, harta. Ya no puedo más, ya no es posible. No hago nada, no sirvo para nada. ¿Adónde voy? Paso mi tiempo con esa pandilla protestando, contestando. Nos oprimen, nos importunan, vamos a divertirnos, es súper». ¿Súper? En realidad, siempre es lo mismo, no pasa nada, vamos siempre al mismo sitio, estamos siempre juntos, las mismas caras, los mismos estribillos. ¿Qué es lo que hay de constructivo en esa vida? ¿Beber una botella de whisky, ahogarse en ella, como un pájaro ebrio que ha perdido el sentido de la realidad? ¿A qué conduce todo eso?

Gaviota, verdaderamente no tienes nada en la cabeza.

Tienes necesidad de sentirte cómoda, de sentirte bien. Tienes necesidad de encontrar el placer en otra parte que en la juerga. Tienes necesidad de ser independiente; vas a encontrar pequeños empleos, trabajar para ganar un poco de dinero. Llegan las vacaciones; es la primera vez que vas a ir sola. ¡Vuelve a ponerte en pie!

SOL, SOLES

Por primera vez en mucho tiempo pienso en el porvenir.

A los siete años, cuando aprendí el lenguaje de signos, me formulaba montones de preguntas referentes al porvenir. ¿Acaso tendría un oficio? ¿Cómo viviría? ¿Qué es lo que puedo aprender? Se diría que me vuelve la misma consciencia, la misma agua fresca de la curiosidad, del deseo, del descubrimiento del porvenir. El paréntesis de la adolescencia, la turbulencia y lo que sea se han terminado.

¿Porvenir? Hablo con mi madre. ¿Qué camino escoger? ¿Qué vía? ¿Acaso tengo deseos de trabajar con sordos? ¿De no ver más que a sordos? ¿De entrar en la universidad? Después podría educar a los otros, crear una formación bilingüe.

Pero a mí siempre me han gustado el arte y la creación. ¿Dónde aprenderlos cuando se es sordo?

Quizás no es necesario que entre en la universidad. Puedo aprender la vida de otro modo, en otro lugar. Por ejemplo, el teatro. Siempre he sentido deseos de hacer teatro. Éste entró en mi vida un poco por casualidad, desde que era muy pequeña. A los ocho o nueve años empecé un cursillo de teatro que duró dos semanas. Actuaba los miércoles y los sábados con otros tres niños sordos. Nos hacían trabajar con máscaras que habíamos hecho nosotros mismos. Ralph Robbins, que dirigía ese cursillo, había venido de Nueva York para crear el IVT. Nos hacían trabajar la expresión corporal. Era importante para nosotros. De niños teníamos la costumbre de observar sobre todo las caras; para librarnos de ese defecto, Ralph nos hacía llevar máscaras blancas, neutras, desprovistas de expresión. Comprendí lo que él esperaba: que utilizáramos nuestros cuerpos para expresarnos. Era duro, pero apasionante. Me sentía entusiasmada de poder comunicarme también con mi cuerpo.

Mi «carrera» en el teatro comenzó con él, con una pequeña obra que se llamaba *Voyage au bout du métro*. Se trataba de la historia de una niña que se dormía en un vagón y se olvidaba de bajar en la estación. Al final de la línea se perdía en los pasillos y se encontraba con un mago, un hombre que tenía cuatro brazos. Era un poco mi historia. Todos los sábados hacía un largo trayecto de hora y media para ir a Vincennes, en autobús, tren y después metro. Era largo y fatigoso para una niña de nueve años, y yo me dormía a menudo. Fue a partir de entonces cuando, con Ralph, escribimos los episodios siguientes.

Cuando Ralph partió experimenté una gran pena, me sentí desconsolada durante largo tiempo. Quería a aquel hombre dulce, creativo, entusiasta. Él nos enseñó muchísimas cosas. A mí me gustaba, sobre todo, que nos enseñara sobre el escenario. Mi pasión.

El teatro fue como un sol en mi vida de niña. Debo mi nombre en lenguaje de signos al teatro: «Sol que sale del corazón.» La actriz sorda Chantal Liennel había escrito un poema que decía: «Gracias, papá; gracias, mamá, por haberme dado el sol que sale del corazón.»

Alfredo Corrado se ocupaba en Vincennes del teatro interpretado por adultos. «Haz el bachillerato —me decía siempre—; después se verá de qué eres capaz.»

En una ocasión representé un pequeño papel para la televisión. Se rodó en la feria de Trône. Tenía nueve años. Era como el paraíso. Había perros de circo, completamente blancos. Yo era la encargada de peinar los largos cabellos de una sirena y decirle que era hermosa. Mi sirena tenía problemas en dejarse peinar. ¡Diez tomas, y cada vez había que volver a empezar! Ella se desmoronó a la segunda toma; lloraba en su camerino. Yo temía que ella abandonara. Temía perder mi pequeño papel en la magia del cine. Cuando volvió le di un beso. La undécima toma fue la buena. ¡Me sentí contenta!

Adoro el cine. Creo que he visto todas las películas de Chaplin. Charlot es mi referencia. Risa y emoción. Prueba de que las palabras no son indispensables cuando uno sabe expresarse con el cuerpo. Prueba de que el genio no se fabrica forzosamente con frases. Charlot profeta. *El dictador* es un testimonio formidable. ¡Aquel hombre que juega con un balón que representa al mundo, lo lanza, lo hace girar como una peonza, lo recoge, invierte los polos hasta que el balón le explota en la nariz! Chaplin puede emocionar a todos los públicos, a todos los mundos. Sueño en un nuevo Chaplin para lanzarme a la aventura del cine. ¿Por qué no?

El cine en Francia es un cine de oyentes, a excepción de los subtítulos franceses de las películas norteamericanas. ¿Acaso tengo deseos de integrarme en el mundo de los que oyen? ¿De ver otra cosa?

Sí. Siento deseos de ver primero el mundo, de abrirme un poco más a ese universo, de desprenderme de mi miedo. Lo he resuelto. Siento un poco de temor al mundo de los que oyen. Ya es hora de agarrarme a él. Papá y mamá dicen:

—¡Haz primero el bachillerato! Si lo dejas, ¿qué es lo que harás después? ¡Haz primero el bachillerato!

Esta vez no digo «puedes seguir hablando». No sé lo que voy a hacer después, pero yo haré «primero mi bachillerato».

Gaviota, tienes una idea en la cabeza.

El preparar mi bachillerato en el curso Morvan va a ocuparme tres años: los diecisiete, los dieciocho, los diecinueve.

Ya lo he decidido: este año de los diecisiete trabajaré. Voy a romperme la cabeza, pero haré ese examen. La vuelta será seria. En cuanto a la independencia que reclamo, soy yo quien debe empezar a prepararla. Si no, ¿de dónde vendrá?

Pero primero, sol de verano. Tengo necesidad de rehacer mi salud. Encuentro pequeños trabajos, de canguro, como todas las chicas. Vigilar niños pequeños me place. Me vuelve a mi infancia. Cuando mi madre me decía:

—¡No des portazos! Porque seas sorda no tienes que hacer ruido.

Los niños sordos hacen ruido. Pienso en los vecinos de abajo. Digo como mi madre:

—No golpees el suelo con el pie, no lances la pelota contra la pared, no saltes así...

Primer trabajo: dos hermanas. Una es sorda, la otra no. Como Marie y yo, pero a la inversa: la mayor es la que oye; tiene nueve años, la otra seis. Hablamos en lenguaje de signos.

Su lenguaje es infantil, diferente al del adulto, adorable. Tengo ganas de comérmelas; son tan monas, con sus manitas que bailan... Los signos son precisos, más quizás que las palabras de un niño que oye.

Pienso en mí a su edad. Ellas son afortunadas al poder ejecutar tan pronto signos tan perfectos, tan hermosos..., mientras que yo empecé tarde. Su espíritu se despierta, hacen montones de preguntas.

—¿Es malo ser sordo?

—Claro que no.

—¿Por qué los médicos dicen que tienen que cuidarnos? ¿Quiere decir que nos vamos a morir?

—¡Ni hablar! Voy a explicártelo...

Les cuento también historias de Tintín, traduzco los «globitos» de texto, interpreto al capitán Haddock y *Tintín en el Tibet*.

Segundo trabajo: esta vez son chicos. Siete y cuatro años. Con los chicos, el trabajo es duro. No paran de moverse. El pequeño es infernal. He tenido dificultades para calmarlos. Y realmente hacen mucho ruido. El que griten o den portazos no es mi problema, pero pienso en los oyentes que están debajo.

—¡Basta! ¡No estáis solos!

Decididamente me hago mayor, hablo como mi madre. Pero ellos no me hacen el menor caso.

—¡Nos importa un pito, somos sordos!

—¡Sí, pero los demás oyen!

—¡Yo preferiría una casa de sordos, así estaríamos tranquilos!

Me hace reír. Ahora me río de cosas verdaderas, vivas, constructivas. Río de pequeñas alegrías, de la sonrisa de los otros, del verano que me ofrece una tregua. Una idea del porvenir.

Gano un poco de dinero con mis pilluelos que dan portazos y lo guardo para mis vacaciones.

Un pequeño trabajo en casa del abuelo «labo». Henry Laborit, mi abuelo paterno, es un señor impresionante. Sé dos o tres cosas de él. Trabaja tanto, que raramente nos vemos. Se apasionó un día por una molécula de nombre impronunciable para mí (¡la clorpromacina!). Gracias a él, la pequeña molécula se ha vuelto grande: al principio ha servido como el primer tranquilizante del mundo, y después ha ayudado a tener hijos.

Mi abuelo es un investigador-explorador del mundo viviente. En el curso de los años ha ido pasando de molécula en molécula, trabajando en drogas nuevas para la anestesia, la cardiología, la psiquiatría, etc. Estudia el comportamiento humano, ha escrito «toneladas» de libros. Me han dicho que de pequeño encerraba saltamontes en una caja de zapatos para observarlos. ¡Creo que tenía cinco años! Es un superdotado.

Comenzó su carrera como cirujano de la Marina (los Laborit aman el mar) para dar después un viraje decisivo hacia la investigación biológica. ¡Ha hecho tantas cosas importantes! ¡Incluso ha colaborado en el cine! Alain Resnais hizo una película, *Mon oncle d'Amérique*, adaptada de su libro más célebre, *La Nouvelle Grille*. Un abuelo sabio.

Cuando era pequeña me llevó una vez a su barco. Abuelo marino, un bello recuerdo de sol y de mar.

Trabaja a menudo con ratones. Hay un ambiente extraño en casa del abuelo «labo»...

Hago las faenas caseras: limpiar las mesas embaldosadas donde hace los experimentos; barrer los excrementos de ratón; lavar las probetas, colocarlas en el esterilizador. Una o dos horas al día, todos los días excepto el domingo, me afano en ordenar el pequeño desorden de la gran investigación del abuelo. El alquimista de los descubrimientos.

Gano un poco más de dinero para las vacaciones. Julio se alarga en París. El sol de agosto de Ibiza me espera.

La playa. El mar. El sol. Me gusta tanto el sol... El sol de todas partes, de Marruecos, de España, de Grecia y de Italia. Un día iré a ver todos los soles del mundo.

El agua y el sol sobre el cuerpo todo el día. La inocencia, la voluptuosidad de las olas. La fiesta de la luz durante el día. La fiesta por la noche, cuando ésta se hace dulce, el aire en los cabellos, perfumada, vibrante sobre la piel dorada.

Me quiero un poco más.

Encuentro a algunos sordos por casualidad. Italianos. Españoles. Parloteamos, aprendo su «acento», sus signos, y ellos aprenden los míos.

Es la independencia total, con mi mejor amiga.

Ibiza me maravilla. Se habla de todo. Me pongo a leer de nuevo. Leo mucho. Existen otros placeres. Y, en primer lugar, el de la verdadera independencia: tener un billeteero, un presupuesto, dinero que una ha ganado y tener cuidado con lo que se gasta. No tener que rendir cuentas a nadie excepto a una misma. Sean las cuentas que sean.

Estoy mejor. Me encuentro bien. Cada vez mejor. Me siento responsable, libre, sin que nadie tenga ya autoridad sobre mí. Yo, conmigo.

Y no hago tonterías.

Mamá me ha telefoneado. Lo ha organizado para reunirse conmigo bajo mi sol, para anunciarme otro sol: Ariane Mnouchkine rueda una película. Necesita unos extras.

He de tomar el barco y el tren en seguida para llegar al lugar del rodaje: la Asamblea Nacional.

Tengo tanto miedo a no tener suficiente dinero para la vuelta, que le pido que me mande algo. En realidad, al llegar me doy cuenta de que no lo precisaba; ¡he controlado bien mi primer presupuesto de independencia!

Ariane ha escogido los extras de su película entre los actores del teatro del Sol; es el planeta Tierra en pequeño. Hay chinos, indios, negros y judíos, árabes, minusválidos, ciegos, enanos, sordos. Un calidoscopio, un ramo de flores distintas para asistir en la película a la declaración de los derechos del hombre. Es mi escenario. Soy una flor entre las otras, agitada por la vida en un rayo de sol de la cámara.

Mi papel ha durado treinta segundos. Yo escuchaba la enumeración de los derechos del hombre, un intérprete traducía y los sordos que estaban a mi alrededor decían: «Formidable, todos somos iguales, por fin tenemos derechos.» Yo era uno de ellos.

Ariane Mnouchkine impresiona por su autoridad y precisión. Eficaz, voluntariosa y sensible, está en todo, lo vigila todo. En el lenguaje de signos la llamamos «la mujer de los brazos sobre las piernas».

Entre los actores que dirige conozco a un armenio, Simon. Éste no utiliza ni la palabra ni el lenguaje de signos y, sin embargo, no tiene ninguna dificultad en comunicarse con los sordos. Ese hombre posee un don extraordinario para hablar con las manos. Una capacidad formidable para exteriorizarse.

Él y los demás me proporcionan el gusto de ir más lejos. De avanzar en el camino del teatro.

Después participé en la Fiesta de la Mirada, que reunía a sordos y oyentes para creaciones cortas de unos cinco minutos. Un tema para una de las fiestas fue lo Negro y lo Blanco. Pedí a mi tío que escribiera alguna cosa sobre el día y la noche. Éramos dos: Claire, la amiga de mi infancia, y yo. Yo era la noche; ella, el día. Habíamos traducido el diálogo al lenguaje de signos improvisando un poco.

CLAIRE DE DÍA: ¡Buenos días, señora!

EMMANUELLE DE NOCHE: ¿Por qué buenos días? ¡Sabéis que soy la noche! ¡Señor día, os burláis de mí!

Otra vez, siempre con Claire, éramos las dos manos. Claire, una mano; yo, la otra. Esas dos manos hablaban. Representábamos la riña, la separación, los reencuentros. Las manos que trabajan, las que no hacen nada. Las manos dominantes y las dominadas.

El tema siguiente era libre. Aparecíamos varias adolescentes vestidas de blanco a la luz ultravioleta. La historia era muy visual: un niño se duerme en la escuela y sueña. Había efectos especiales: se veía que su cabeza se separaba del cuerpo, que sus brazos y sus piernas se iban. El sueño se convertía en una pesadilla, un poco agitado; la cabeza parecía pasearse sola, el cuerpo sin cabeza iba por otro lado. Era muy bonito. El público aplaudió. Lo siento perfectamente. Lo veo, siento las vibraciones, la intensidad; hay un ritmo particular en cada público.

Me encanta el teatro, me encanta el escenario, me encantan los aplausos. Pero... haz primero el bachillerato.

SIDA IGUAL A SOL

Los sordos mueren, igual que los demás, por falta de información.

Antes, en mi loca «juventud», no pensaba en ello en absoluto. Habría podido dar con una persona seropositiva y quedar contaminada sin saberlo. Afortunadamente, en mi pandilla de amigos de diversión fumábamos a veces «petardos»; nada de jeringuillas, nada de heroína. Eso no excluye que no estuviéramos informados de nada, y que, por otra parte, el asunto nos importara un comino. A los diecisiete años tomo conciencia de ello.

Las campañas de información sobre el sida están hechas por los que oyen para los que oyen. No aparecen subtítulos en los videoclips de televisión. No aparecen subtítulos en las emisiones médicas. No me importa que no haya subtítulos en los *shows* de la tele; por el contrario, me choca el que la televisión se ocupe más de los índices de audiencia que de la información de la cual debe ser la primera responsable. El sida mata a los sordos por ausencia de información. Yo le llamo a eso denegación de auxilio a quien se encuentra en peligro de muerte.

Todo concurre a esta desinformación trágica. Ello abarca desde el médico, que no hace signos, a los padres que no educan, a los periódicos que raramente leen los sordos, a los hospitales en los que sólo se ocupan de informar a los que oyen.

Hasta la representación gráfica escogida para designar al virus HIV. ¿Puede sonreír un oyente al que se le diga que sida es igual a sol? Y sin embargo... Algunos sordos, afortunadamente no la mayoría, creen que el sol es el responsable de la transmisión del virus. Sencillamente porque el virus HIV con frecuencia está representado por un pequeño círculo de color naranja rodeado de espinas, que podría ser el símbolo del sol. Son esas espinas anaranjadas, que los diseñadores de la información oyente han encontrado espectaculares, las que crean la confusión.

¡Sida igual a sol, igual a peligro! ¡Tanto, que la única precaución que toman los sordos convencidos de ello es no exponerse al sol! Se alejan temerosos del símbolo de la vida sobre la tierra para no atrapar la muerte.

Otro ejemplo que conozco: un sordo al que su médico ha anunciado que su test es seropositivo. Para tranquilizarle, el médico le ha explicado que ser seropositivo no quiere decir tener sida, y que su estado no necesita ninguna precaución particular; entonces él supone: si no hay enfermedad, no hacen falta medicamentos... Vida normal. El sordo seropositivo sale de la consulta médica con una visión completamente deformada de su estado. Probablemente habrá propagado el virus sin saber lo que hacía. Es un error imperdonable.

Un amigo, Bruno Moncelle, me propuso participar en un grupo de voluntarios creado en 1989, en el seno de la asociación AIDES. Con otros amigos sordos seguí una formación para conocer mejor la enfermedad y estudiar con ellos el mejor medio de difundir información en nuestra comunidad.

No es suficiente proporcionar un consuelo afectivo a los enfermos. Es urgentísimo prevenir. Encontrar en lenguaje de signos una clave lo suficientemente clara para que el modo de transmisión del virus sea comprendido por todos. Organizar reuniones en los centros educativos para explicar de qué manera se contagia.

Con Bruno Moncelle oí, en algunas reuniones de información en las que participaba, respuestas espantosas. Él preguntaba:

—¿Alguien puede decirme cómo se contrae el sida?

—¿Cuando uno se besa?

—Cuando se tienen manchas en la cara...

—Cuando se tienen granos.

—No hay que besarse.

—No lo sé.

—Para mí el sida no es problema. No lo tengo.

Bruno explica que es necesario tener mucho cuidado porque no hay señales visuales, ningún medio de «ver» la enfermedad en una cara. Para los sordos, la ausencia total de señales visuales es una especie de ceguera. Un muro contra la comprensión. Una persona que adelgaza es quizás, sencillamente, una persona que no come; una persona que tiene manchas en la cara es, sencillamente, una persona que se ha expuesto al sol. Es del todo necesario hacerles comprender el aspecto solapado del virus. La ausencia de síntomas visibles.

Bruno explica que la enfermedad se manifiesta más tarde, después de la llegada del virus al cuerpo, porque el virus duerme durante mucho tiempo dentro del cuerpo, y después un día se despierta. Pone el ejemplo del huevo: durante mucho tiempo no se ve en absoluto lo que hay dentro de un huevo, y sin embargo dentro hay un polluelo. El huevo está incubado y un día saldrá el polluelo.

Pero el virus no es un bonito polluelo; es un vampiro. Que va a comerse el cuerpo por dentro.

Una imagen impresionó a los jóvenes: la del gran jugador de baloncesto norteamericano Magic Johnson, que tuvo el valor de anunciar públicamente su seropositividad. El mensaje se extendió especialmente entre los muchachos sordos, que ven mucho deporte en la televisión. Uno de los chicos pregunta si ese jugador de baloncesto, al que ha visto en plena forma, ya no puede jugar.

Tomo a mi vez el tema de Bruno para explicarle que el virus duerme, como el polluelo dentro del huevo. El jugador de baloncesto no está enfermo, pero el día que el polluelo monstruo se despierte dentro de su cuerpo, lo invadirá y para él se habrá terminado, ya no podrá jugar, estará muy enfermo.

Seguidamente, Bruno procede al reparto de preservativos.

La información al respecto es sencilla: si se hace el amor con un preservativo, no hay sida; sin preservativo, sida.

En la sección de sordos de AIDES inventamos un nuevo símbolo particular para describir el virus. La mano derecha, con el pulgar y el índice unidos formando un círculo y los otros dedos en el aire, separados, son las espinas. La mano izquierda se coloca debajo, abierta en forma de copa. De ese trabajo nació un vídeo informativo ¡que sigue esperando ser distribuido y mostrado!

Considero que este combate es extremadamente importante para mi comunidad. Desde los diecisiete años participo cada vez que me lo piden en la información sobre el sida. Todavía tenemos trabajo para abordar los diferentes modos de transmisión del virus. Pero el esfuerzo que exigimos de los poderes públicos es ir a las escuelas, formar grupos, organizar conferencias para los sordos. La inteligencia y el valor, la dedicación de Bruno Moncelle, merecerían no tan sólo estímulo, sino ayuda.

Me repito a mí misma: existen tres millones y medio de sordos que no sólo son llamados a votar, como todo el mundo, sino también a hacer el amor y tener niños, como todo el mundo; tienen derecho a ser informados, como todo el mundo.

SIDA IGUAL A SOL es demasiado bonito para un vampiro asesino de la noche.

ME PONGO NERVIOSA

En Francia, la educación de los sordos termina en el bachillerato. En los cursos Morvan lo preparamos en tres años. Algunos sordos llegan hasta la universidad. Una de mis amigas lo hizo. Es muy duro; el trabajo se multiplica por diez. Su compañero de clase oyente toma las notas, y seguidamente ella hace fotocopias. Cuando la persona que toma las notas no es un compañero, ha de arreglárselas de otro modo. Su compañero ha profesionalizado este quehacer: ahora sirve de enlace para los estudiantes sordos.

Cuando vuelve a casa, mi amiga estudia. Pero esas notas han sido tomadas por otra persona y ella no tiene en absoluto la posibilidad de remitirse, como los otros, a lo que habría «oído» y elegido dejar de anotar. Además, después de la clase no puede, como algunos oyentes, pedir al profesor una aclaración sobre tal o cual tema. Si se le escapa alguna cosa, tiene que arreglárselas más tarde. Una pérdida de tiempo.

Otro método: grabar las clases en magnetófono. Seguidamente su padre o su madre, que oyen, traducen la cinta por escrito. Todo esto lleva un tiempo enorme antes de que ella pueda trabajar eficazmente. Un día me dijo:

—Es un infierno, es absurdo, es un doble trabajo. Algunos de mis compañeros consiguieron aprobar una diplomatura elemental universitaria o una licenciatura, pero eso es excepcional.

Mi amiga es sorda profunda, como yo. Ha aprendido el lenguaje de signos no hace mucho, pero su padre no; no tiene, pues, ayuda por ese lado.

De todos modos, ha pasado el bachillerato, hecho un curso preparatorio de biología y de matemáticas especiales y ha repetido el primer año. Según mis últimas noticias, va a entrar en el tercer año.

Siempre se repite un curso cuando se es sordo. Es imposible hacer otra cosa asimilando el cincuenta por ciento del contenido de un curso, leyendo únicamente en los labios.

Eso me pone nerviosa.

Una compañera de los cursos Morvan dejó la escuela en segundo para seguir a sus padres, que se iban a provincias. Cuando estábamos en clase, a menudo me decía:

—Tu madre hace signos; es formidable, extraordinaria.

Ella habría querido vivamente que sus padres se introdujeran en ello. Cuando yo iba a pasar la noche con mi compañera cenábamos con su familia. Evidentemente, yo no iba a callarme toda la velada. La primera vez me expresé en signos con ella. Inmediatamente sus padres me hicieron parar:

—No; es preciso que te expreses oralmente.

—Pero es a ella a quien hablo. ¡No voy a hablar a una sorda!

¡Yo encontraba esa situación tan artificial, tan estúpida! Hablarles a los dos, de acuerdo, dado que no conocen mi lenguaje. Pero ¿a mi compañera?

—Perdone, pero me parece ridículo hablar oralmente con ella.

—Habla, porque si no, no comprendemos lo que dices.

¡No sólo la privaban de expresarse con naturalidad conmigo, sino que además querían comprender todo lo que se decía! Pero ¿dónde está la libertad en esta historia?

Mi compañera se rebeló. Más tarde me explicó que las relaciones con sus padres eran completamente absurdas. Disputas monstruosas. Llegaba hasta el extremo de estallar y lanzar los muebles al suelo, tal era la necesidad que tenía de desahogarse físicamente. Su padre era violento. El ambiente era perpetuamente agresivo, conflictivo.

Yo estaba alucinada por un comportamiento semejante. No podía imaginar una relación parecida con mi padre o mi madre.

Finalmente ya no podía soportar ir a su casa, y era ella la que venía a la mía para poder hablar con libertad. Sin embargo, se obligaba a expresarse oralmente con mi madre aunque ésta conociera el lenguaje de signos francés.

Nos desahogábamos por la noche durante horas, parlotando en la habitación. Ella me contaba su vida; yo, la mía. Eso la aliviaba.

Sus padres tenían de ella una imagen negativa. La consideraban una minusválida, una enferma. Su hija no sería nunca «normal» a menos que escondiera su sordera y le obligaran a hablar. Ellos piensan, como lo hacen muchos, que el niño no hablará nunca si utiliza los signos. Eso no tiene nada que ver. A la edad de siete años yo hablaba, pero decía cualquier cosa. Con los signos empecé a hablar mucho mejor. El francés oral ya no era una obligación y, por lo tanto, psicológicamente era más fácil de aceptar. Seguidamente tuve acceso a informaciones importantes: los conceptos, la reflexión; la escritura se convirtió en más sencilla, la lectura, también. He hecho tales progresos, que considero una gran injusticia privar a un niño de eso. No hay que pensar que es necesario que el niño hable para poder escribir y leer. Cuando leo una novela, asocio instintivamente el signo que corresponde a la palabra que leo. Seguidamente la leo más fácilmente en los labios de quien la pronuncia. Mi memoria visual asocia perfectamente incluso la ortografía francesa. Una palabra es una imagen, un símbolo. Cuando me enseñaron «ayer» y «mañana» en lenguaje de signos, comprendí el sentido, pude hablar oralmente con más facilidad, escribir con más soltura.

Una palabra escrita a la cabeza de una palabra, como un payaso a la cabeza de un payaso, mamá la cabeza de mamá, mi hermana la cabeza de mi hermana. ¡Puedo reconocer la cabeza de una palabra! ¡Y dibujarla en el espacio! ¡Y escribirla! Y decirla. Y ser bilingüe.

Me pongo nerviosa. Pero para mi compañera es importante. No me gustaría estar en su lugar. Sus padres sienten por ella un amor egoísta. Quieren que se parezca a ellos. Los míos aceptaron maravillosamente mi diferencia y la comparten conmigo. Ella no puede compartir nada importante con su madre. ¿Cómo decirle lo que ella siente profundamente, todos sus problemas de niña, de jovencita, sus historias de amor, sus decepciones, sus alegrías?

La comunicación sigue siendo superficial, con las palabras que ella utiliza. En esas condiciones, es normal que se entienda mal con sus padres. Éstos no saben nada o casi nada de ella, y mi amiga no sabe nada de ellos. ¡Se siente tan sola!

Un caso peor todavía. La sorprendente historia de una amiga que ha vivido en un ambiente familiar que me cuesta creer que exista. Sylvie, hasta la edad de quince años, estaba convencida de que era la única sorda del mundo. LA ÚNICA. No se trataba de un simple estado de espíritu; era

la realidad. Sus padres le habían dicho, sencillamente, que era la única representante de la raza de los «duros de oído». El monstruo excepcional. Un caso de circo, ¿por qué no? Y ella se hizo mayor en la ignorancia, en la soledad de una diferencia única. Esforzándose desesperadamente en hablar como papá, como mamá, como los pequeños camaradas de la escuela de oyentes. Mi amiga llevaba a solas su «maldición».

Cuando era pequeña y me dijeron que era sorda, creí que tenía el nervio auditivo podrido. Lo veía así. En imagen. En seguida mis padres me dijeron:

—Que no, tu nervio no está podrido; está ahí, es como el nuestro, pero no funciona.

Ésa es la imagen de la sordera que conservé después: mi nervio no funciona. Gracias. Es la verdad y, además, es sencillo.

Pero ¿y para Sylvie? Ni siquiera una imagen. Nada. Porque ella no posee la verdad.

Pero como la verdad termina siempre por saberse, uno de sus compañeros de clase traicionó el secreto familiar. Hizo comprender a Sylvie que existían otros sordos tal cual y que él mismo había encontrado algunos en la estación del suburbano. Sylvie no lo creyó. Para ella se trataba de cuestionar la sacrosanta palabra de sus todopoderosos progenitores. Sentía por ellos una devoción total. Forzosamente ella, «la anormal única en el mundo», se sentía a la vez culpable de existir y afortunada de existir gracias a ellos. Pero esa historia la atormentaba. Tenía necesidad de saber, de borrar la incertidumbre. Hizo una apuesta con su compañero oyente, decidida a verificarlo ella misma, segura de que sus padres tenían razón.

Un viernes, después de la escuela, se van los dos al metro. Las vísperas de fin de semana pululan por la estación, literalmente, los jóvenes sordos. Todas las nacionalidades se juntan en aquel lugar y todo el mundo gesticula y habla con entusiasmo.

Sylvie miraba esa multitud que casi bloqueaba la estación. ¿Qué es lo que hacían? ¿Por qué aquellos gestos? ¿Qué es lo que quería decir eso? Acabó por comprender que todos eran sordos. El choque fue tan grande, tan violento, que se puso a vomitar, sacudida hasta el fondo de sus entrañas, el cerebro saliéndosele. ¿Sordos a decenas, a cientos? No conseguía aceptarlo. No podía admitir lo que descubría a los quince años.

Al volver a su casa, el drama. Sus padres fueron víctimas de su silencio culpable, inaceptable. Sylvie se desató. Cólera, humillación, furor. ¿Cómo sus propios padres habían podido ocultarle la verdad hasta ese punto? La respuesta de sus padres fue: «Era por tu bien».

Señor, señora, era para alejarla de aquellos que se le parecen. Para que los vecinos no lo supieran. Para que su hija, señor, señora, se esforzara en hablar, en parecerse a ustedes, no a ella. ¡Sobre todo no a ella!

Sylvie exigió a sus padres cambiar de escuela para encontrarse con sordos. Se puso a hablar el lenguaje de signos con mucho valor, poco a poco; con muchas dificultades, pero también con convicción, supo integrarse en un mundo donde, después de todo, ella seguía siendo marginal, tanto de un lado como del otro. Después, al cabo de los años, su comportamiento cambió. El lenguaje de signos le permitió abrirse, ser feliz. Me dice que ha perdonado a sus padres. Quiero mucho a Sylvie por su valor. Por lo que ha vivido y superado.

¡Quince años de engaño! Eso me irrita.

Es como en política. Cuando hay un debate político en la televisión, nunca lleva subtítulos, excepto algunos discursos de François Mitterrand, y eso que nosotros somos tres millones y medio de sordos y, que yo sepa, no nos han retirado el derecho a votar. Están los diarios, naturalmente;

pero lo que dice un político en un momento determinado, su expresión y la manera como lo dice, las palabras que utiliza, todo eso también cuenta.

En un club de motociclistas sordos, un día tuve la sorpresa de oír tesis racistas. El único político un poco comprensible para ellos cuando leían en sus labios era un señor cuyo nombre no deseo escribir aquí. En absoluto.

Oí que esos jóvenes sordos me decían:

—Hemos votado por él porque utiliza palabras sencillas, se lee fácilmente en sus labios. Articula bien. A los otros no se les entiende nada cuando hablan.

«Francia para los franceses», ¡eso se lee bien en los labios! Pero lo que eso esconde, el racismo, la exclusión, todos los peligros que pueden adivinar los que oyen, no representa nada para esos jóvenes sordos. ¿Quién ha acudido a la televisión subtitulada para decirles: «Lo que dice ese hombre no es humanamente tolerable»? Que entonces le puedan elegir sí les concierne, pero lo que me pone furiosa es que no tengan esa posibilidad.

¡Estoy asombradísima de que esos pobres chicos voten fundándose simplemente en lo que consiguen leer en los labios de aquel hombre! ¡O que no voten porque no han entendido nada en los labios de los demás! Les he explicado:

—Un día, en la historia, otro hombre que articulaba muy bien, que gritaba cada sílaba, pegó una estrella amarilla a los judíos, un triángulo rosa a los homosexuales y un triángulo azul a los minusválidos. Entre éstos se contaban los sordos. Estrellas y triángulos fueron exterminados cada uno por su color. Ese hombre esterilizó a los sordos para que no tuvieran hijos.

Es necesario que los políticos hagan un esfuerzo, aparte del subtulado oficial que acompaña el discurso de Navidad del presidente de la República. ¡No es en Navidad cuando se vota!

Eso me disgusta.

En una ocasión celebramos un coloquio con el ex ministro francés de minusválidos y accidentados; él mismo iba en una silla de ruedas. Era un hombre amable, pero:

Primer punto, ignoraba totalmente lo que representaba el mundo de los sordos.

Segundo punto, se obstinó en decir:

—Debéis empezar por hablar, para poder integraros en el mundo de los que oyen.

¿Cómo entendía él la palabra integración? ¿Dónde estaban las escuelas que, como le decíamos, precisábamos para progresar en nuestras dos lenguas? ¿Dónde estaban los hogares para jóvenes sordos? ¿Los centros de información sobre el sida para todos los sordos? ¿Dónde estaban todas nuestras reivindicaciones?

Él no sabía sino repetir:

—¡Hablad y os integraréis!

Por último, un sordo se levantó, irritado, y le respondió:

—Si yo tengo que hablar, ¡entonces levántate y anda!

¿Lo dijo con mala intención? Seguramente. Pero era también humor negro. Eso a veces ayuda.

Los políticos me dejan desolada. Son como el violín. Ya he dicho que no percibo ninguna vibración del violín. Demasiado alto. Demasiado complicado. Demasiado sinuoso. Imposible de imaginar como música.

Tengo necesidad de tener los pies en el suelo para oír una música realista.

Eso me pone nerviosa.

SILENCIO BACHILLERATO

Si tuviera un profesor de francés capaz de hacer signos como mi madre (incluso con las faltas que ella comete todavía y que me hacen reír), tendría menos miedo al bachillerato. Leo en los labios. Es necesario que llegue a deducir de lo que veo en los labios UNA palabra, después una segunda palabra hasta, finalmente, construir UNA frase. En total habré pasado diez años en los cursos Morvan. Es una escuela privada, oralista, pero le agradezco la enseñanza que he recibido.

Paso mi tiempo entre diccionarios y libros. Para encontrar el sentido preciso de una frase que he entendido en los labios de un profé. Empollo el curso. Curro a veces hasta las dos o las tres de la madrugada, como una loca. El bilingüismo me ayuda enormemente. La ortografía marcha. Visualmente, recuerdo muy bien un error. Por el contrario, la formación de las frases, los «aunque», «mientras»..., son complicados. No tenemos la misma gramática en el lenguaje de signos. Y siempre quiero hacer una buena construcción en francés de la frase, tener un buen estilo. Porque quería que fuese académico. Impecable.

Mi hermana, que me aventaja mucho en ese plano, a la que he enseñado a hacer signos perfectamente, y orgullosa estoy de ello, corrige ahora mis textos franceses. Marie dice:

—¿Qué significa ese «porque»? ¿Por qué lo has puesto ahí? Has empleado demasiados quién y qués, y no en el lugar adecuado.

Leo montones de diarios, leo hasta que no veo con claridad. Tengo la cabeza embutida de tantas cosas, que debo de ofrecer un aspecto completamente embrutecido por momentos.

Forma parte de mi naturaleza el superarme, ir hasta el final de las cosas que emprendo. Cuando decido conseguir un objetivo, no abandono. No me detiene nada, o casi nada. Gaviota tozuda. Gaviota obstinada, cansada.

1991, año del bachillerato para Emmanuelle Laborit. Primer examen.

Tengo diecinueve años. Estoy asustada. Muerta de miedo.

Siento tantos deseos de que me salga bien, he trabajado tanto por la noche, por el día, y tengo tanto pavor, que el día del examen pierdo todas mis facultades. Es un fracaso.

Es duro un fracaso como éste, y además tan idiota. Es el miedo lo que me ha vencido.

La gaviota se siente desanimada. Tengo verdaderas ganas de dejarlo.

En el fondo, ¿es que verdaderamente tengo necesidad del bachillerato? ¿Y si lo dejo correr? Mamá y papá dicen:

—No. No lo hagas. Aguanta. Vuelve a empezar. Si abandonas, no tendrás elección para el futuro. Ve a por ello, aprieta.

Vuelta a empezar. Haz primero el bachillerato.

Para no desanimarme por completo, para aferrarme a ese «Haz primero el bachillerato», suplico a mis padres que me dejen seguir además unos cursos por correspondencia para poder recuperar el cincuenta por ciento que me falta de la geo, la filo, la historia, el francés, el inglés, la

bío y el resto. En mates menos mal; tenemos los signos.

Siento necesidad de leer el máximo posible, de escribir el máximo posible. Me gusta la historia, pero para tratar un tema de historia por escrito la memoria no es suficiente; es necesaria una redacción perfecta.

En los cursos Morvan soy uno de los pocos alumnos que leen tanto. En general, los sordos no leen mucho. Tienen dificultades. Mezclan los principios del lenguaje oral y del lenguaje escrito. Para ellos, el francés escrito es una lengua de oyentes. Yo digo que la lectura está cercana a la imagen, a lo visual. Pero es un problema de educación. Me han enseñado a amar las novelas, la historia, y si se me escapa alguna cosa en una lectura, consulto el diccionario. A mis padres les gusta leer y escribir; ellos me han contagiado.

Inflación. Deflación. Economía mundial. Filosofía. El Minitel funciona mucho entre compañeros y futuros bachilleres. Uno de ellos, además, hace enormes progresos en francés gracias al Minitel. Era una nulidad, y su uso le ha obligado a escribir. Ahora se vale de la escritura. Su gramática todavía tiene lagunas, pero su vocabulario se ha enriquecido.

Ese oral me da un miedo azul, como se dice en francés. Yo puedo añadir verde. Negro.

1992. Pronto cumpliré veinte años. Última tentativa.

SILENCIO MIRADA

Un trimestre todavía. ¡Es entonces cuando el silencio, con todos sus hijos, me cae sobre la cabeza!

Vi la obra *Les Enfants du silence* cuando tenía diez años, en el estudio de los Campos Elíseos, con mis padres. Una obra de Mark Medoff que escribió para una amiga, una actriz sorda, Phylis Freylick. El papel femenino lo interpretaba entonces Chantal Liennel, la que me dio mi nombre de la infancia, «sol que sale del corazón».

A los diez años no lo comprendí todo. Recordaba más bien el ambiente del espectáculo. Un escenario, unos personajes, un hombre que oye, una mujer que habla por signos. El combate entre los dos mundos.

Mamá me dice:

—Emmanuelle, un realizador quiere verte a propósito de una nueva puesta en escena de *Les Enfants du silence*. Te he concertado una cita con él.

Emoción. Palpitaciones.

El día anunciado se presenta. Con un gran abrigo y un traje elegante. Yo, una estudiante con tejanos y camiseta.

Una mirada. Algo pasa en esa mirada.

Las manos hablan mi lenguaje.

Jean Dalric me dice inmediatamente:

—¡Usted es físicamente la que necesito para el papel de Sarah en *Les Enfants du silence*! Mucha gente ha intentado disuadirme de contratar a una actriz sorda para esta obra. Pero yo ya he tomado mi decisión. Es terrible rechazar a los sordos en el mundo del trabajo y de la cultura. ¡Es una vergüenza!

Un día le pregunté por qué se interesaba tanto por el mundo de los sordos, por qué se había comprometido tan a fondo en favor de los sordos, qué era lo que le unía tan fuertemente a ellos. Silencio... Reflexionó y me respondió, turbado por esta pregunta:

—No lo sé; tengo la impresión de ser de la misma familia.

¡Sarah, el principal papel femenino!

Mamá dice:

—Cuidado; Emmanuelle es una actriz aficionada. Nunca ha actuado profesionalmente, sino sólo por gusto. No le haga albergar ilusiones con un papel que quizás no pueda interpretar.

Mamá desconfía de él. Teme que le haga falsas promesas a su gaviota. Es una reacción maternal. Desconfía de todo lo que pueda dañarme. Pero ese hombre no quiere perjudicarme.

Si hay que desconfiar, seré yo quien desconfíe, mamá. Soy mayor.

Jean me pregunta si podemos reunirnos regularmente para hablar y permitirle apreciar mis aptitudes de actriz. Desconfío.

—Usted dice que me quiere para ese papel, pero puede equivocarse en cuanto a «mí».

—Raramente me equivoco en la vida.

Confiar en un desconocido no es algo evidente, sino instintivo. Aún no sé si podré interpretar el papel de Sarah en *Les Enfants du silence*. Es un papel duro. No sólo hay que interpretarlo, sino vivirlo interiormente. No tengo experiencia.

Hay pocas actrices sordas; en Bélgica, el papel fue interpretado por una persona oyente. La película americana basada en la obra tuvo un éxito enorme y un premio de interpretación, el Oscar de Hollywood.

Es grandioso repetir ese papel.

Nos vemos durante nueve meses para dar a luz a Sarah.

Miradas.

Cuanto más nos vemos, más hablamos, más preguntas le hago sobre el personaje de Sarah, más paciente es él, más atraída me siento. Pero soy yo quien dice:

—Primero voy a acabar el bachillerato.

—De acuerdo, pero antes necesito que me respondas. Montar una obra así no es fácil.

Silencio. La gaviota reflexiona.

Aquel hombre me atrae; la obra, el papel, todo me atrae. Hacer teatro me apasiona. Nunca me habría atrevido a imaginar una proposición semejante. Pero no quiero comprometerme tres meses antes de finalizar el bachillerato.

Pulsiones durante el sueño. Pasiones en espera. Es preciso que alcance la meta por mí misma.

—Si pasas el bachillerato interpretarás mejor todavía. Sé que eres capaz de hacer ese papel.

¡Además, lo ha dicho seriamente!

Mirada. Me gustas, mirada. Nos volveremos a ver, mirada.

Dentro de tres meses.

SEÑOR IMPLANTADOR

Un día Marie y mi madre discutieron sobre una eventual operación milagrosa e improbable que convertiría en oyentes a los sordos. Hablaron de mí, preguntándose si la aceptaría.

—Marie, ¿por qué dices que no en su lugar? Quizás Emmanuelle aceptaría.

—¡Me extrañaría mucho! Conozco a mi hermana como si fuera obra mía, y sé que se negará.

Las dos lo debatieron durante un rato y luego hicieron una apuesta. Marie vino a explicarme el asunto, muy excitada y segura de tener razón.

Tenía razón. Sigue teniendo toda la razón.

Marie conoce todo lo mío mejor que nadie. Y en cuanto a este tema podía, en efecto, responder en mi lugar.

Yo me negaría. Yo llamo a eso la purificación. Pero en cuanto se pronuncia el término «purificación», uno debe explicarse. Tengo problemas con mi padre a este respecto. Él no está de acuerdo con dicho término. Dice:

—Cuidado, no digas tonterías...

Pero él es ÉL. Oyente. Yo soy YO. Muda.

Purificación no quiere decir que hable de racismo.

Somos una minoría de sordos profundos de nacimiento. Con una cultura particular, un idioma particular. Los médicos, los investigadores, todos los que a toda costa quieren hacer de nosotros unos oyentes como los demás, me ponen los pelos de punta. Convertirnos en oyentes es aniquilar nuestra identidad. Querer que ningún niño sea «sordo» desde el nacimiento es querer un mundo perfecto. Como si se quisiera que fueran todos rubios, de ojos azules, etc.

Entonces, ¿ya no habrá más negros, ya no habrá más duros de oído?

¿Por qué no aceptar las imperfecciones de los demás? Todo el mundo las tiene. Comparada con vosotros, oyentes, Emmanuelle es imperfecta. Hay que nacer con orejas que oigan, con una boca que hable. Igual. Lo más idéntico posible al vecino. Me comparo con los indios de América del Norte, aniquilados por las civilizaciones europeas y cristianas. También ellos hablaban mucho con signos y gestos; vaya..., es extraño.

Los otros oyen; yo, no. Pero yo tengo mis ojos, y ellos forzosamente ven mejor que los vuestros. Tengo mis manos que hablan. Un cerebro que acomoda las informaciones a mi manera, según mis necesidades.

No voy a trataros de imperfectos a vosotros, los que oís. Además, no me lo permitiría. Por el contrario, deseo la unión entre las dos comunidades, con respeto. Yo os doy el mío; espero el vuestro.

El mundo no puede y no debe ser perfecto. Ésa es su riqueza. Aunque un investigador consiguiera detectar EL gen que hace que los niños nazcan sordos profundos como yo, aunque consiguiera «apañar» ese gen, yo rechazo el principio.

Comprendo perfectamente que los adultos que se vuelven sordos pidan ayuda después de haber oído. Ellos se convierten en minusválidos de forma brutal. Se ven privados de un sentido al que estaban acostumbrados, de su cultura, de su modo de funcionamiento, de su forma de utilización finalmente. Pero que no se toque a los niños que nacen como yo. A todas las pequeñas gaviotas de mi tribu que hay por todo el mundo. Que les dejen la elección, la posibilidad de realizarse en las dos culturas.

La historia de los sordos es una larga historia de combates. Cuando, en 1620, un fraile español inventó los rudimentos del lenguaje de signos, desarrollado posteriormente por el abate de l'Épée, nadie sospechaba que la formidable esperanza que habían proporcionado al mundo de los sordos iba a extinguirse brutalmente. El abate había fundado un instituto especializado en la educación de los sordos.

En el siglo XVIII fue tal su fama, que el rey Luis XVI acudió para admirar su enseñanza. Era una revolución, y toda Europa se interesó en ella.

En el siglo XIX llega la prohibición oficial. La «mímica», así se le llama, debe desaparecer de las escuelas. Rechazada por indecente y por impedir, presuntamente, hablar a los sordos. Fue descartada porque se catalogó como «¡lenguaje propio de monos!».

De este modo obligaron a los niños a articular unos sonidos que nunca habían oído y no oirían nunca. Hicieron de ellos unos subdesarrollados. Médicos, educadores, Iglesias..., el mundo de los oyentes se unió contra nosotros con una violencia increíble. Sólo reinaba la palabra.

Hubo que esperar el decreto de enero de 1991 para que se levantara la prohibición. Para que los padres pudieran elegir el bilingüismo para sus hijos. Una elección importante, porque permite al niño sordo tener su propio lenguaje, desarrollarse psicológicamente y también comunicarse con los demás en francés oral o escrito. Transcurrió un siglo de lo que llamo terrorismo cultural por parte de los que oyen. ¡Es absurdo! Un siglo sombrío durante el cual, en Europa, los sordos, privados de la luz del saber, debieron someterse. Mientras que en esa época, en los Estados Unidos por ejemplo, el lenguaje de signos era un derecho y se convertía en una verdadera cultura.

Pero ahora, con el progreso científico y médico, con la invención del implante coclear, la hegemonía de los que oyen sobre nosotros va más lejos todavía.

El implante, esa máquina infernal, convierte las ondas sonoras en corrientes eléctricas. Hay que colocar electrodos de platino en el oído interno. Estos electrodos van conectados a un microordenador implantado bajo el cuero cabelludo por unos quince relés. Una pequeña antena escondida detrás de la oreja y conectada a una caja, transmite al ordenador los sonidos del mundo exterior. El microordenador no tiene más que hacer que codificar los sonidos para volverlos a mandar en forma de señales al nervio auditivo. La persona que lo lleva debe aprender a descifrar.

Desde 1980, fecha de las primeras operaciones, se oye hablar de ello por todas partes en el mundo de los sordos. Los que rechazan este procedimiento, como yo, son considerados como un puñado de irresponsables, de militantes superados por la ciencia. De nosotros dicen:

«Ellos denuncian una tentativa de purificación étnica de la población de los sordos; es ridículo».

O bien:

«Su lenguaje de signos es violento; no es sorprendente que nos rechacen y que los rechacemos».

Y aún más:

«¡El lenguaje de signos es una antigualla que convierten en un poder!».

¿Quién habla de violencia? ¿De poder? ¿De rechazo?

Yo no, en todo caso. Si rechazo esta «técnica quirúrgica», es porque soy adulta y tengo derecho a rechazarla. Por el contrario, el bebé de tres o cuatro años a quien se le impone ese «trasto» no tiene nada que decir. Yo sí que lo tengo. Como de costumbre, me irrito cuando discuto sobre ello. Y en lenguaje de signos eso se nota.

Ninguno de los médicos que pretende un milagro con ese artefacto habla el lenguaje de signos. Lo que quiere es que el sordo oiga como él. Que hable como él. Lo que pretende es que gritemos al lobo. Nos tacha de «puñado de militantes manipulados» que temen que desaparezca el «poder» del lenguaje de signos.

Ningún «poder», señor cirujano; «cultura».

Usted no habla de cultura, dulzura, intercambio; usted habla de cirugía, poder del bisturí, de electrodos, de signos codificados.

Sin contar con que usted no reconoce honradamente los estragos que esta cirugía puede causar.

Usted no está seguro de sus electrodos, señor implantador. Éstos pueden estropearse en diez o veinte años. Usted no tiene la perspectiva suficiente para ser tan perentorio. No puede hacer cualquier cosa.

Usted ignora el umbral de tolerancia individual a la recepción de esos sonidos codificados. Los adultos se quejan de ellos; los niños pequeños no pueden controlar por sí mismos el aparato y cerrarlo cuando sufren por su culpa. Ellos padecen.

Usted da unos resultados positivos que es difícil rebatir, porque no podemos controlarlos. Resultados llamados «variables»: 50% de éxitos; 25% de resultados mediocres, que todavía necesitan leer en los labios, después de una larga reeducación, y de servirse del aparato en un ambiente no ruidoso (¡qué progreso!); finalmente, un 25% de malos resultados. Estos últimos no oirán más que ruidos no identificables y desconectarán definitivamente sus aparatos.

¿Y usted pretende imponer una estadística semejante? ¿Por qué no aceptar una evaluación imparcial?

¿Qué se hace cuando uno se encuentra dentro del 25% de malos resultados a los tres años de edad? ¿Ir a verle veinte años después para protestar?

No se puede. ¡No puede hacerse nada, y usted lo sabe! El implante causa estragos irreversibles. Si aún había algunas posibilidades auditivas en la cóclea del implantado antes de la operación, quedan destruidas definitivamente. Sea cual sea la edad.

Algunos famosos investigadores hablan de «códigos de entrada biológicos» de los mensajes sonoros sobre el nervio auditivo, los «índices neuronales». Su funcionamiento es todavía desconocido. El día en que los investigadores hayan descifrado esos índices, ¿está seguro de que usted no tendrá también el aspecto «de una antigualla»?

Usted no quiere oír la historia de esa niña pequeña implantada que dice, llorando:

—Tengo una araña en la cabeza.

Porque no consigue, a pesar de la reeducación intensiva realizada después del implante, decodificar convenientemente los sonidos.

¿Nunca ha oído hablar de aquella joven que se suicidó tres años después de hacerle el implante, porque no soportaba más, psicológicamente y nerviosamente, el nuevo ruido del mundo?

El implante es una violación. Que el adulto lo acepte, es cosa suya. Pero que los padres sean cómplices de un cirujano para imponer esa violación a su hijo, me causa pavor.

Su «oído electrónico» me da miedo, señor implantador. Usted va demasiado lejos. Asómese por encima de su deontología; primero escúchela. Debe de murmurarle alguna cosa.

Como de costumbre, usted ondea la bandera de la ciencia, del progreso. Pero ignora al ser humano sordo del cual habla. Su psicología, sus logros. Ignora el porvenir del pequeño niño sordo que usted quiere modificar.

El sordo tiene una calidad de vida. Una adaptación a esa vida. Él se expande con el lenguaje de signos. Llega a hablar, a escribir, a conceptualizar con la ayuda de dos lenguajes diferentes.

De todos modos, los niños sordos de padres sordos no tienen otra elección. Es cierto que la sordera en familia conforma un mundo diferente al suyo. Acéptelo.

Todos esos sonidos que ustedes disfrutan, esos ruidos, los imagino a mi manera. Su descubrimiento brutal sería seguramente decepcionante, traumatizante, infernal para vivir. ¿Concebir el mundo de manera diferente a como lo ven mis ojos? Imposible. Perdería mi identidad, mi estabilidad, mi imaginación, me perdería a mí misma. El sol que sale del corazón se perdería en un universo desconocido. Me niego a cambiar de planeta.

En una ocasión una niña me preguntó, temerosa:

—¿Por qué dicen que está bien poner un aparato dentro de la cabeza? ¿Es malo ser sordo?

A veces me pregunto si todo esto no esconde un *lobby*, como se dice, de los fabricantes de esos aparatos. ¿Es quizás un mercado importante para hacer tanto ruido? Al precio del implante, que va de los cien mil a los ciento cincuenta mil francos...

Ese mundo del ruido, de su ruido, no lo conozco y no me hace falta. Doy gracias a mi familia, que me ha proporcionado una cultura del silencio. Hablo, escribo en francés, hago signos; con todo eso ya no soy una gaviota que grita sin saberlo.

Me parece que ese implante se parece extrañamente a aquellos aparatos que los militares norteamericanos implantaban a los delfines para intentar comprender su lenguaje y hacer experimentos. Experimentos...

Desde hace una veintena de años, en cierto modo mi edad, algunos médicos, no todos, han proclamado sin cesar: «¡Los sordos van a oír a Beethoven!». Al principio era para el día siguiente. Después fue para un «futuro próximo». Más tarde hubo necesidad de opiniones particulares. Después se echaron atrás en el diagnóstico, hablando de no tocar las sorderas antiguas de más de diez años. Después decidieron que había que implantar a los niños sordos en los primeros años de vida, antes de que su cerebro auditivo se atrofie. Como si hubiera de hacerse deprisa, deprisa, antes de equivocarse.

Las ideas van y vienen, la información está mal hecha, nadie está seguro de nada, cada caso es uno en particular, y nadie puede jurar que la experiencia tendrá éxito en este o aquel sordo. ¿Es necesario además no decirlo?

Es verdad; no me gusta este aspecto experimental sobre un ser humano. Y sin ser una militante activista que esté encolerizada las veinticuatro horas del día, tengo derecho a decir lo contrario de lo que usted dice, señor implantador.

Mi padre vino con unos maestros especializados, psiquiatras, abogados, médicos otorrinos, a una reunión de reflexión organizada para los sordos. Teníamos que meditar juntos sobre el problema de los implantes. Una niña sorda se puso a hablar de la sordera como de una minoría racial. Sus padres son sordos; le preceden diez generaciones de sordos; no hay una sola persona que oiga en la familia. Ella concibe, pues, la sordera como una raza aparte. Mi padre se puso furioso. Estaba sorprendido; no podía aceptar el término. Era la primera vez que le veía tan encolerizado.

—¿Qué es lo que quiere decir la palabra «raza»? ¿Que volvemos al fascismo? ¿Acaso queréis reivindicar también la raza aria? ¿Quién soy yo respecto a mi hija? ¿Queréis decir que soy de una raza diferente a la de mi hija? ¡Somos de la misma raza!

Intervine para decirle a esa joven:

—La palabra «raza» no me parece en absoluto adecuada para la comunidad de sordos.

—Pero ¿por qué tu padre se ha enfurecido?

—Escúchame. El esperma que me ha dado la vida es el suyo. No viene de un sordo. No es un sordo el que me ha dado la vida; es un oyente. ¡La sordera no tiene nada que ver con una raza!

Ella acabó por comprender que yo tenía razón. Era la primera vez que veía a mi «progenitor» en semejante estado de furia.

Pero volveremos a hablar del implante, padre mío. En los dos lenguajes. Porque tú has aceptado mi diferencia y me has amado lo suficiente para compartirla.

¿Acaso un médico de implantes no se equivoca nunca?

¿Quién lo ha dicho? ¿Hipócrates?

DESPEGUE

Sarah, hija del silencio. Sarah sorda, negándose a hablar. Sarah violenta, oprimida. Sarah sensible, enamorada. Sarah desesperada.

Dos actrices sordas formidables han representado este papel antes que yo. ¿Seré capaz de hacerlo?

Pienso en ello, pienso en ello, vuelvo a pensar una y otra vez.

He aprobado el examen escrito. La cosa va mejor. Temo menos al oral que al escrito. Era duro expresarse tan rápidamente como con la pluma. Cuidar las frases. El examen oral me conviene más. Para una gaviota supuestamente muda, eso puede parecer extraño. Pero es así. Me gusta más hablar que escribir.

Vuelvo a pensar. Al principio, la filo me planteaba algún problema, me sentía un poco ahogada. Creo que para los sordos con fracaso escolar debe de ser difícil expresar lo abstracto. He tenido que dedicarme a ello seriamente. Tuve algún retraso en tomármelo en serio... Y después comprendí. Soy capaz de hablar de la consciencia, de la inconsciencia, de las abstracciones, de la violencia física y de la violencia verbal, de la verdad y de la mentira.

He trabajado tanto, que tengo cara de gaviota enferma.

Aprueba el bachillerato, Laborit. Te han prometido el teatro como recompensa.

—Mademoiselle Laborit, hábleme del mito de la caverna. Desarróllelo...

El oral. Pregunta de filo sobre la verdad según Platón. Es difícil, difícil. Sin embargo, lo consigo. Para hacer el bachillerato francés, el año anterior le dije al examinador que era sorda. Pedí un intérprete, cosa a la cual, normalmente, puedo pretender que tengo derecho. Pero no es una cosa evidente. Tuve que pelear para conseguirlo. Y lo conseguí. No quería a mi lado un profesor que me tutelase o a mi madre. No voy a dejar que me tutelen toda la vida. La vida no es eso. A ese intérprete no le conozco, y él no me conoce. Simplemente va a traducir mis palabras.

El examinador de filo es simpático. Mi caso le interesa. Plantea muchas preguntas sobre lo que quiero hacer más adelante. Yo hablo de teatro; él me habla de arte. A él le gustaría parlotear más, pero no estamos allí para eso. Conexión con el tema.

Empiezo con convicción.

¿Las sombras de la caverna son realidad o ilusión, verdad o mentira?

Han pasado dos años; lo he olvidado un poco... En todo caso, creo que desarrollé bien el tema.

«Los hombres prisioneros de la caverna, privados de la luz natural, tienen una visión deformada a la luz del fuego o de las velas. Ellos ven sombras. No ven más que una parte deformada de las cosas... Cada cosa es una idea; el hombre debe ir en busca de la verdad de las cosas. La luz natural, el sol, simbolizan esta verdad, la de lo hermoso, la del bien.»

Sol igual a verdad. Luz igual a verdad. Oral igual a verdad.

Hablé hasta el punto de sentir dolor en las muñecas y en la garganta.

Al final del mito de la caverna, el sol que sale del corazón, agotado, se ve gratificado con un hermoso ¡16 en filo!

Gracias, sol de Platón.

¡Tengo el bachillerato! ¡Y, además, con una buena nota!

Vuelo. Vuelo hacia el teatro. Me esperan.

Mirada-Mirada. Manos que se hablan. Buenos días, buenos días.

Encuentro de nuevo a mi realizador-actor, Jean Dalric.

Empieza el verdadero trabajo.

Les Enfants du silence relata el desafío de dos mundos. El de un oyente, Jacques, y el de Sarah, sorda.

Es una historia de rebeldía, de amor y de humor.

Jean será Jacques, profesor de un instituto de jóvenes sordos donde sus métodos sorprenden. Él quiere que los niños salgan de su aislamiento, obligarles a leer en los labios y finalmente a hablar.

Sarah se niega. Nacida sorda, quiere seguir enclaustrada en su universo de silencio. Rechaza el mundo de los que oyen. Este mundo la ha herido, humillado, y nunca se ha esforzado en comunicarse con ella. ¿Por qué habrá de ser ella quien lo haga? Incluso su padre la abandonó.

Sarah se va a enamorar de Jacques. Y a pesar de este amor quiere conservar su identidad, su independencia.

Mirada. Sarah-Jacques. Mirada. Emmanuelle-Jean.

¿Acaso Emmanuelle va a enamorarse de Jean?

He pasado el bachillerato, tengo veinte años, puedo alzar el vuelo hacia todas las pasiones. Incluida ésta. Pero primero haz tu bachillerato de actriz.

Fuera del equipo, nadie cree en la reposición de esta obra en Francia. Ni siquiera los sordos. No hay ninguna ayuda, ni financiera ni moral. Jean está loco. Yo le amo. También amo su locura.

Aprendo. Mucho. Aprendo el papel, pero también a vivir en equipo con los actores. Enfrentamientos. Disputas. Acuerdo. Amor. Oyentes y sordos mezclados, es un intercambio extraordinario, precioso. De cristal. Aprecio la solidez de Anie Balestra; la ternura y la atención de Nadine Basile; la dulzura de Daniel Bremont; el humor de Joël Chalude, que es sordo; la fuerza y la tenacidad de Jean Dalric; la profesionalidad de Fanny Druilhe, sorda también, y el buen humor del encargado de los ruidos, Louis Amiel.

Ensayo. La gaviota se ahoga entre dos olas. Dos directores para los actores, Levent Beskardes y Jean Dalric. El uno es sordo; el otro, no. Hay diferencias en la comprensión del personaje. En sus indicaciones. La gaviota siente pánico. El uno ve a Sarah así, el otro la ve así. Tengo que elegir entre meter a Sarah en mi piel o mi piel en la suya.

Para mí, el teatro era un paraíso y se convierte en un trabajo. Un verdadero trabajo de profesional.

No ceso de hacer preguntas. ¿Por qué Sarah es tan violenta, tan oprimida? ¿Por qué quiere encerrarse en su silencio?

Trabajo duramente. Vuelvo a empezar; la cosa no va. Me pongo nerviosa. A veces digo:

—¡Nunca podré! ¡Es imposible!

Pero progreso. De vez en cuando me viene a la cabeza la imagen de las otras dos, las que han representado tan bien a Sarah antes que yo. La borro. No hay que dejarse perturbar por ondas diferentes. Soy yo quien tiene que sentir y representar a Sarah, aquí y ahora. Una oportunidad formidable que no debo dejar escapar. Triunfar. Triunfar.

Sarah no es realmente yo; ella es mi trabajo de actriz. Ella no es yo porque rechaza al resto del mundo. No es yo porque es desgraciada. No es yo porque se niega a hablar. Tampoco es yo porque lleva dentro el sufrimiento de la exclusión, de la humillación y del abandono.

La escena en la que Sarah dice que su padre la abandonó a los cinco años es la que me exige más trabajo. A mí mi padre no me abandonó. Me concentro.

SARAH: «Anoche, mi padre estaba sentado en la cama y lloraba. A la mañana siguiente se fue, ¡y mi madre colgó un póster en la pared!».

No lo consigo. No comprendo cómo tengo que interpretarla, cómo introducirme en ese personaje que expresa tanto sufrimiento en este recuerdo y rechaza mostrarlo. Que se escabulle en la ironía dolorosa. Ella no quería hablar, ¡y de repente ese recuerdo le sube otra vez a la cara!

¿Cómo poner sutileza en ese sufrimiento? Intento pensar en recuerdos personales que me acercarán más a su sufrimiento, pero no tengo nada parecido.

No puedo hacer signos tontamente: «Mi padre me abandonó», romper a llorar, y ¡ya está! Necesito sentir una emoción sincera, sutil. Sufrir mientras expreso con signos ese sufrimiento. Y contenerlo en la última frase: «¡Mi madre colgó un póster en la pared!».

Sarah, sobre todo, no quiere mostrar esa emoción. Ella, sobre todo, no quiere llorar. No puede. Pero todo lo que esconde, lo que retiene desesperadamente en el fondo de sí misma, es necesario que se vea en su cara. En mi cara.

Lo repetí durante mucho tiempo con Jean. Estuve a punto de abandonar en aquella escena. Después llegó. Como una luz.

Un mes y medio de ensayos y llega el estreno.

Toda la familia se encuentra allí. Chantal Liennel, que creó el papel en Francia hace diez años, también ha venido.

Tengo un canguelo terrible. Un miedo que no puedo describir. Que no me deja desde el principio hasta el final. El corazón se me sale del pecho. Golpea. Siento la impresión de que no tengo ni aliento ni piernas. Esta descripción no es más que un resumen. La realidad es peor que eso. No hay palabras para expresarla.

Represento en la niebla. Estoy en otro lugar, no veo nada, no noto la sala. Me siento perdida. Desorientada sobre el escenario. Con toda mi voluntad tensa.

Cuando cae el telón, cuando al fin respiro, tengo unos deseos monumentales de llorar. Llorar de alegría. Pero me reprimo para saludar al público.

¡Lo he conseguido! ¡Yo sola lo he conseguido! ¡He representado la obra desde el principio hasta el final! No me ha dado un soponcio, no he olvidado ninguna escena, no he tropezado con los telones... Y mi corazón no ha estallado de miedo.

Ni siquiera veo la reacción de la gente; mi cerebro sigue estando embarullado. Sólo tengo una idea: lo he hecho.

Marie se precipita hacia mí bañada en lágrimas, con flores. Yo me desmorono. Llora con ella en sus brazos y ella en los míos.

Una emoción tremenda. Una alegría infinita.

Los días siguientes tengo la mente más clara. Me doy cuenta de que no puedo dirigir mi juego siguiendo las reacciones del público. Jean las oye; yo, no. Él se adapta a los murmullos de emoción, a las risas. Hace pausas. Mientras representa, «comprende» la necesidad de hacerlas. Es necesario que encuentre un medio, otra manera de seguirle. No puedo fijarme únicamente en sus reacciones, en su cara, en su manera distinta de representar según rían o lloren.

Encuétrala, Emmanuelle. Aprende tu oficio. Tu oficio de actriz sorda.

Gaviota actriz en la ola del público-silencio, escucha. Escucha bien, con todo tu cuerpo. Esa música, ese ritmo del público, sus risas, sus emociones, tienes que percibir las. Escucha con todo tu ser.

¡Lo he hallado! Es fabuloso. Siento las vibraciones positivas o negativas, el calor o la frialdad del público. Acabo de descubrir una cosa que no puedo explicar. Ni por escrito ni en signos. Está más allá de las palabras, de los ruidos. Es..., quizás, una ósmosis misteriosa. No sé nada de ella, pero la he encontrado. ¡La tengo! Mamá está orgullosa de mí.

—¿Sabes que quería llamarte Sarah cuando naciste? Fue tu abuela la que no quiso.

Emmanuelle representa a Sarah. No debe de ser el azar absoluto. ¿Una señal?

Las críticas son formidables. Sin embargo, yo ya sabía que no se me regalaría nada. Gracias por haberme reconocido como actriz. Los profesionales del teatro y del cine, conmovidos por todo lo que es propio del dominio de la voz, a través de la cual pasa la emoción, han reconocido una cosa que los profesionales de la sordera se obstinan en rechazar. El teatro Mouffetard, y después el teatro del Ranelagh, nos aplauden con entusiasmo todas las noches. He sabido que un espectador, padre de un niño sordo, ha decidido aprender el lenguaje de signos para su hija. Hasta el día que vio la obra, lo rechazaba categóricamente. Aquel padre lloró, comprendió y nos lo dijo. Yo también lloré.

Corremos. Despegamos. Ir más lejos, representar más lejos. El éxito nos lleva. El amor también. Ya no soy «yo»; me he convertido en «nosotros».

La obra es propuesta para los premios Molière.

Leo en los periódicos que Emmanuelle Laborit ha sido propuesta para el Molière de la revelación teatral del año 1993, y Jean por la adaptación del mejor espectáculo.

Mirada. Mirada. Jean me dice tiernamente:

—Tienes que prepararte tanto para el éxito como para el fracaso. Estar preparada, simplemente. Preparada.

El despegue ha sido tan rápido... Todavía estoy en el aire.

Me dispongo, pues, a las dos eventualidades. De todos modos, con una preferencia por la primera. En un rincón de mi mente veo al Molière como una suerte muy hermosa. Una felicidad semejante debe dar escalofríos, estoy segura de ello. Todo el cuerpo debe ser felicidad. Me llegan tantas felicidades a la vez...

No sueñes, Emmanuelle. Pon los pies en el suelo. Has de estar preparada.

GAVIOTA EN *SUSPENSE*

En este capítulo me ha sido muy difícil expresar por medio de la escritura la emoción, la felicidad que sentí. Viví esas sensaciones dentro de mi cuerpo, y las expreso mucho mejor con signos.

Un día entero para prepararme. El traje, el peinado, el maquillaje. Gaviota con vestido de noche, dispuesta para el baile.

Muchas personas importantes ocupan las filas de butacas. Hay actores profesionales. Soy la única sorda en esta sala.

Mis padres están en algún lugar, en un rincón; mi hermana, en otro. Los actores de la compañía se hallan dispersos. Me habría gustado tener cerca de mí a toda mi pequeña familia. La de mi sangre, la de mi corazón. Mezcladas.

Jean me acompaña. Me sonrío, me coge la mano. Él también está nervioso. ¿El Molière para él? ¿El Molière para mí? ¿No habrá Molière para ninguno de los dos?

Miradas. Nos amamos.

Tengo dolor de estómago. Un miedo tal, que ya no veo lo que pasa a mi alrededor. Estoy preparada para el fracaso. Esta noche pienso en él más que en el éxito. La sala llena, las luces, las cámaras, los *flashes*, la excitación, la tensión que percibo; todas esas mujeres magníficas, bellas, conocidas; todos esos hombres, esos actores, están habituados a este género de ceremonias. El nuevo o la nueva que aterriza en su círculo de profesionales se siente como un niño. El niño al que se echa al agua para que aprenda a nadar. Dentro de un océano de miradas, una marea de caras, guirnaldas de manos. Todas esas bocas que hablan entre sí a mi alrededor saben cosas que yo todavía ignoro. Conocen la seguridad de presentarse, la seguridad de hablar y la de juzgar.

Tengo mi intérprete, Dominique Hof, la de siempre, la que me conoce de memoria, la que adivina al primer signo lo que quiero decir... Tengo a Jean, cuyo amor en el escenario y en la vida es un hito esencial. Me dice por signos:

—¿Va bien? ¿Te encuentras bien?

¡Oh, no! Pero digo que sí.

No querría subir a ese escenario, ante ese prestigioso público, como un autómata, llorar, decir gracias y marcharme. Querría ser capaz de DECIRLES alguna cosa. Al menos estoy segura de eso. Pero también quiero ser capaz de quedarme sentada entre ellos y controlarme. De recibir el fracaso. El mundo del teatro, un tercer mundo para mí, me ha acogido; debo mostrarme digna de él.

Cuando era una adolescente soñaba con Marilyn Monroe, tan frágil ante todas las emociones de su oficio. Tenía fotos de ella por todas partes. Yo no soy Marilyn, esto no es Hollywood, pero para mí es la misma cosa. Es la primera vez que una actriz sorda es propuesta para un Molière.

Esa prioridad ya la tengo. Aunque el premio no sea para mí, habré franqueado ya un inmenso obstáculo.

Dos emociones posibles dentro de unos minutos. Una para alzar el vuelo, otra para quedarme sentada.

En el escenario se encuentra Edwige Feuillère, soberbia, con Stéphane Freiss, que recibió el Molière para la revelación teatral el pasado año. Jean me dice por signos que comienzan a citar los cinco nombres.

No aguanto más. Quisiera saber el resultado en una milésima de segundo, de prisa, de prisa, para que mis manos dejen de temblar, para que..., para que eso se detenga.

Rompen el sobre. Si soy yo, la intérprete va a prevenirme. Han venido a buscarla al iniciar la lista de los propuestos, para decirle que esté preparada para subir al escenario. En caso afirmativo. Si lo han previsto, es que puede ser...

Pero Jean lo ha oído antes. Ha oído el Em..., de Emmanuelle. La intérprete ni siquiera ha tenido tiempo de terminar su gesto que él ya está en pie, lo sabe. Em... soy yo, forzosamente.

Ya no sé a quién mirar. ¿A él? ¿A la intérprete? ¿Al escenario?

Me levanto como en una nube, nuestras miradas se unen, es inútil hablar. Salgo, ando, cabeceo, miles de cosas me cruzan por la cabeza sin ninguna relación lógica. Un despliegue de imágenes. Empiezo a hacer signos sin darme cuenta. Avanzo, reflexiono en lo que tengo que decir. El camino hasta el escenario me parece largo, interminable. Mis piernas tiemblan, tengo miedo de caerme. Mi vestido, los inmensos tacones; no estoy acostumbrada a andar con ellos. Voy a caerme, a estamparme en el suelo; es necesario que me esfuerce en caminar bien sobre estos zancos. Veo a mi madre, hago un signo a mi padre, miro mis pies, repito lo que voy a decir. Miro de nuevo mis pies. No puedo apartar la vista de mis pies. Vigilo atentamente el camino de mis pies. Subo las escaleras, y allí, por fin, puedo alzar la mirada un poco más arriba. Llego.

Edwige Feuillère está lejos, lejos sobre el escenario; espera, sonriente. ¡Es a mí a quien espera!

De repente veo al público ante mí. El público inmenso.

Titubeo. Siento ya la emoción en la garganta, hecha una bola, a punto de estallar. No quiero llorar, no quiero; pero ella sube, me invade, se desborda.

Lloro al llegar ante esa gran dama que me tiende los brazos. Me siento aturdida. No voy a poder expresarme en lenguaje de signos. No me sale.

Digo en signos «gracias», torpemente. Los mecanismos están bloqueados. Mis ojos no ven nada.

Después, una vocecita en mi interior me dice:

«Emmanuelle, ¡ve! Tienes al público ante ti. El público de los Molière. ¡Corre! ¡Di algo!».

Dejo la emoción a un lado. El miedo a un lado. Me lanzo.

—Gracias, gracias, gracias.

La cosa va un poco mejor. Prosigo, escondiendo la emoción en el fondo de mi garganta, bloqueándola desesperadamente. Me he prometido decir lo que tengo que decir. No flaquear.

—Es duro para mí hacer signos. Es la primera vez que un sordo es reconocido como actor profesional y recibe un Molière. Me siento muy dichosa por todos los otros sordos. Perdonen, estoy muy emocionada. En realidad, tengo lágrimas en los ojos. Querría enseñarles un signo muy sencillo, muy hermoso... Querría que ustedes lo hicieran conmigo...

Hago el signo de la unión. El hermoso signo que amo, el del cartel de *Les Enfants du silence*.

Espero a que todo el mundo lo haga, y nadie lo hace. El pánico hace presa en mí. Nadie se mueve. Pienso: «¿Para qué sirve que me exprese? ¿Nadie siente la misma emoción que yo?».

Me encuentro ridícula. Es horrible. Me vuelvo hacia la intérprete, que me explica rápidamente el desfase de la traducción. Ese tiempo muerto, terrible, en el que no ha pasado nada, ¡no era más que eso! ¡La traducción de mi pequeña alocución! En mi tribulación, ni siquiera lo he pensado. Vuelvo a hacer el signo y, de repente, veo una persona, después algunas más y al final ¡a todo el público! Con los brazos alzados, las manos en forma de mariposa, los dedos haciendo el signo de la unión.

Es el regalo más bello del mundo. Todas esas personas que tengo ante mí y hacen el mismo gesto. Para darles las gracias, digo oralmente:

—Os quiero.

Con la voz cortada por la emoción, sé que pocas personas han debido de oír ese murmullo de gaviota afónica. Abrazo a Edwige Feuillère, y me refugio metiéndome entre bastidores.

Mi hermana corre por el pasillo y viene a echarse en mis brazos.

Todavía no me he dado verdadera cuenta de que me acaban de conceder el Molière para la revelación del año 1993. Los *flashes* me ciegan, es horrible, diez minutos de *flashes* a ritmo de ametralladora.

Le toca a Jean subir al escenario.

Molière a la mejor adaptación.

Hemos ganado los dos.

Atención, Felicidad.

ADIÓS

He descubierto recientemente el célebre cuestionario Proust. A las dos últimas preguntas: ¿Cuál es su lema preferido? ¿Qué don de la naturaleza desearía tener?, he respondido: «Aprovechar la vida; el don ya lo tengo: soy sorda».

Al día siguiente de la ceremonia de los premios Molière aparece en los periódicos, con grandes letras, más o menos el mismo título: «La sordomuda recibe el Molière».

No Emmanuelle Laborit: «La sordomuda». Emmanuelle Laborit está escrito con letra muy pequeña debajo de la foto.

Siempre me siento sorprendida por ese término «sordomuda».

Muda significa que no tengo uso de la palabra. ¡La gente me ve como alguien que no tiene posibilidad de hablar! Es absurdo. Yo la tengo. Con mis manos, así como con la boca. Yo hablo en signos y hablo francés. Utilizar el lenguaje de signos no quiere decir ser mudo. Puedo hablar, gritar, reír, llorar, salen sonidos de mi garganta. ¡No me han cortado la lengua! Tengo una voz especial; eso es todo.

Nunca he dicho a los periodistas que estaba privada de la palabra; sólo tengo más vocabulario adquirido en lenguaje de signos y me es más fácil, efectivamente, contestar a sus preguntas por este medio, con un intérprete.

Una anécdota: una profesora ortofonista, después de todos los artículos aparecidos sobre mí, me atacó diciéndome que debería hablar en vez de hacer signos. Me soltó que ¡es culpa mía que la gente crea que los sordos son mudos! Me ha acusado de mentirosa. Según ella, me he convertido en representante de los sordos y debo asumir esta responsabilidad ¡iniciando un proceso contra los periodistas que me han llamado «muda»!

Un proceso por una palabra. Es ridículo.

Esta profesora se ocupa en «desmutizar» a los sordos, en hacerles hablar; entonces, sin duda, para ella el lenguaje de signos es un sublenguaje, una miseria de pobreza, un código sin abstracción. ¡Imágenes!

Esta «especialista» en sordos no ha entendido nada de los sordos. Es una lástima por ella, pero sobre todo es una lástima por ellos.

«No hay nada más espantoso que la ignorancia activa», dijo Goethe. Y puesto que se trata de teatro, me gustaría transformarme en Dorante para decirlos:

«Querría saber si la gran regla de todas las reglas no es complacer, y si una obra de teatro que ha conseguido su finalidad no ha seguido un buen camino».

Os lo puedo decir también en lenguaje de signos.

Gracias, señor Molière.

Locura. Los periodistas, las entrevistas, las fotos, Cannes, con un hermoso vestido blanco, la subida de los escalones, todas aquellas personas que me llaman, olvidando que no las oigo... Es bonito, es una felicidad. Pero es agobiante.

Me han pedido que participe en las emisiones de televisión y he visitado todas las cadenas. Me proponen papeles para el cine. Todo va muy deprisa; me encuentro inmersa en un torbellino. Y durante ese tiempo atravesamos Francia con *Les Enfants du silence*. Cada noche me estremezco saludando al público, viendo cómo se levantan las manos para aplaudir. «Oigo» el éxito. Éste vibra en todo mi cuerpo.

Jean me hace trabajar, me ama. Avanzamos cogidos de la mano. Es mi referencia que oye. Mi compañero de signos y de ruta.

La pequeña luz roja del teléfono no cesa de parpadear. Hay tantos proyectos en la vida de la gaviota... Tantas cosas que hacer, que decir, que representar. Que amar...

Estoy orgullosa. Y feliz de que todo ese mundo de los medios de comunicación se interese, a través de mí, por el mundo del silencio. Ellos no conocen a los sordos. Cada periodista me da la impresión de que descubre que existimos. Son amables, adorables, apasionados, atentos, incluso admirativos. Es positivo.

Pero algunas preguntas hacen que me suba por las paredes. Una sobre todo. Siempre la misma. La cuestión repetitiva. «¿Cómo es su silencio? ¿Es más silencioso que el silencio de una cueva o el silencio acuático?»

¿Una cueva? ¡Para mí, una cueva no es silenciosa! Una cueva está llena de olores, de humedad, es ruidosa de sensaciones. ¿Bajo el agua? Bajo el agua estoy como en mi casa. Soy una gaviota submarina a la que le encanta sumergirse. Soy una gaviota de superficie a la que le encantan el sol y el mar. Bajo el agua soy como vosotros.

Mi silencio no es vuestro silencio. Mi silencio sería más bien tener los ojos cerrados, las manos paralizadas, el cuerpo insensible, la piel inerte. Un silencio del cuerpo.

A veces siento deseos de responder también que todos esos términos de «malos oyentes», «deficientes auditivos», no me gustan realmente. Los sordos dicen de ellos mismos «sordos». Es francés, claro. ¿Malos oyentes? ¿Es que es malo? ¿Es que debería decirse «buenos oyentes» para los otros?

Una última pregunta:

—¿Piensa tener un hijo?

Respuesta:

—Sí.

Cuestión subsidiaria:

—¿Teme que sea sordo u oyente?

Respuesta:

—Será como quiera. Será mi hijo. Y punto.

De momento es un proyecto para el futuro. Tanto si es sordo como oyente, será bilingüe, conocerá los dos mundos. Como yo. Si es sordo, aprenderá muy pronto el lenguaje de signos y se encontrará, también muy pronto, con la lengua francesa. Si es oyente, respetaré su lengua natural enseñándole la mía. Él oirá mi voz. Estará acostumbrado a mi voz. Como mi madre, mi hermana, mi padre. Él me oirá. Seré su madre gaviota.

Y seré la madre gaviota de un segundo. Es importante que sean dos. Quiero que aprendan a discutir, a arreglárselas, a compartir, a amarse. Como mi hermana y yo.

Más tarde seré la abuela gaviota.

Un día, cuando era pequeña, mi abuela materna, que es muy creyente, me contó una historia. Me encantaba que me contara historias. Aquel día era «mi» historia..., y no la olvidaré nunca. Me dijo:

—¿Sabes? Dios te ha escogido. Ha escogido que seas sorda. Eso quiere decir que espera de ti que aportarás alguna cosa a los otros, a los que oyen. Si tú oyeras, no serías quizás nada, una chiquilla insignificante, incapaz de aportar nada a los otros. Pero te ha elegido para ser sorda y para poder aportar alguna cosa al mundo.

Yo no sabía demasiado lo que era Dios. No recibí educación religiosa; mis padres no la querían. Mi madre había sufrido por ella. Pero mi abuela hablaba de Dios como si le conociera de memoria. Con certeza. Él me había elegido sorda. Yo iba a aportar alguna cosa al mundo. Mi abuela me dio una especie de filosofía de la existencia. Una solidez. Una voluntad.

Pero soy yo, abuela, la que me supero; no saco la fuerza de Dios, sino de mí misma.

Siento que hay una parte de espíritu, alguna cosa superior a nosotros. Ignoro si es Dios. Para mí, no tiene nombre. Es una fuerza superior. Llego a hablarle. Cuando deseo alguna cosa muy fuertemente, dejar de tener miedo, triunfar, conseguir un objetivo, superarme, le hablo como si le hiciera un discurso a alguien. A mí, quizás. O a alguien que se ocupará de mí. En realidad, es un diálogo interior.

Gaviota voluntariosa, digo:

«Deja de tener miedo, deja de sufrir el trac, vas a conseguirlo. ¡Ve! ¡Corre!».

Y otra voz me responde, gaviota filósofa:

«Mira, todo va bien, no tienes miedo, no estás nerviosa. Vas a llegar, todo va bien, ¡lo has conseguido!».

Sólo tengo veinticuatro años, es cierto. No he hablado así entre yo y mi yo, o yo y el otro, más que por cosas de mi edad.

Para de hacer tonterías; mira la vida a la cara.

Pasa el bachillerato, lo tendrás. No tengas miedo.

Sube al escenario, trabaja, llegarás a ser Sarah.

He discutido así los pequeños y grandes combates de mi corta vida. Ha habido altibajos. Momentos en los que me he sentido más aislada, más sola, y otros mucho menos.

Aún tengo mucho que aprender; me planteo todavía muchas preguntas. Aprender... hay que hacerlo toda la vida. Si se deja de aprender, uno está perdido. Es necesario que la vida continúe, día tras día, con curiosidades nuevas, aprendizajes distintos. Es así como aprovechamos realmente la vida. Mi filosofía es el combate. Luchar por vivir. No relajarse. Comprometerse. Hacerlo todo. Y también disfrutar de los placeres sencillos. Las pequeñas dichas de cada día. Saber cogerlas. Y guardarlas.

A veces tengo dudas. ¿El balance provisional de mi vida es positivo o negativo? ¿Acaso he hecho alguna cosa importante?

No soy vieja, pero he pasado una enormidad de cosas desde mi nacimiento. He «envejecido» aceleradamente. He vivido experiencias muy pronto, demasiado pronto. Tengo la impresión de haber avanzado muy deprisa. Y de no haber tenido tiempo todavía para volverme sobre el camino

recorrido. Alguien me dijo un día:

—¿Cómo? ¿A los siete años ya habías reflexionado sobre ti misma? ¿Hablabas de tu alma?

Estaba obligada a hacerlo. Antes no había nada. De repente, la comunicación apareció. Me forjé a toda velocidad una identidad, una reflexión. Quizás para llenar el tiempo perdido. A los trece años me sentía adulta... A los veintidós, sé que todavía me queda camino para llegar a serlo.

Tengo necesidad de los demás, de intercambio. Tengo necesidad de una comunidad. No podría vivir sin los que oyen; no podría vivir sin los sordos. La comunicación es una pasión.

A veces siento necesidad de aire, en uno u otro mundo. Ponerme a un lado. Replegar las alas. Pero no demasiado tiempo.

Me hace falta comunicarme. Si no pudiera comunicarme, gritaría, golpearía, alertaría al mundo entero.

Estaría sola sobre la tierra.

La historia de mi abuela empieza a realizarse. Yo apporto al mundo de los sordos y de los oyentes lo que soy. Mi palabra y mi corazón. Mi voluntad de comunicarme, de unir a los dos mundos. Con toda mi alma.

Soy una gaviota que ama el teatro, que ama la vida, que ama los dos mundos. El de los hijos del silencio y el de los hijos del ruido. Que vuela sobre ellos y se posa en ellos con la misma felicidad. Que puede hablar por los que no tienen esa oportunidad. Escuchar a los demás. Hablar con los demás. Comprender a los demás.

Hace algún tiempo, al comenzar esta difícil prueba de escribir un libro, temblaba de aprensión. Pero quería hacerlo. El escribir me importa enormemente. Es el medio de comunicación que aún no había abordado seriamente hasta el día de hoy.

Los que oyen escriben libros sobre los sordos. Jean Grémion, profesor de filosofía, hombre de teatro y periodista, estudió durante muchos años el mundo de los sordos para escribir una obra formidable, *La Planète des sourds*, donde dice entre otras cosas: «Los oyentes tienen que aprenderlo todo de los que hablan con su cuerpo. La riqueza de su lenguaje gestual es uno de los tesoros de la humanidad».

En Francia, e incluso en Europa, no conozco ningún libro escrito por un sordo. Algunos me decían: «No lo conseguirás...».

Pero yo quería. Con todo mi corazón. Tanto para hablarme a mí misma como para hablar a los sordos y a los que oyen. Para dar testimonio de mi corta vida con la mayor sinceridad posible.

Y hacerlo, sobre todo, en vuestra lengua materna. La lengua de mis padres. Mi lengua de adopción.

La gaviota se ha hecho mayor y vuela con sus propias alas.

Veo como podría oír.

Mis ojos son mis orejas.

Escribo igual que puedo hacer signos.

Mis manos son bilingües.

Os ofrezco mi diferencia.

Mi corazón no es sordo con respecto a nada en este doble mundo.

Me cuesta mucho dejaros.

Primavera de 1994

Notas

* Juego de palabras entre *muette* (muda) y *mouette* (gaviota). (*N. de la t.*)

El grito de la gaviota
Emmanuelle Laborit

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Le cri de la mouette*

Diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

© de la fotografía de la portada: Arnaud /Baumann /Sipa Press /EFE

© Éditions Robert Laffont, Paris, 1994

© por la traducción, María José Buxó-Dulce Montesinos, 1995

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2015

ISBN: 978-84-322-2284-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com